



El libro de Emma

Marie-Célie Agnès

Lectulandia

Ser mujer y negra, en algunos países no es algo exótico, sino todo lo contrario, un estigma que se ha de llevar con la mirada baja y las orejas gachas. Sin embargo, Emma, la protagonista de esta novela, no ha dejado que aniquilen su personalidad, aunque ahora se halle encerrada en un hospital psiquiátrico, lejos del país que la vio nacer.

Obstinada en expresarse únicamente en su lengua, el hospital contrata a una intérprete, Flore. A ella confiará no solo su historia, sino también la historia de todas las mujeres de la isla Grand-Lagon, incluida la de su confidente.

Todos los relatos de Emma están llenos de rabia, sueños y leyenda; atrapan y fascinan a Flore, transmitiéndole el legado de su propia memoria.

Lectulandia

Marie-Célie Agnant

El libro de Emma

ePub r1.0

Titivillus 11.09.2018

Título original: *Le livre d'Emma*
Marie-Célie Agnant, 2001
Traducción: José Antonio Jimeño

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Emma

Vi a Emma por primera vez en el pabellón levantado frente al río. Durante mucho tiempo solo tuvo palabras para describir el azul intenso que de continuo cubre un jirón de tierra perdida en medio del océano, el lugar donde sus ojos vieron la luz.

El doctor Ian MacLeod, que había requerido mis servicios a título de intérprete, me advirtió: «Es complicado, la paciente comprende muy bien el francés, se expresa a la perfección en ese idioma».

Me pareció que hablaba con un tono ligeramente irritado.

—¿Entonces para qué necesita una intérprete? —pregunté al médico, sin ocultar mi sorpresa.

Me miró atentamente y sopesó con extremo cuidado cada una de las palabras que quería pronunciar.

—Sencillamente porque se niega a hablarnos en una lengua que no sea su lengua materna. Así pues, la ayuda que le pido para este caso va más allá de la estricta traducción de frases. Hace casi dos meses que trato de establecer un diagnóstico o, más bien, de desvelar su misterio.

Giró la silla y levantó el brazo para alcanzar una cartera ubicada en la estantería. Sacó unas cuantas hojas que repasó con semblante contrariado.

—Aquí está todo lo que he podido anotar, murmuró, sacudiendo las hojas. Solo tratan del azul: el azul del cielo, el azul del mar, el azul de las pieles negras y la locura que probablemente llegó en los flancos de los barcos negreros. Es todo lo que he conseguido entresacar de sus largos monólogos, añadió, tendiéndome las hojas. Palabras, cogidas al vuelo, como migas que se desprendieran del pico de un pájaro al salir volando. Así no vamos a llegar muy lejos.

Se levantó y empezó a recorrer la sala a zancadas sin parar de hablar.

—Porque, desde luego, a veces no se da cuenta. A veces se olvida de su decisión y de repente se pasa al francés, una lengua clara, exquisita, como es notorio. Sin embargo, en cuanto se percata, se cierra y ya no se obtiene nada más de ella. En esta circunstancia, pensaba en voz alta, sería importante llegar a descubrir la razón de su terco rechazo al empleo del francés. Seguro que me equivoco, pero... Me pregunto si su actitud no ocultará una de las claves del misterio. No hace más que hablar y hablar sin responder jamás a las preguntas. El colmo es que se pone furiosa cuando la interrumpen para preguntarle algo en concreto. Llevo observándola dos meses, repetía dando vueltas a un bolígrafo en sus manos diáfanos, con un ademán maquinal, que denotaba impaciencia. Levantó su rostro sembrado de pecas, quizás en busca de una respuesta inmediata.

Con unos cincuenta años largos el doctor MacLeod era un hombrecillo rechoncho, de facciones poco marcadas. De talante amable, se dirigía a la gente con una especie de tranquilidad que confería a su rostro la inmovilidad fría de la piedra.

—¿Se da usted cuenta, decía, con la voz alterada por un leve temblor y con el

rostro ligeramente crispado, de que mi diagnóstico será concluyente en el juicio?

El médico se detuvo sorprendido por su tono de voz apasionado que daba la impresión de cogerlo desprevenido, luego, dirigiendo hacia mí su penetrante mirada, adoptó un tono pretendidamente más tranquilo:

—Confío en usted, Flore. No tengo otro remedio que confiar en usted, concluyó, como si le pesara, antes de entrar en el corredor que conducía a las habitaciones de las pacientes.

A lo largo del pasillo se alinean dos filas de puertas que recortan grandes cuadrados blancos en las paredes de color verdemar. El verde demasiado mate me marea, como si hubiera ingerido un sedante. Me hubiera gustado disponer de un poco más de tiempo para intentar comprender, recapacitar un poco antes de conocer a Emma. Pero la impaciencia del doctor MacLeod se acaba imponiendo. Lo sigo. En mi vientre, la tensión se manifiesta con un ruido de piedras que ruedan.

No tengo tiempo para pensármelo. El médico atraviesa el pasillo a grandes zancadas dejando un fresco olor a almizcle a su paso. Se detiene ante el número 122 y llama con tres golpecitos secos, abre un poco la puerta y se cuelga en la habitación. Detrás entro yo.

Está de pie, de espaldas a la ventana, con el torso levemente inclinado hacia delante y nos mira a ambos con ojos perdidos. En Emma, la naturaleza se ha entregado a un tipo de excesos insólitos cuyo secreto solo ella conoce. Los resultados son sorprendentes: una mezcla heteróclita de nobleza, de desesperación muda, de humildad y de arrogancia. Todo aprisionado en un cuerpo larguirucho y un rostro alargado, un rostro negro, de piel satinada, casi azul, un rostro cerrado como un puño, en el que sus ojos giran como dos bolas descontroladas.

En el silencio de la habitación, da la impresión de que la voz del doctor MacLeod rebota contra las paredes, contra los barrotes metálicos de la cama, contra los gruesos cristales de las ventanas. El médico explica, intenta exponer con claridad y precisión, el motivo de mi presencia. Su voz se estrella contra el rostro cerrado de Emma. Al principio escucha impasible sin decir nada. Luego, poco a poco, su mirada se trasmuta y, el doctor MacLeod y yo, leemos en sus ojos el rechazo que se endurece. Súbitamente, lanza sobre mí el fuego de sus pupilas, me examina, me sopesa, me observa de los pies a la cabeza, mientras que un calor intenso asciende desde mi vientre a mi rostro. Abro la boca y siento que todas las palabras revestidas de pudor, miedo y turbación, que hubiera podido decirle, me agobian. Abro la boca y no digo nada. Me interpela con la mirada: «¿De dónde sales? ¿Te crees que sirves para algo en la vida?» parece preguntarme.

Al cabo de un momento, el médico coge una silla y se pone a garabatear en un cuaderno. El vaivén de la pluma en el papel produce un ruido extraño, semejante al zumbido de un insecto atrapado. Y al instante se me ocurre que el alma de Emma se halla también prisionera de la locura que se ha apoderado de su cuerpo.

De improviso nos da la espalda. Apoya la frente contra la ventana y desplaza sus

ojos hoscos por los árboles del parque, los lleva hacia la derecha, hasta el río que, a lo lejos, arrastra sus aguas pardas. Luego, regresa a nosotros, se acerca a un sillón en el que se deja caer, con el cuerpo exhausto, como si acabara de recorrer una gran distancia.

—¿Has venido con refuerzos, doctorcito? —dice, dirigiéndose al médico.

Su voz es como un grito, aunque hable bajo; un aullido, aunque no se pueda decir que aülle, una luz cruda, la voz de una mendiga que implora, os da órdenes y os persigue. Así me llega la voz de Emma que se me clava en la carne, mientras que sus ojos me escudriñan para hundir en mí su desasosiego. Yo, que soy la intérprete, de pronto, me he quedado muda. ¿Cómo traducir la mirada y la voz de Emma? El doctor MacLeod se ha dado cuenta. Pone fin a mi tormento cuando se levanta y anuncia:

—Bien, Emma. Hoy solo quería presentarle a Flore. No podemos obligarla a que se exprese en una lengua que rechaza. Formaremos un equipo, con Flore, con su valiosa colaboración acabaremos por progresar.

Intentamos despedirnos de ella al marcharnos. ¿Hay que darle la mano, sonreírle? No lo sé. Me gustaría salir retrocediendo, para no sentir su mirada errática en mi espalda.

La puerta se cierra con un chasquido ahogado. La voz de Emma zumba en mi cabeza, como un insecto apresado tras un cristal.

—De acuerdo a lo convenido, las sesiones de trabajo tendrán lugar los lunes, miércoles y jueves, Flore, manifiesta el médico con voz brusca.

Pulsa los botones del ascensor. Sonríe con cara de tonta y le tiendo una mano húmeda, repitiendo los lunes, miércoles y jueves, sin estar convencida de que vaya a volver.

Fuera, el cielo es de un azul resplandeciente, henchido de luz. Camino como si persiguiera a una sombra, la gente me empuja y, como si estuviera borracha, me disculpo sin mirarla. Cruzo por fin la calle y entro en un café para llamar por teléfono al doctor MacLeod. Suelo trabajar con él; algunos casos son muy difíciles, otros menos. Casi siempre, mujeres... Depresiones causadas por abandonos, fracasos y sueños rotos en las heladas aceras de América. Sin embargo, presiento que con Emma no puedo, no podré.

—Doctor MacLeod...

Otra vez, me quedo sin voz.

Por teléfono, el médico adivina las palabras que no llego a pronunciar.

—Le he preparado un resumen. Me olvidé de entregárselo. Contiene el informe de la Policía sobre el asesinato, los datos de la trabajadora social que se ha ocupado de Emma durante algún tiempo. Quizás le venga bien charlar con ella. Si puede usted pasarse por secretaría a recoger el sobre antes del miércoles, tendrá tiempo para comprender mejor el caso.

Luego se disculpa, con cierta prisa también... Sin duda una reunión importante.

Vuelvo sobre mis pasos. El informe se encuentra en la cesta «Salida», en la

secretaría. Emma Bratte, subrayado con lápiz rojo... La secretaria me tiende el sobre con una sonrisa pretendidamente cordial.

—Si quiere usted mi opinión sobre Emma, no la tengo. Es un caso demasiado complejo, demasiado extraño. No tengo claves para comprenderlo.

La trabajadora social me transmite una impresión de desamparo.

—Todo lo que sé de ella, lo he conseguido por uno de sus amigos, un tal Nickolas Zankoffi... me parece que se llama. El apellido puede ser inexacto, pero todo está escrito en el informe. Échele un vistazo. Este hombre era su amante. La niña... La niña de Emma era de él. Él mismo me lo dijo. Algunos miembros del comité interdisciplinario del hospital dudan de que haya hecho todos sus estudios universitarios en Europa. Nunca he podido comprender el porqué de sus dudas. Estaba en el tercer ciclo. En su casa tenía una pequeña maleta de cuero arrugado, atiborrada de papeles para la tesis que no dejaba de reescribir. Fui a verla en varias ocasiones. Siempre la encontraba con mala cara, con aspecto de cansancio, con las uñas y los dedos amarillos por el humo de los cigarrillos. Decía que estaba trabajando y repetía, repetía incansablemente que los colonos de Burdeos no iban a acabar con ella.

—¿Por qué Burdeos?

—Porque en una de sus universidades defendió su tesis que, como ella dice, han pisoteado.

Parece que la trabajadora social también tiene demasiado trabajo. Ha dejado de ocuparse del caso de Emma. El hospital la ha relevado. Es mejor así, porque no tiene tiempo. No me puede dar más información. El caso de Emma es demasiado difícil... Y además está el problema de la comunicación... dice, irritada. Un falso problema, por añadidura, un problema que no es tal, puesto que Emma habla muy bien francés. Y, por otra parte, ¿cómo establecer una relación de causa a efecto entre su tesis y el asesinato de su hija?

De un cajón de su escritorio saca, para enseñármelo, un sobre que contiene un montón de recortes de periódicos.

—Los guardé, me explica, los estudié todos para intentar comprender... algo. La verdad, no sé... no sé para qué los guardé. El caso es que, continúa con cara de ofendida, no me han servido de nada.

Recorro los pedazos de papel que me ensucian los dedos. Han fotografiado a Emma desde todos los ángulos. Los chupatintas de los periódicos sensacionalistas se han ensañado en su carne azul. Cierta periodista, que no conoce ni la historia ni la situación geográfica de la isla de donde procede Emma, ha descrito la aldea donde nació, un lugar llamado Grand-Lagon, en el Caribe. Dicho lugar, señala el periodista, no tiene nada que envidiar a los barrios de leproso de Calcuta. La difícil infancia de Emma ha aparecido en primera plana y la foto de la pequeña Lola, ha sido exhibida en la primera página de todos esos diarios, su cuerpo diminuto, despedazado, fue

encontrado en los contenedores de basura, entre papeles sucios, harapos, y residuos retirados por los basureros. Para ilustrar la foto, un comentario o más bien un estereotipo: «Una negra sacrifica a su hija... ¿Un asunto de vudú?».

Todos han desentrañado a Emma.

El doctor MacLeod tiene razón. Esta mujer, Emma, conoce bien el francés. No se trata del conocimiento superficial de los que asienten con la cabeza cuando advierten sonidos o palabras familiares; conoce todos los matices, pero, declara al médico, cuando se dispone a dejarla el miércoles siguiente, «los animales que aúllan nunca toman prestada la voz de otros».

Es la primera vez que desarrollo mi trabajo en semejantes circunstancias: se acabaron las sesiones tranquilas durante las cuales, consigo mantener, sin particular esfuerzo, la distancia necesaria para verme pronto fuera del hospital, en entera y plena libertad. Con Emma, no traduzco palabras, sino vidas, historias. En primer lugar la suya. La de un ser humano cuyo sufrimiento y locura se exhiben ante mí sin contención, me tienden los brazos, penetran a la fuerza en mi espíritu y en todo mi ser. Cada una de sus frases llena mi pecho de un dolor sordo, el mismo que impregna su cuerpo. Luego traduzco la historia de una isla, resto de la época colonial, vestigio de su crueldad, de su inhumanidad. Cuando mi trabajo acaba, me llevo grandes retazos de la vida de Emma. También las sonrisas furtivas que, de pronto, iluminan su largo y delgado rostro y desaparecen en un abrir y cerrar de ojos.

Normalmente el doctor MacLeod me cita en la pequeña sala de espera. Los efluvios de almizcle que le preceden se mezclan con el olor a cloro que se extiende por todas partes. Sigo sus pasos cuando entra en la habitación de Emma.

—Buenos días, Emma, dice siempre al abrir la puerta, invariablemente, con el mismo tono, con la misma tos pertinaz, como para recuperar la voz o para recobrar el ánimo.

También hoy está de pie, frente a la ventana, con los ojos fijos en el río.

Las tres primeras sesiones de trabajo se desarrollan en una atmósfera de tensión extrema, Emma no responde a las preguntas del médico. Me lanza su mirada huraña sin dejar de mirarme. Da la impresión de que quiere juzgarme, hacerme perder los estribos y desconcertarme, todo al tiempo. Sus ojos resultan demasiado grandes en un rostro tan alargado y estrecho, sin embargo, empiezo a sentir que, en el fondo de sus pupilas se encuentran ocultas algunas respuestas a las preguntas que se plantea el doctor MacLeod.

Durante la cuarta sesión, la táctica de Emma cambia de forma radical. Aquel día se había acicalado de manera particular para recibirnos. Está más arreglada que de costumbre: una camisa arremangada de popelina de color lila, le deja el cuello al descubierto. Está sentada, a su aire, con las manos abiertas sobre los muslos y los pies apoyados en un taburete.

El doctor MacLeod pone todo su empeño en no dejarse traicionar por sus gestos.

Solo su tos parece prolongarse más que de ordinario, y únicamente le dice:

—Hoy tiene usted mejor aspecto.

Procurando representar su papel a la perfección, Emma hace como que no comprende ni una palabra y me pregunta con la mirada. Entonces es cuando caigo en la cuenta del sentido exacto de mi presencia en aquella habitación. Oigo mi voz. La voz, habitualmente dueña de sí misma, farfulla, tartamudea y traduce en un periquete las palabras del médico.

Ya no soy la mujer cuyo conocimiento y sensibilidad constituyen las claves que permiten encontrar la solución a un problema, por el contrario, soy alguien que no sabe cuál es su lugar en el mundo. Permanezco en el borde de la silla con los músculos tensos. Las palabras me salen, no del cerebro para llegarme a los labios, sino del vientre. Ya no soy una simple intérprete. Poco a poco, abandono mi papel y me convierto en una parte de Emma, desposo el destino de Emma. Durante la cuarta sesión, tengo la impresión de que mi espíritu deja la habitación y se va a bogar por el río en compañía de Emma. Fue entonces, cuando decidí seguirla hasta el final, ver al tal Nickolas Zankoffi, hablar con él y quizás ir un día a Grand-Lagon.

Todo ese azul

Emma contempla el río, como si quisiera encajar las piezas de un rompecabezas. En la superficie flotan trozos de hielo. Parece que se le ha ido la idea del tiempo, que se ha olvidado de nosotros y desgrana palabras que mi voz repite, como un eco, en la lengua del doctor MacLeod. Cuando la dejo aquel día, me doy cuenta de que no hace otra cosa que describir, una y otra vez, lo que ella llama el azul de Grand-Lagon.

—Es una isla en la isla, como algo mágico, repite. Se pierde entre el cielo y el mar. Nunca sabréis lo insoportablemente azul que puede resultar ese azul.

Sacude lentamente la cabeza.

—Pero todo eso no es más que artificio, ya se lo he dicho, doctor. Lo importante es saber lo que se oculta tras el azul. He pasado gran parte de mi vida intentando hallarlo, intentando comprenderlo. Lo primero que uno ve, cuando viene al mundo en Grand-Lagon, es el azul. Hay allí quien dice que la intensidad del azul es una forma de locura... Es muy probable, doctor... El azul estaba presente la mañana en que nací, explica, con los ojos entornados. Se coló entre mis párpados y desde entonces he tropezado con él todas las mañanas sin poder dejar de mirar el mundo con ojos sobrecogidos. Es por el azul, doctor. Siempre ha permanecido en torno a Grand-Lagon, como la desesperanza. En el fondo, está allí para encubrir la perennidad de la desesperanza. En Grand-Lagon podría decirse, de igual manera azul o desesperanza.

Imprevisible, se aleja de la ventana, da unos pasos y se pone a cantar:

*Kilima changu kidogo, mi pequeña colina
Kilima changu kidogo.*

La voz de Emma se eleva, ronca, a medida que se nos acerca y esboza un paso de baile ante el doctor MacLeod. Desprevenida, como me hallaba, me encojo de hombros. El médico me devuelve el mismo gesto. No sé lo que anota en su cuaderno, pero, me sorprende a mí misma intentando memorizar las palabras de la canción: *Kilima changu kidogo*.

—¿A que es una bonita canción? —pregunta Emma con voz pausada.

¿Se ha dado cuenta el doctor MacLeod de que, después de la canción, Emma parece más tranquila? Si no hubiera desposado el destino de Emma, tal vez se lo diría, se lo haría ver. Con voz pretendidamente cómplice, le diría: «¿No cree usted que es un indicio, una pista que habría que explorar?». Si no hubiera desposado el destino de Emma...

Pero me callo y, para ratificarme en mi decisión, pienso: «Es como los médicos que, a veces, se enamoran de sus pacientes. Ya está. No diré nada al doctor MacLeod. Y si Emma llegara a contar cosas que pudieran perjudicarlo, tampoco se las diré».

Tiemblo, por dentro, como una hoja maltratada por el viento. En mi interior, me siento contenta de haber elegido. En mi interior, una voz me susurra: «Antes o después acabamos por traicionar a alguien o por traicionarnos a nosotros mismos».

—Los que mueren en Grand-Lagon, prosigue Emma con su voz ronca, se van con los brazos extendidos al horizonte en un último esfuerzo por apoderarse de un retazo del azul que les envuelve durante toda la vida, como un sudario. En la retina se llevan la huella de una línea azul, inaccesible, el azul del cielo que se junta con el mar tras las montañas. Rodea la ciudad y se insinúa en el cuerpo. Una melancolía indecible flota en todo ese azul, se queja, arrastrando las palabras. El azul impregna Grand-Lagon con una emoción agrídulce, un desasosiego cuya verdadera razón nunca he hallado.

Tiene los ojos entornados, como si se encontrara agotada después de un gran esfuerzo, luego, con la mandíbula tensa, continúa narrando en voz baja:

—Todo ese azul y toda su angustia son lo único vivo en Grand-Lagon, donde los vivos solo parecen vivos, porque, ya en los barcos, estábamos muertos.

Viene a sentarse frente a mí, con sus rodillas contra las mías. Su mirada de loca me paraliza. No debo pestañear, no debo decir nada y sobre todo no debo cambiar una coma a su relato. No me muevo y hago lo que puedo por aguantar el fuego de sus pupilas. Probablemente se da cuenta de que el terror de los primeros días casi ha desaparecido de mi mirada. Veo el movimiento de su pecho que asciende y desciende, una vena palpita en sus sienes. Se inclina hacia mí:

—Estás aquí para repetir a los blancos todas mis palabras, sin dejarte ni una. ¿Crees que van a verte diferente a como eres? ¿Que van a quererte un poco más? Ignorante, me dice, torciendo los labios con desprecio. No sabes nada de la auténtica historia. Basta con ver cómo miras a ese doctorcito, cómo inclinas los hombros ante él, para comprender. Seguro que has aprendido todo en los libros que ellos mismos han escrito para contarte tu propia historia.

Se echa a reír con una risa gutural que me da escalofríos.

—Yo también he leído libros de esos en los que la historia aparece truncada, lobotomizada, escindida, masticada, triturada y seguidamente escupida en un chorro informe, prosigue. Así es, mi pobre Poupette^[1], por eso han pisoteado mi trabajo. De esa manera, ellos continuarán escribiendo para nosotros, para que no se sepa que, ya en los barcos, nos robaban nuestros cuerpos y también nuestras almas. ¿A que esto no lo has leído en sus libros, Poupette?

Contenta por su invención, repite «pobre Poupette».

—Así es como te voy a llamar en adelante, afirma tajante. Se te puede confundir fácilmente con una muñeca de porcelana. Seguro que tú también has jugado con esas muñecas rubiotas, que abren y cierran los ojos. Las tenían todas las niñas de nuestro país. Las llamaban muñecas de Francia. Y además, ¿por qué habría de molestarte que te llame Poupette? Yo no tengo nombre. Antigamente nos daban los nombres de los amos. ¿Pero, hoy día, qué más da?

Levanta los hombros que parecen dos puntas, dos picos, bajo las mangas.

—Oigo a las enfermeras hablar en su puesto de control. ¿Sabes cómo me llaman? La «morena de la 122». También está la de la 124, la de la 128, la de la 136.

Vuelve otra vez a la ventana para contemplar el río y continúa:

—¿Estás segura de que tu pelo color de paja y tus ojos, sí, tus ojos que confunden a la noche, van a lograr que ellos te respeten? ¡Por desgracia, hay quien piensa como tú! Por eso nos persigue la maldición de la sangre.

Cierra los ojos y empieza a gritar:

—¡La maldición de la sangre! ¡La maldición de la sangre, os digo!

No es la primera vez que grita de ese modo. Sé que no va a venir nadie. Nadie viene cuando arma escándalo. Por la noche deben de atiborrarla de somníferos. Por culpa de esas sustancias su mirada parece, a veces, perdida. Los pasillos vibran continuamente por los gritos de las mujeres. Sus chillidos hacen pensar en los aullidos de los coyotes. Pero, a veces, sueltan maullidos quejumbrosos que hielan la sangre en las venas.

—Aquí podemos gritar sin que nos molesten, dice, una vez calmada. ¿No quieres gritar conmigo, Poupette? Seguramente piensas que no tienes motivo alguno para gritar. Debes de pensar que ser negra y estar loca es el colmo de las maldiciones. ¿No es cierto? Como ellos, piensas como ellos, lo sé. ¡Pobre de ti! La operación que han realizado contigo ha sido todo un éxito, Poupette. Cuando se viene al mundo así, con esos ojos y la piel del revés, y todas esas piezas descolocadas, nos decimos estúpidamente que su odio nos va a perdonar la vida, que los zarpazos son para las demás. Y luego, un día, ¡bang!, descubrimos que no hay mil maneras de ser negra. Fifie era de la misma clase que tú, una negra con la piel del revés y todas esas piezas descolocadas. Ya verás cuando conozcas la historia de Fifie, mi madre, ya verás, de nada sirve pelearse contra la propia piel de negra, es como querer cambiar el color del océano.

El doctor MacLeod observa a su paciente con una atención penetrante. ¿Verá la misma resignación glacial que siempre descubro en la mirada de Emma, frente a toda su verborrea, que podría hacer pensar lo contrario? En el rostro de médico se lee: «Emma se hunde en la locura, ¿podemos salvarla todavía?».

—Usted está aquí para eso, ¿no, doctor MacLeod?, para escuchar la historia de Fifie, prosigue. Ella es quien le interesa, lo sé. Le interesa porque está muerta, lo comprendo. Pero tendrá usted que tener paciencia. Antes de hablarle de Fifie, tengo que decirle unas cuantas palabras sobre el tiempo que consideran pasado y al que llaman «otra época».

Se sienta a sus anchas, como para pronunciar un discurso, y prosigue:

—Doctor MacLeod, quiero hablar de la época de los negreros y de la caña, las negras vivas eran muy apreciadas por los mercaderes. Nos cambiaban por armas de fuego, por pedernal para los fusiles, por armas blancas, alcohol, metales. Ya ve, éramos bien rentables. Todo eso estaba en mi tesis. Para fecundar la caña, el algodón,

el tabaco, hacía falta el buen sudor de las negras; su vientre para llevar los brazos que servían para cortar caña y recolectar el algodón; su sexo para ahogar la violencia y la rabia de todas las bestias, negras o blancas. Pero hoy día, la madera de esta mesa vale más que diez negras, ¿no es cierto, doctorcito? Las negras no suscitan ningún interés. Por eso están mejor muertas. ¡Por eso muchas de ellas nacen muertas! ¿Comprendes, Poupette?

Emma se levanta, agitada. Ahora va y viene. Unas veces se dirige al médico, otras a mí. Con un gesto teatral agarra la silla y la coloca junto a la ventana. Nos da la espalda y repite:

—Nacen muertas. Nacen como renacuajos reventados.

El médico escribe en su cuaderno. Y a mí, me gustaría leer todas sus notas, ser también capaz de anotar todo, a Emma entera. Con la frente pegada a la ventana, continúa:

—Es la sangre, ya se lo he dicho. La sangre demasiado densa que corre por nuestras venas, la sangre espesada por el odio. Porque todo empezó con un combate, doctorcito, un terrible combate librado por el odio. Pero, exclama, adoptando de pronto el tono de una actriz trágica, ¡comprendo! El propio país ha muerto por culpa de la sangre. Ha muerto asfixiado y se está pudriendo. Y mientras espera que le den sepultura, los pedazos de carne podrida que somos nosotros, los negros y las negras de este país podrido, nos vamos y reemprendemos la ruta de los barcos. Se acuerda usted, doctor MacLeod, se acuerda de la primera vez, el primer día que entró en esta habitación, me pidió que «le reprodujera las circunstancias de mi inmigración».

Un pequeño arrullo se escapa de su garganta.

—Ah, era usted casi gracioso, doctor, usaba palabras tan largas... frases llenas de bucles.

Se ríe a mandíbula batiente y las lágrimas resbalan por los extremos de sus párpados.

—No me acuerdo de nada, doctor, le respondí. Ahora lo sé y puedo explicárselo todo. Si quiere usted escucharme, por supuesto.

El médico la mira con una enorme interrogación en los ojos.

—Sí, dice Emma, que sacude la cabeza, escriba doctor MacLeod, tome notas en su bloc: Emma nos ha llegado de una colonia de muertos vivientes. Es un pedazo de carne podrida en la ruta de los barcos, que se ha desviado hasta aquí. Pero solo se trata de una escala, un día, reanudará la ruta de los barcos. Claro que, prosigue, alterada y haciendo gestos ampulosos con la mano, es mucho decir que todo estaba muerto, puesto que existían los ciclones. Ah, ¿nunca has visto un ciclón, Poupette? Estoy segura de que tu mamaíta te escondía bajo sus faldas durante los ciclones. Pero Fifie nunca sabía dónde estaba yo en aquellos momentos. Seguro que esperaba que me marchara, que me llevaran los fuertes vientos...

Traduzco mecánicamente, con los ojos fijos en la mujer. Intento olvidar, olvidar su mirada, mantener vivo el eco de su voz, nada más.

—Ah, si supiera usted lo que es ver nacer un ciclón en un país muerto. Esa fuerza, esa cólera que quiere dar vida a las cosas a cualquier precio, pero que solo consigue destruirlas arrancando y barriendo todo. Los ciclones, sabe, apagan hasta la luz del cielo. Durante días enteros son los dueños absolutos.

Se entristece, se repliega en sí misma y murmura:

—Solo los ciclones consiguen enturbiar el azul que envuelve Grand-Lagon. Los vientos, inmensos y ruidosos, dan vueltas, arrancan los tejados de las casas, doblan grandes árboles como si fueran juncos, transforman sus ramas en enormes escobas que restriegan con furia por el suelo. Siempre conservaré en la memoria el agobio de los vientos y el recuerdo de su demencia en medio del azul. Existen los vientos, existen los ciclones y existe el mar, prosigue, y cuando se calman los vientos aterradores, el mar se decide, al punto, a hablar de sí mismo. Y entonces pueden verse las olas como amazonas lanzadas a toda prisa, surcando las costas, escupiendo espuma, llenando las casas de agua del mar.

Se ha detenido, y con los ojos entreabiertos, habla ahora como si estuviera soñando. Su voz, unas veces casi inaudible, se transforma otras en un grito desgarrado:

—Existen los vientos, los ciclones y el mar, repite, pero también existe el olor acre de la sal que, permanentemente, satura el aire, sin alejar el aliento a muerto, el olor húmedo a sangre, arrastrado hacia nosotros por un viento de eterna locura que viene del mar, traído en las calas de los barcos negreros. ¿Sabías que todo ha llegado en los barcos? Vaya pregunta, Poupette, ¿quién te lo iba a decir? Seguramente está escrito en los libros redactados a la inversa por los blancos. Hoy día pretenden estudiar, con sus grandes palabras, las manifestaciones de la locura en las negras. Sin embargo, se niegan a saber lo que ocurrió en los barcos negreros y en las plantaciones.

Hasta ese momento, el doctor MacLeod, permanecía tranquilo, inclinado sobre su cuaderno de notas. Empieza a morder el lápiz. Entonces se da cuenta de que me he callado, incapaz de seguir el ritmo de Emma y esa mezcla desconcertante que hace del francés y de su lengua materna. Voy a tener que utilizar un magnetófono para continuar el trabajo. Luego transcribiré la grabación y daré todo al doctor. El pensamiento se me altera cuando veo que Emma se acerca al doctor contoneándose. Se planta ante él:

—¿Cuándo vas a acabar de chupar el lápiz, doctorcito? Vaya pinta de asustado que tienes. ¿Qué te crees? Desde que dejaron la caña, las negras han aprendido a reflexionar, declara, recalcando las sílabas.

Se inclina sobre el cuaderno que el doctor tiene en las rodillas.

—¿Ya no escribes más? También puedes escribir esto, porque es la verdad. Hay negras que han empezado a creer que podían hacer lo mismo que los hombres. Han abierto libros. Ah, pero lo único que hacían era leer los libros. ¡Había que verlas! ¡Se bebían los libros, se los tragaban! Pero, por desgracia, los libros no consiguieron que

sus vidas de negras cambiaran en nada. Un trabajo inútil...

Se golpea la frente con los puños.

—El resultado es que esas cosas se pudren en su interior. ¿Quién quiere saber qué germina en el cerebro de una negra?

De pronto se pone a lloriquear, gimiendo como un bebé. Se frota los ojos con los puños cerrados y toma aire por la nariz.

—Todo se pudre en nosotras. Condenadas, esa es la palabra, estamos condenadas, se lamenta. Pero tenemos sueños, doctorcito, suelta de golpe, con los ojos secos.

Al decir esas palabras su rostro se reanima y adopta un tono confidencial:

—Una vez soñé que nuestro saber, el saber de nosotras, las negras, se transformaba en leche, en leche buena y cremosa, en saludable leche azul de tan blanca que era, y entonces, dábamos de mamar a todo el mundo. Éramos una colonia de negras y avanzábamos una tras otra, transportando con esfuerzo nuestras mamas llenas. Entonces aparecían hombres en inmensos barcos, nos agarraban, nos ataban, nos ponían la canga y nos llevaban con ellos. Nos vendían, nos compraban a buen precio, nos palpaban, pesaban nuestras mamas, las apuestas subían. Todos los que no querían devanarse los sesos se arrojaban sobre nosotras. Éramos las fuentes del saber. Como antaño, nos encadenaban para que diéramos nuestras mamas llenas de vida a todos los blancos para proteger las blancas mamas de sus blancas madres, a todos les dábamos la leche de nuestro saber.

Con un gesto vivo, se abre la blusa y exhibe sus senos que muestran sus areolas como dos ojos desorbitados. Tambaleándose, se acerca al médico hasta rozarlo. El vértigo se apodera de mí, pero encuentro fuerzas para levantarme, para intentar intervenir. El médico detiene mi gesto con la mano mientras Emma se endereza y pasea por la habitación, sus ojos enrojecidos por la fiebre, cerrando la blusa que abrocha con manos temblorosas. Entonces se derrumba, sacudida por violentos sollozos.

El doctor MacLeod se levanta y echa un vistazo a su reloj.

—La sesión ha terminado por hoy, anuncia, con esa voz neutra que adopta a menudo para recordarnos que es un verdadero profesional.

En esos momentos, su mirada no denota el mínimo fulgor de inquietud, la mínima chispa de emoción. No cabe duda de que Emma tiene razón. Para el doctor MacLeod es como la madera de la mesa, como la cama, un puro objeto. Empiezo a preguntarme por los verdaderos motivos que alientan al médico. Me gustaría comprender su método, su manera de trabajar. Es cierto que Emma nunca responde a sus preguntas, pero no me gusta el tono paternalista, condescendiente cuando se dirige a ella. Sin embargo ella le devuelve la misma moneda, tengo que admitirlo.

—¿No quieres saber nada más, doctorcito?, interviene, en ese preciso momento. ¡Qué lástima! Me encanta hablar de los ciclones.

Mira de arriba abajo al médico con arrogancia y corre a colocarse delante de la puerta para no dejarnos salir.

—¿Quieres irte? Todavía no he terminado. El médico ya había levantado la mano para agarrar el pomo. Permanece unos instantes con el brazo extendido. Parece que está reflexionando. Durante esos momentos, Emma da rienda suelta a su arrebatado:

—Cuando hayas anotado todo, vas a escribir un libro, ¿a que sí? Y nadie pondrá en duda tus fuentes, que serán fidedignas, ¿no es cierto?

Tiene una manera particular de echar la cabeza a un lado que hace que su cuerpo se incline como una liana.

—Otro libro, continúa, un libro para despedazar a las negras y en el que escribirás todo al revés. Encubrirás las pistas, cambiarás los datos, dirás lo que te parezca, serás el experto y todo el mundo te creerá porque tu palabra es ley, doctorcito, aunque no sepas nada, absolutamente nada de lo que se oculta bajo mi piel.

Acaba su parrfada con uno de esos arrullos que escapan de vez en cuando de su vientre, luego, a paso lento, se aleja de la puerta, atraviesa la habitación, camina titubeando hacia la silla y se vuelve a sentar.

Sin hacer ruido, el doctor MacLeod sale de la habitación. Apenas oigo el chasquido del pestillo. Reprimo mi primer movimiento que consiste en seguirlo, en irme; dejar a toda prisa esa habitación de hospital, no volver nunca más, huir de Emma, demasiado loca y lúcida a la vez. Se acabó, me digo, el trabajo mecánico en la consulta de un médico que tiene prisa en acabar y que, aún más que antes, se siente importunado por mi presencia.

El doctor MacLeod se ha marchado, yo debería irme también. Sin embargo, sigo en la habitación, paralizada, sumida en el relato de Emma. Mi pensamiento ya no controla mis labios. A mi pesar, murmuro y retomo sus palabras, como para grabarlas en mí.

—Ahora, vete, me dice de pronto, encolerizada. ¿Qué esperas? ¿Crees que confío en ti? ¿Por qué piensas que debería considerarte diferente a todos ellos? ¡Dame una única razón que sea válida! ¡Ni siquiera sabes quién eres!

Alterada, me levanto y recojo mis cosas. Emma continúa emitiendo esa especie de arrullo. De un salto, se sitúa junto a la puerta y me abre. Esboza un gesto de hastío y, suavemente, cierra tras ella. Salgo de la habitación con la idea de reunirme con el doctor MacLeod para decirle que renuncio, que no podré...

La secretaria no levanta los ojos del teclado en el que se afanan sus dedos. Quizás ha reconocido mi voz.

—¿El doctor MacLeod? Ya se ha marchado. ¿No lo ha visto? Pero ¡si estaba con usted! ¿Ah, sí? Ya no lo voy a ver. Tendrá que esperar usted hasta el lunes, lo siento.

El repiqueteo de su máquina me persigue. De nuevo, salgo huyendo sin pedir más explicaciones.

Durante todo el fin de semana, los monólogos de Emma me quitan el sueño y la paz. Deambulo por el apartamento, la voz de Emma resuena en mis oídos. Me invaden oleadas de calor, sobresaltos repentinos. Hace apenas unas semanas asistí a un seminario sobre la profesión de intérprete. Daba la impresión de que el experto

concedía tanta importancia a la distancia, a la distancia «adecuada», remachaba, como si solo se tratara de colocar una valla, mojones, y encogerse de hombros una vez terminado el trabajo. Pasan las horas, sueño con el espacio, pero ante mí solo siento el abismo, porque nada de lo que existe y se mueve en la tierra me importa en estos momentos; para mí solo existe una mujer cuyo nombre es Emma, y su locura.

Lo mismo que no se puede hacer nada para librarse de la muerte, nada puedo hacer para escapar de Emma. Ahora forma parte de mí misma. A partir de este momento, tengo que vivir su vida. En un grueso cuaderno, me pongo a escribir su nombre, Emma, vuelvo a escribir varias veces las mismas cosas, pero eso tampoco tiene importancia. Como sucede con las caracolas que se apropian del ruido del mar y repiten con testarudez su música obsesiva, la voz de Emma se ha incrustado en mí, ha tomado posesión de mí, a la manera de la espuma que se adueña de los guijarros y de los troncos de los árboles. Me dirijo a Emma al escribir: «Escribo para hablar de todo lo que me abrasa el cuerpo y la sangre y que no consigo explicarte durante las sesiones con el doctor MacLeod, para que tu voz viva por siempre, tú, a quien nadie ha escuchado nunca. Escribiré hasta tu última gota de odio, y tu voz, como un cascabel, resonará hasta el fin de los tiempos».

Yo, que siempre he sabido manejar con soltura los conceptos más abstractos, tengo de pronto la sensación de no decir más que mediocridades. Súbitamente descubro la esterilidad y la vacuidad de mis palabras, y descubro, al mismo tiempo, que la locura puede ser contagiosa.

El lunes, por la mañana temprano, recibo una llamada de la secretaria del doctor MacLeod. Me anuncia que la sesión habitual con Emma no tendrá lugar, pero que el médico requiere mi presencia en una reunión del comité interdisciplinario. Con muchos reparos, me hago preguntas sobre el famoso comité. ¿Con qué derecho iba yo a participar en un encuentro en el que se disponían a decidir sobre el destino de Emma? ¿No pretenderá el comité utilizarme para elaborar el informe para el tribunal? Seguramente querrán saber mi opinión sobre lo que llaman «la extraña enfermedad de Emma». Es la única palabra que sale de la boca del doctor MacLeod: extraña. ¿Acaso sospecha que estoy sobre aviso, que he guardado en el fondo de un armario, con mis antiguos libros de estudio, la sacrosanta neutralidad a la que se debe el intérprete? ¿Sabe que he elegido mi bando?

Ya los estoy oyendo: «¿Cómo percibe usted sus palabras?», me preguntarán, pensando que les oculto la verdad. «¿Y la manera que tiene de expresarse, la violencia de sus términos, se puede atribuir todo eso a su cultura? ¿Se trataría de un atavismo?».

Me siento cogida en la trampa, y debo admitir que no conozco las verdaderas respuestas, puesto que nunca me he hecho las verdaderas preguntas. Como creo que las preguntas que no han sido formuladas no existen, me contento con oírme decir, tengo que admitirlo: poseo el color de piel soñado, ni demasiado pálido, ni demasiado

oscuro, justo en su punto. Así es como les gustamos. Como la miel, exclaman algunos, como un rayo de sol, semejante al buen pan belga, justo en su punto... A veces escuchaba esas palabras con un mohín de coquetería o con una pizca de irritación, y me entretenía sembrando mi cabello de mechadas doradas para resaltar el resplandor de mis ojos de gata, de mis pupilas hechas «para confundir a la noche», tal como me describía Emma.

—No comprendo lo que vengo a hacer aquí, recalco al doctor MacLeod al entrar en la habitación.

—No tema usted nada, Flore, dice con diligencia. La reunión del comité ha terminado. Todo el mundo está muy ocupado, así que ha habido que adelantar la hora. He entregado un informe que da cuenta de mis observaciones sobre Emma. La conclusión es que apenas avanzamos. Emma me ha atrapado en las redes de su discurso que parece desorganizado, pero que en realidad apenas lo está, dice en voz alta el médico. Hay que encontrar una solución al dilema. Tenemos que cambiar de método. Emma no se abrirá —estoy seguro de ello— ni a mí ni a nadie de la profesión médica. Lo hemos intentado todo. Sabe, hay relaciones con los psiquiatras como las que se dan entre los amantes. Uno no se confía, no se abandona por completo más que cuando percibe en su interlocutor el deseo de renunciar a cualquier propósito de ser alguien diferente. Este es uno de los principios fundamentales de la psiquiatría.

Para ir directamente al grano, Flore, le propongo otra forma de trabajar. En adelante, será como si estuviera usted sola con ella. Yo me mantendré completamente al margen, no volveré a intervenir. Nos veremos antes del comienzo de cada sesión y prepararé algunas preguntas esperando que acepte responderlas. Por más que la use a usted de diana, solo serán ataques verbales. Psíquicamente no tiene usted nada que temer. Parece ser que mi propuesta, desde el punto de vista ético, le ha parecido intachable al comité: en los meandros de su discurso encontraremos la clave del problema de Emma, ya que se niega a responder a las preguntas que le dirigimos directamente, sobre todo a las que hacen referencia al asesinato de su hija. Hasta ahora no ha confesado ni negado los hechos de los que se le acusa.

—En ese caso, es posible que otra persona haya cometido el asesinato, doctor MacLeod.

—Vamos a ver, Flore, replica el médico con cierta contundencia.

—Pero... nunca se sabe... Lo que en ocasiones puede parecer tan evidente...

—No nos despistemos, quiere, prosigue con el acento paternalista del que nunca llega a desprenderse, a pesar de su amabilidad. Además, ni usted ni yo, continúa, somos detectives. Yo quiero comprender los motivos que han llevado a Emma a matar a su hija y usted debe ayudarme a comprenderlos. Si colabora también le ayudará a ella. El comité opina que acabará por acostumbrarse a su presencia y, poco a poco, conseguirá que hable sin rodeos, sin metáforas ni otros trucos.

Una vez más, el doctor MacLeod no se molesta en esperar mi respuesta. Terminada su alocución, me encuentro soñando despierta, deambulando sola por los pasillos del hospital, como un autómata. ¡Nunca había oído nada semejante! En el colegio odiaba las clases de Psicología, Freud representaba para mí la perfecta imagen de un desequilibrado, me horrorizaba. Sin embargo, desde que ejerzo esta profesión, en muchas ocasiones me han puesto en esta tesitura, haciéndome responsable en tanto que miembro del grupo «del que no se comprende ni el lenguaje ni los códigos». A decir verdad siempre se toman la molestia de tranquilizarme: «Pero, usted es diferente, Flore». No cabe duda de que Emma tenía razón cuando decía que me equivocaba al creer que me considerarían de otro modo. Después de todo, ¿no es su ofrecimiento la prueba de que solo soy un instrumento banal en manos del doctor MacLeod y su comité? Un instrumento que quiere poner al servicio de la Justicia, por supuesto. ¿Pretende que ejerza de confidente de la Policía?

Intento ir al fondo del discurso del médico. «Es una de las tuyas, creo oír. Tienes que saber lo que no va bien en ella. Nosotros queremos ayudarle, hacer cuanto podamos, pero la verdad es que no conocemos vuestra cultura. Te toca a ti descubrir lo que no va bien».

Podría decir que no al ofrecimiento del médico. No puedo entender con claridad las razones que me inducen a aceptar. Lo único que me guía es, me parece, la idea de que hay un velo tendido sobre la vida de las negras, las de piel azul y las de la piel «del revés», como me califica Emma. Algo me dice que al escuchar a Emma, podré rasgar el velo.

En cuanto llego a casa, me lanzo sobre la guía telefónica y encuentro sin problema el número de Nickolas Zankoffi. Concertamos una cita.

Un amor de leyenda

Lía voz de Nicolás Zankoffi vibra con un goce indefinible cuando pronuncia el nombre de Emma.

—Hubiera podido quererla hasta el fin de los tiempos, dice, curarla con mi amor. Pero, desde el comienzo de su enfermedad, cuando, después de su detención, la Policía la llevó al hospital, se negó a que la visitase. Pasé hora tras hora suplicando a las enfermeras que me dejaran verla solo un instante. Sus órdenes eran estrictas. Ninguna visita. Le escribía y me devolvía todas mis cartas. Algo cambió cuando se dio cuenta de que esperaba un niño y que ya estaba en el tercer mes de embarazo. El orden habitual de las cosas, sus gestos, nada se hacía del mismo modo, ya no era la misma. Mucho tiempo después de su internamiento, supe que había intentado abortar. Descubrí en un armario del baño un montón de artilugios raros, un largo tubo que acababa en una ventosa, unas largas pinzas y un surtido de hierbas había puesto a macerar. Yo estaba allí, pero no comprendí nada.

Nicolás Zankoffi habla dando vueltas a la cucharilla en una taza de café vacía. Durante un buen rato mantiene los ojos bajos. Cuando levanta la cabeza, sus labios tiemblan. Entonces me doy cuenta de la sorprendente belleza de su rostro, de sus ojos sobre todo, que se estiran hasta las sienas. Su piel recuerda al cobre. Es alto y triste, sus gestos son lentos.

Trago saliva con dificultad. Mis párpados parecen las agitadas alas de una mariposa loca mientras lo miro de hito en hito.

—Emma era una apasionada de la Historia. Sobre todo de la del continente africano. Viajó a África, a Senegal, pasó días enteros deambulando entre los restos de Gorée, luego a Benin, al que todavía llamaba con el nombre de Reino de Abomey. Reunió un sinfín de documentos sobre las amazonas, las guerreras que, según pretendía, habían defendido el reino contra los invasores europeos y de las cuáles nunca más se había oído hablar. No dejaba de pedirme que le hablara de mis viajes, de las regiones que había visitado, de las mujeres que había amado en ellas. «¿De qué punto de los cinco continentes me has llegado?», me preguntaba. Y, de nuevo, volvía a empezar para ella el mismo cuento maravilloso.

Mis ojos, que se prolongan hasta las sienas cuando te sonrío, me fueron legados por un antepasado chino. Los chinos eran grandes viajeros. Mi antepasado Liu se casó con una mujer española, una mujer de sangre ardiente, como dicen. Mi piel de color de miel tostada me viene de ella, pero también de Casamancia, de otra antepasada, Peule. Gracias a ella el sonido del tambor se cuele en mis venas como el ron. Granada, la tierra que se alimentó con la sangre de Lorca, me dio a mi madre. Era una de las mujeres más hermosas del mundo. Nací una noche en la que se podían coger las estrellas por racimos con solo estirar el brazo. Mi madre era cantante, viajaba por la carretera que lleva de Toledo a Granada, cuando decidí que era el momento de ver a qué se parecía el mundo cuyas vibraciones me llegaban ya

con tanta intensidad en su vientre. Las hadas se introdujeron en una caravana de gitanos. Me hicieron un dibujo en la frente con su varita y me bautizaron con el nombre de «Vagabundo del amor».

Me encuentro allí alelada con la boca abierta frente a este personaje, también medio loco, que pretende haber querido curar a Emma de su locura. Pero no puedo defenderme de la idea de que él es el hombre de todos los continentes que el mundo necesita para curarse del caos en que el odio lo ha hecho sucumbir. Su voz me sobrecoge cuando de repente se eleva y adopta un tono doliente.

—Por desgracia, no sabemos lo que nos deparará el mañana. Quería apasionadamente a Emma, pero no era consciente del arte de la destrucción que había heredado. Al negarse a enterrar a sus muertos, Emma quería destruirse; vivía bajo su sombra, presa de sus fantasmas. Cuando discutíamos, a veces me miraba como si quisiera ir más allá de las palabras que pronunciaba, hasta el interior mismo de mi pensamiento para aprehender la verdad. Sin embargo me rechazaba, me rechazaba todo el tiempo, no quería creer en las palabras de los hombres, decía. Pero yo la quería tanto que todo carecía de sentido para mí cuando no estaba a mi lado.

Al principio, me costaba lo indecible mantenerla tranquila. Nada más llegar a mi casa se lanzaba a una carrera desquiciada. Se ponía a ordenar, a cambiar las cosas de sitio, a limpiar el polvo. Cocinaba, planchaba, zurcía y solo paraba cuando veía que me enfadaba. Entonces, en un segundo, se quitaba el delantal, se daba un poco de crema en las manos y corría hacia mí. La cogía entre mis brazos, pero al instante, el desasosiego se apoderaba de ella:

—¿Quieres una tisana? He traído menta y verbena frescas. He dado una vuelta por el mercado.

—Solo te quiero a ti, estar a tu lado.

—No tengo nada que ofrecerte, me han arrebatado todo, respondía, con total convicción.

—Cuando uno ha perdido todo, le queda el amor, le decía.

Como tenía respuesta para todo y no le importaba contradecirse, me llevaba la contraria, cuando, en realidad, no había perdido cosa alguna porque nunca había poseído nada...

Ningún abrazo parecía suficientemente intenso, ni suficientemente perfecto como para vencer el espacio que ponía entre ambos.

Sus violentas arengas sobre la barbarie de los conquistadores eran interminables. «España, exclamaba, merece encontrarse en el banquillo de los acusados por negarse a poner fin a la trata que practicó hasta los comienzos del siglo veinte. “¡Qué vergüenza, escupía, qué infamia!”». Una tarde, durante una comida, hablábamos de los ríos, citó el Amazonas, yo mencioné el Guadalquivir. Su rostro cambió bruscamente. Yo no comprendía nada en absoluto. «Entonces respóndeme, se puso a gritar, mientras blandía su tenedor enarbolando una rodaja de pepino en la punta, respóndeme, ¿has pensado alguna vez en la cantidad de africanos cuya sangre se ha

mezclado con las aguas del Guadalquivir?». El Guadalquivir es un río, Emma, insistía yo. «Todos los ríos van al mar», concluía triunfante.

En vano intentaba defenderme diciéndole que yo no tenía nada que ver con España. «Mis venas llevan sangre de todos los continentes, Emma», aducía, y continuamente me veo obligado a escoger, a reivindicar, aquí o en cualquier parte, si no quiero verme rechazado... Entonces esgrimía un rictus de desprecio. Y cuando se marchaba, me dejaba en compañía de los monstruos y de los fantasmas del odio que llegó en las bodegas de lo que ella llamaba «los grandes barcos» y que poblaban su existencia.

¿Cree usted que saldrá adelante?, me pregunta Nickolas.

No puedo hacer otra cosa que encogerme de hombros, y continúa su soliloquio:

—Nunca he podido comprenderla. Los primeros años, los pase intentando convencerla de que la quería de verdad, porque ella asociaba mi amor a una pasión casi perversa. «Es, decía, una pasión de coleccionista».

La quería tanto..., todavía la quiero. He temido perderla desde el día en que la conocí. Fue en Burdeos, en un pequeño café, cerca del espigón. Era ya tarde. Se había bebido unas cuantas copas de más y me había hablado de los colonos canallas de Burdeos que habían pisoteado su tesis. No era raro encontrar ese tipo de estudiantes extranjeros, africanos o, sobre todo, antillanos que no paraban de echar pestes contra el racismo y la discriminación que sufrían a lo largo de sus estudios. Aquella tarde, llevaba un turbante malva, que resaltaba el brillo de su rostro, cuyo color recordaba a los muebles de madera de amaranto envejecidos por el tiempo. Sentí cómo me ponía colorado desde la nuca cuando me hizo una señal con la mano al pasar junto a su mesa.

Enseguida supe que no se trataba de una buscadora de aventuras, sin embargo su misterio me resultaba indescifrable. No era guapa, más bien delgada, un poco apagada. Pero era más hermosa que nadie. Con su tez de madera de cayena, parecía una estatua antigua. En el fondo de sus ojos brillaban de vez en cuando destellos de un dolor ancestral, lo cual confería una extraña dulzura a su mirada. Tenía las encías de color violeta. Nos hicimos amantes. Unos meses después, Emma decidió seguirme a Montreal y reemprendió sus estudios con ahínco.

Ya es casi de noche cuando dejo a Nicolás Zankoffi. Ha empezado a nevar otra vez. Las calles están claras como si no se hubiera hecho de noche. Los copos brillan en la acera y forman bolas compactas en los setos de enebro, maltratados y tiesos por el frío. Mientras camino hago el recuento de las mujeres de mi entorno y descubro con cierta angustia que muchas de ellas pasan solas gran parte de sus vidas. ¿Es porque, como le ocurre a Emma, el dolor ancestral les ha hecho olvidarse de todas las palabras de amor que llenan el espacio entre los cuerpos? Tal vez todo ha cambiado demasiado rápido para ellas... Desde luego, ya no se aborda el amor del mismo modo. ¿Acaso no pasan toda la vida esperando, como mis hermanas y yo, al ser

excepcional que será para ellas el amante, el cómplice, el amigo? ¿Por qué nunca se tienen que cruzar sus caminos? ¿Por qué hay que aceptar cazar al vuelo lo que se cruza en nuestro camino para no quedarnos sin nada a lo que hincar el diente? Con horror, me doy cuenta de que las mujeres, todavía jóvenes, viven cada vez más solas. Para ocultarlo, se atribuye este fenómeno a la modernidad. Se hace referencia a la falta de compromiso, al miedo a las ataduras, en fin, es lo que pretenden algunas que aceptan más o menos su condición de mujeres solas. Para mí, desde hace tiempo, la cuestión se plantea de otro modo y con más sutileza, ¿no será que las mujeres y los hombres ya no hablamos el mismo lenguaje? Esperamos tan deprisa los treinta años, como yo, luego los cuarenta con la desesperación que acompaña a esta edad, que hace de nosotras seres asexuados, que nadie ve.

Mi hermana mayor Gilliane lleva mal la soledad. Todavía la estoy oyendo hablar con voz agria en la cena de Navidad de la traición de los hombres. Me vienen a la memoria nuestras encendidas discusiones sobre el tema. «Vas a ver, vociferaba, cómo te vas a reír cuando una mañana te mires en el espejo y veas enfrente de ti a un mapache con grandes ojeras como platos alrededor de cada ojo y un amasijo de carne bajo la barbilla que necesitaría un sustentáculo... Existen pocas artimañas para ocultar la ruina, Flore, decía con amargura. Gilliane sollozaba vertiendo sobre el género masculino todos los rencores acumulados contra el hombre que había dejado plantada a nuestra madre y rehecho su vida con una mujer de piel blanca. Somos fuertes, es cierto, gritaba mi hermana. ¿Acaso podemos permitirnos el lujo de no serlo? Fuerte y frías como el mármol, seguramente es lo que piensan los hombres... Pero, tranquilízate, las mujeres saben leer el sufrimiento y el deseo bajo nuestras corazas. Es lo que las hace acudir como gatas exasperadas cuando, por casualidad, sus maridos, se atreven a acercarse a nosotras».

En esos momentos, mamá no dice nada. Se contenta con ir a la cocina a lavar los platos, a limpiar los cajones que no necesitan limpieza y a colocar los utensilios hasta que el tintineo de los tenedores y de los cuchillos sustituye los gritos agudos de Gilliane. Al pensar en mi conversación con Nickolas Zankoffi me siento de repente comida por el remordimiento, me enfado conmigo misma: ¿Con qué derecho me permito invadir la intimidad de este hombre? Es cierto que le hacía muy feliz poder hablar de Emma, vaciar el exceso de tormento en el hueco de un oído atento, evocar los años de furiosa y extraña pasión con una mujer solitaria como un peñasco en medio del desierto, un pájaro salvaje, decía.

De vuelta a casa, deslizo los pies por las aceras heladas. Estoy aterida de frío, sorprendida de verme llevando el peso de mis treinta años como una carga, de sentirme tan vieja de repente y terriblemente sola, yo también. Desde que trabajo en el caso de Emma, me siento devorada por una extraña soledad. Bajo la mirada benevolente del doctor MacLeod, sentado en un rincón de la habitación, continúo viéndola, tres mañanas por semana, para recoger en un magnetófono sus palabras deslavazadas que traduzco, transcribo y entrego al médico unos días después. Emma

siempre ignora las preguntas que el doctor prepara cuidadosamente. Solo habla de lo que le apetece. No sé lo que hace el doctor MacLeod con los textos que le llevo, ni cómo elabora sus análisis. A veces, saco las copias de los folios que guardo en una cartera, y leo, releo, llevada por una curiosidad devoradora, como si más allá de sus palabras, fuese a surgir una revelación.

A pesar del frío, camino durante un buen rato para engañar al cansancio. La nieve oculta el hielo en las aceras. Eso me hace pensar en los sueños rotos de los que hablaba Xiomara, otra mujer de la República Dominicana, por la que me hicieron venir el mes pasado. Valiéndose de una silla que blandía, hizo añicos la pantalla de la televisión en la sala de descanso del bloque tres en el centro psiquiátrico, gritando que estaba harta de ser invisible. Desnuda como un gusano, recorrió los pasillos contoneándose, increpando a los hombres del personal, preguntándoles qué no veían en ella que tuvieran las *putas blancas*^[2]. «Mis tres hermanas tenían la piel clara, gritaba, clara como el agua de una fuente. Yo era la única *negrita*, la única, la vergüenza de mi madre. Ah, ¡si supierais cómo me despreciaban! ¿Creéis que eso les impedía a sus maridos venir a perderse entre mis piernas? ¡Todos me poseyeron!». Hubo que administrarle una buena dosis de calmantes para quitarle la silla.

Nickolas Zankoffi me propuso que volviéramos a vernos el próximo viernes. Mantiene la loca esperanza de que conseguiré ayudar a Emma. No sé cómo llamar a lo que me empuja hacia este hombre, pero siento que el vórtice de locura en el que está sumergido me atrapa a mi pesar.

Doy vueltas en mi habitación sin ser capaz de decidirme a salir y llego al café con una hora de retraso. Todavía sigue ahí, esgrimiendo su triste sonrisa. Ni siquiera espera a que me siente frente a él para ponerse a hablarme de Emma.

—Puedo contarle toda su vida, dice, toda su infancia, hasta que se marchó de Grand-Lagon, Emma hablaba sin parar. Estaba obsesionada con su madre, Fifie.

Se acuerda de que antes de marcharse de Francia, pasaron unos días en París.

—Nunca habían estado las flores tan bonitas en los parques, recuerda. Aquel verano llovió mucho. La lluvia caía, rápida, una lluvia de gotas gruesas que se debatía, luchaba contra el viento, aterrizaba en trombas, en ráfagas furiosas. La tierra se abría como una boca glotona, tragaba vorazmente el líquido benefactor. Y por todos sus poros, devolvía en bocanadas de frescor el regalo incomparable con que el cielo la había obsequiado minutos antes. Los paseos del Luxembourg, que se habían vaciado en un abrir y cerrar de ojos, se volvían a llenar, como por arte de magia, de niños, niñeras y paseantes, atraídos por el frescor repentino de las tardes de verano. Sin embargo, Emma, parecía fijarse solo en las miradas de la gente que pasaba. Decía que seguro que la tomaban por una de esas mujeres que cobraba después del amor. «Te quise desde el primer momento en que tu mirada oscura se cruzó con la mía en aquel bar lleno de humo, junto al espigón», le juraba. Tuve la impresión desde el primer día de que la conocía desde hacía mucho y de que simplemente estaba

retomando una conversación interrumpida el día anterior.

A decir verdad, Nickolas tiene esa manera particular de abordar a los seres humanos, como los animales que se guían por el olfato. Como una ofrenda, os lanza su triste sonrisa y esa apariencia de seductor que nunca le abandona. Sintió en el primer encuentro con Emma, lo que otros tardarían años en descubrir: que era auténtica. La compara con el mar: fuerte y serena, pero también imprevisible. La primera vez que se amaron, evoca Nickolas, parecían viejos amantes. Se habían encontrado entre un amasijo de ropa —al menos eso era lo que él creía— y habían descubierto que eran de la misma raza, de los que aman la vida a ras del suelo y poseen por instinto los gestos más antiguos. Emma, como un primer amor. Emma, como la primera mujer. Emma, color de tierra. Emma, absoluta. Emma, como una marejada. Como un clamor infinito, había llenado su vida.

La sensualidad, la pasión y el arte de la desmesura que caracteriza a Nickolas Zankoffi me inducen a creer que aterrizó a Emma. Un amor tan profundo como el dolor de Emma no era tal vez lo que buscaba. ¿O creía simplemente que era lo que le estaba destinado?

El velo extendido sobre la vida de Emma comienza a rasgarse el día en que decide hablarnos de Fifie. Aquel día, a pesar de la presencia del doctor MacLeod, me siento sola frente a Emma.

Fifie

—Me llamo Emma. Ya lo sabes, Poupette. Además, se me olvidaba, hoy no voy a hablar de mí, sino más bien de Fifie. Fifie es mi madre. No se la conoce por otro nombre. La mañana en que mis hermanas y yo nos liberamos del útero de Fifie, el mismo amanecer azulado se extiende sobre las montañas que circundan Grand-Lagon. Somos cinco, cinco niñas de golpe, cinco niñas nacidas muertas. ¿Qué clase de batalla tuvo que librar Fifie para arrancarnos de ella? No lo sé. Lo único que sé es el azul.

Al decir estas palabras, el rostro de Emma se crispa y su cuerpo se tensa como un arco. Poseída por su relato, rápidamente, se recompone y prosigue, con ese aspecto de desconcierto que a menudo se apodera de ella:

—La fecha y el momento de mi nacimiento no están registrados en ninguna parte, ni siquiera con un círculo rojo en cualquier calendario. En Grand-Lagon, los calendarios no tienen la finalidad de indicar los años, los meses y los días. Tía Grazie y Fifie los alinean en las paredes junto a imágenes de Cristo con el corazón ensangrentado y junto a mujeres con aspecto de reinas del carnaval. Decoradas de esa manera, las paredes deben de resultarles menos feas. «Solo las gentes cuyas casas tienen paredes pueden cubrirlas con calendarios», dice tía Grazie con esos ademanes de Sibila con los que le gusta adornar sus palabras. Y añade que tienen razón al usar calendarios para poner toques de color en las paredes, sino, ¿para qué sirven los calendarios?

Antes de que naciéramos, mis hermanas y yo, prosigue Emma, los ciclones, las tempestades y los maremotos servían de referencia para todo lo que acontecía en el país y parecía importante. Más tarde, la gente dejó las catástrofes naturales y comenzó a situar los acontecimientos en el tiempo, ubicándolos antes o después de nuestro nacimiento. Nuestra llegada al mundo hubiera podido pasar desapercibida, pero los úteros y las madres, tanto como el número de niños, son atribuidos de manera anárquica e ilógica a Grand-Lagon.

En nuestro trozo de isla, este nacimiento colectivo causa una auténtica conmoción. La comadrona nos junta a las cinco en una enorme sábana. La anuda por los extremos para llevarnos al vertedero o, quizás, a un agujero cavado entre las raíces de un árbol. Pero, justo cuando se dispone a atravesar el umbral de la habitación, suelto un grito estremecedor. En los prados, las vacas dejan de pacer, montan las patas en las grupas de otras, los pájaros regresan a sus nidos a toda velocidad. Afuera, hace uno de esos días de furiosa tempestad. Grises tormentas surcan el cielo. Los vientos aúllan, siniestros. Nadie recuerda haber conocido otro ciclón tan violento.

En aquellos tiempos, todos los ciclones llevaban hermosos nombres de mujer. Se les llamaba *Flora*, *Hazle*, *Marie-Line*, *Bertha*. Sin embargo, después de mi nacimiento, nadie se acordaba del nombre del ciclón. Según tía Grazie, mis gritos

solapaban el rugido de todos los vientos juntos. Cuando la comadrona se da cuenta de que algo patalea y lloriquea entre el revoltijo de cordones umbilicales enredados y de miembros retorcidos que acaba de arrancar de los muslos ensangrentados de Fifie, se para en seco, se queda sin respiración. Hurgando entonces por aquí y por allá, sacando de un lado una pierna, del otro un brazo que parece que han sumergido en anilina, me descubre. Sí, Poupette, ahí estaba yo para quedarme, absolutamente decidida a enterarme de todo y a hacer el viaje hasta el final.

Aquello parecía un amasijo de sapos reventados, contaba siempre tía Grazie, horripilada. «Esa, decía, refiriéndose a mí por supuesto, gritaba por todas las otras, cuyas voces nunca llegamos a oír. Pobre Fifie, estaba tan horrorizada que a veces yo misma tenía que acallar a esa cosa horrorosa que bramaba noche y día».

En la habitación de Fifie, frente a la cama en la que está tendida inconsciente, en un charco de un líquido negruzco y viscoso, hay un gran armario de caoba mate, con la panza rojiza, como la de un animal a punto de reventar. Mi grito, la violencia de mi grito hace crujir la madera que desparrama por el suelo un ejército de termitas frenéticas. Y yo, a pesar de mi aspecto de renacuajo reventado —así es como me describen—, ya sé todo eso, porque he venido al mundo con cinco membranas amnióticas en mi blanda cabeza, la mía y las de mis cuatro hermanas. Así pues, disfruto de la extraordinaria suerte de comprender todo, de comprender por cinco. En resumen, eso era, principalmente, lo que daba miedo a Fifie. Una niña que nace con manto, no es aceptable, pero un renacuajo que, en el vientre de su madre, se apropia de lo que no le pertenece, es garantía de desgracia, el infierno indudable para sus familiares, un animalito tiránico, una bestia malvada, voraz, con ojos y manos por todo el cuerpo. Antigualmente se las enterraba vivas, lo antes posible, el mismo día. Pero en nuestros días, las cosas han cambiado, parece decir, con cara descompuesta, la comadrona que, al igual que Fifie, hubiera preferido vernos muertas a las cinco.

Ya sé que Fifie me profesa un odio inconmensurable. Te juro, Poupette, que lo percibí en cuanto asomé la nariz. El odio, sabes, es como un olor a quemado o a podrido. No es fácil disimularlo. Así que desde mis primeros días aprendo a desarrollar reflejos de supervivencia —puesto que quiero a Fifie con toda mi alma—. Estoy bien viva y berreo todo lo que puedo. No tengo intención de morirme. Oigo todo lo que dicen, y una voz, que empiezo a odiar, compara mi grito con la sirena de un barco en peligro. Entonces, grito con más fuerza si cabe, solapando con mi grito las voces irritadas y el cacareo de las vecinas que se sorprenden, se alteran, se preguntan por qué. Quiero responder que grito para que no me separen de Fifie, para no quedarme muda. Por desgracia, a pesar de la fuerza de mi deseo, ni una sola palabra sale de mis labios, al menos, nadie comprende lo que quieren decir mis gritos. Y además, ¿sabes una cosa, Poupette? Hasta ahora nada ha cambiado.

Emma se anima y alza el tono de voz:

—¿Quién comprende el grito de una negra? ¿Cuánto vale la palabra de una negra? ¿Eh? Tú que has leído todos los libracos redactados por hombres importantes,

¿cuánto vale la maldita palabra de una negra? ¿Quién ha prestado oído alguna vez a nuestros gritos?

Tía Grazie, la hermana de Fifie, que siempre estará presente, está ahí, al lado de la cama, el día en que vine al mundo. Con los brazos colgando, la boca abierta, dirige sus ojos en blanco al orificio tan abierto que acaba de expulsarnos, a mis hermanas y a mí. En una plegaria muda, junta de vez en cuando las manos y luego las retuerce convulsivamente. Hace muecas y se balancea. Los renacuajos viscosos que somos, mis hermanas y yo, los pedazos de carne mal ligados, vomitados por una gorgona roja y abotargada le harán perder durante muchos meses el gusto por la vida.

Fifie nunca hablaba del día en que nací. Como si no hubiera tenido lugar. Fifie era así, enterraba bajo el silencio todo lo que no le gustaba. Y a veces siento como si llevara en lo más profundo de mí misma los silencios de Fifie. Me llenan, como piedras en el fondo de un saco. Sí, dice Emma, sacudiendo la cabeza, para convencerse, igual que Fifie nos llevó en su útero, yo llevo sus silencios. Sin hablar una palabra, he tenido que aprender desde la más tierna infancia, a descubrir en su rostro las múltiples verdades relacionadas con mi llegada y mi presencia en este mundo. Por ejemplo, escucha bien lo que voy a contarte: en el momento en que Fifie menos se lo esperaba, le aparecía en los extremos de los párpados, en las comisuras de los labios, un dolor que solo yo adivinaba. Sabía que se trataba del recuerdo del día en que mi grito, semejante a un escalpelo, le desgarró el cuerpo. Como una corriente glacial, nacía en su mirada, seguía su camino hasta la boca, amarga, luego se deslizaba hasta mí, se apoderaba de mi cara, de todo mi ser. La mirada de Fifie solo me rozaba, pero su dolor me penetraba, me amarraba, me paralizaba y me abrasaba. A pesar de todo, me decía a mí misma que era preferible el sufrimiento, todo el peso de aquel sufrimiento, antes que verme separada de Fifie.

Mis primeros recuerdos infantiles, aparte del de mi nacimiento y del azul inaccesible, son los perros. Los perros famélicos de pelambre descolorida que la gente espantaba sin cesar a pedradas, que salían corriendo, volvían, siempre volvían junto a las cabañas. Los cogía en brazos, hundía la nariz en su pelo ralo y lleno de garrapatas. Me lamían la cara y las manos sucias. Como de costumbre, tía Grazie se ponía a patalear y a gritar que tenía que haber venido al mundo con cuatro patas. Bajo la mirada llena de asco de Fifie, que callaba, que nunca decía nada, ni una palabra, rodaba por el polvo con los perros, dando gritos de placer.

Fue el año en que cumplí cuatro, creo, cuando comencé a repetir mis sueños, para no olvidarlos. Para repetir un sueño basta con cerrar los ojos y rehacer, en el sentido opuesto, el camino del sueño. Son palabras de auténticas negras, sabes, cuya única propiedad han sido sus sueños. Cuando llegaban las negras a las plantaciones, las despojaban de sus nombres, de sus cuerpos, de sus vidas —no pongas esa cara, Poupette, te estoy contando la pura verdad—. Y durante siglos, otros han usado, abusado, vendido, comprado, matado, rechazado, ignorado a los seres que somos, así pues, ¿qué quieres? Por más que hagas, solo te pertenecen tus sueños. Abres tus ojos

como platos, ¿no es cierto? Cuando hayas terminado tu trabajo con el doctorcito, estarás en camino de convertirte en una auténtica negra, una negra con la cabeza bien alta. Y para mantener la cabeza alta, tendrás que obrar con astucia, mi Poupette, no dejar nunca de ser sagaz y de aferrarte a tus sueños.

Emma se inclina hacia mí y susurra:

—Nada genera tanto odio como una negra erguida. Les gustaría vernos a todas tendidas.

Y, como para ilustrar sus palabras, se pone de pie, endereza el torso antes de reanudar el monólogo:

—No había cumplido cuatro años cuando comencé a tener aquel sueño tan raro en el que corro por un campo muy grande, con los brazos abiertos, con el cabello al viento. Grito con la cabeza echada hacia atrás y mi voz sube hasta el cielo. El viento se me mete en las orejas, en los ojos, la cabeza me da vueltas. Corro y oigo el chof-chof del cerebro que se zarandea en todos los sentidos, luego, la tierra se abre con estrépito, pero los desprendimientos no llegan a ahogar mi voz. Ante mí van cayendo los árboles, arrancados de golpe por la fuerza de mi grito, con las raíces sorprendidas, afuera, a la vista. Nada resiste a mi grito. Sin embargo yo, me mantengo en pie.

Me despierto empapada, estremecida por el éxtasis. Unas voces dentro de mí, me murmuran al oído que, por fin, existo. Nunca he sentido la necesidad de entender ese sueño. Mientras dura, soy feliz. Obligo a Fifie y a todo el universo a tener en cuenta que existo. Existo con un corazón en mi interior que se desboca y que rebosa gratitud hacia ese antiguo y fiel sueño. Rápidamente vuelvo a cerrar los ojos para intentar prolongar la sensación de bienestar que me produce. Pero solo dura lo que duran las cosas buenas. No existo, todavía no, a pesar de las palabras corrosivas de tía Grazie que vuelve a repetir todos los días, como una letanía, la historia de los renacuajos ensangrentados.

El momento en que intento encontrar el hilo de mi sueño me sirve igualmente de escapatoria, antes de hacer frente a los espejos de la casa, a las miradas, una tras otra, sorprendidas e irritadas que me examinan, me disecan, me sopesan. Es también el momento de las decisiones importantes. Ya que no puedo cambiar mi fisonomía, tendré que obligar a la gente que me rodea, si no a quererme, al menos a tener en cuenta a mi persona, o tendré que desaparecer. No existir representa un dilema, ¿comprendes? Formo parte de la inmensa cohorte de abortos y renacuajos, cuya existencia solo es pura apariencia, pero a la que, paradójicamente, se aterran con la fuerza de la desesperación. Y, además, cómo desaparecer sin haber saciado, aunque solo fuese por un momento, la sed inextinguible de amor materno que me devora, me escuece, me niega el descanso. Si muero nunca habré tenido la menor idea de cómo será el terciopelo de la mano de Fifie, el sabor de una caricia, de un beso procedente de ella. Cómo dejar de existir, sin conocer la ternura que imagino como largos escalofríos recorriéndome todo el cuerpo. Por lo tanto, hago la relación de las

medidas que tengo que tomar a diario, para intentar calmar mi necesidad. No hay ni una sola noche, en que mi ser no se pierda por los meandros de los sueños incongruentes en los que acabo sucumbiendo bajo el peso del amor de Fifie.

Cumplidos los seis años, mi experiencia de la práctica del arte de la supervivencia se enriquece, crece con rapidez inusitada. Asimismo, me viene a la memoria otro sueño en que Fifie se pone a besarme con frenesí. Me cubre la cabeza, el cuello, las manos y el cuerpo entero con sus besos glotones. Poco a poco, me transformo en crisálida y con una voluptuosidad sin parangón, me abro bajo su mirada impresionada. Mis cabellos caen en cascadas de rizos pesados y sedosos y mi piel irisada, adopta un color de miel dorada el que con tanto orgullo lleva Fifie. Soy un cremoso helado de vainilla. Fifie me pasa la lengua ávida por la cara, por los brazos, luego me aprieta contra su pecho y llora jurando que me querrá siempre, a mí, su única hija, su hija querida. Me muero de felicidad mientras sus brazos me alzan hacia el cielo, como para una ofrenda. Me voy, transportada por el carillón de su voz que me acompaña, lejos, más allá de las nubes.

Otro sueño, pienso con tristeza, al abrir los ojos. La realidad es que dicen que soy tan fea que espanto hasta a los topos. Y Fifie nunca ha creído en la teoría que dice que los niños son la riqueza de los desgraciados. Es incapaz del mínimo esfuerzo afectivo, pero yo la quiero con un amor inalterable, desde el día en que tuve la desafortunada idea de «aferrarme a las paredes de su útero con la fuerza de un demonio». Esta frase es de tía Grazie. La escuché cuando se la decía a una vecina.

—Le aseguro, Luce, decía tía Grazie, que esta Emma no es una niña como las demás. Es un demonio, bramaba. ¡Pobre Fifie! No se merecía esto.

—Vaya si es extraño, comentaba la vecina, por encima de la empalizada que separaba las dos casas: nadie tiene la menor idea sobre la verdadera identidad del energúmeno que fue capaz de darle a Fifie este golpe bajo. ¿Nunca le ha contado si se le cruzó alguna lechuza durante el embarazo? Es muy probable, sabe, Grazie.

Tía Grazie se encoge de hombros suspirando.

—Tiene usted razón, Luce. ¡Hay que reconocer, qué duda cabe, que el destino y la naturaleza tienen la particularidad de mostrarse implacables!

Estoy acurrucada tras el parapeto, tía Grazie no me ve. «¡Hu! ¡Hu!». Me tiro a sus piernas. Por poco no se desmaya, se aferra a la balaustrada y empieza a patlear sacudiendo las manos frenéticamente, como si le hubiese atacado una serpiente.

—Ya lo ve usted, Luce, suelta tía Grazie, con la voz temblando de cólera y emoción. Mire cómo se comporta esta lechuza. ¡Pobre Fifie! No sé cómo podrá vivir toda la vida con esta cosa.

Tía Grazie hace ademán de soltarme unas bofetadas. *Tonnerre* gruñe y le enseña los colmillos. Entonces se echa atrás.

—Es verdad, todavía no te he hablado de *Tonnerre*, exclama Emma, que abre los ojos como platos.

Entonces su cara se vuelve aún más alargada.

—*Tonnerre*, es mi padre y mi perro. Hablaré de él en otra ocasión.

Se dirige hacia la puerta, la abre, y lanza un grito estridente que resuena en el largo pasillo y me hiela la sangre.

—Así es, Poupette, dice, volviéndose hacia mí. En este ala del hospital estamos unas cuantas negras auténticas. De vez en cuando nos saludamos de esta manera. Aullamos en nombre de todas aquellas a las que se les niega el derecho de hacerse oír. ¡Adiós! Dice bruscamente, me tiende la mano y me indica la salida.

Después de las sesiones con Emma, me reúno con el doctor MacLeod en su despacho, para hacer balance, dice. Pero lo único que hace, es pasearse a lo largo y a lo ancho, rascándose la cabeza. De vez en cuando se detiene y me pregunta cómo es posible que, Emma, sea capaz de seguir el hilo cronológico en su caótico relato. ¿Cómo interpretar las metáforas, las exageraciones, las imágenes impregnadas de una extraña violencia descritas por su paciente?

Me sorprende entonces pensando como Emma, con las mismas palabras: «Tampoco sacarás nada de mí, doctorcito. ¿Por qué tendría que confiar en ti? No soy yo quien te va a dar las armas. He comprendido tu juego a la perfección. Haces como que quieres ayudar a Emma, cuando en realidad trabajas para la Policía. Lo único que haré, será traducir sus palabras, créeme». Luego, le confieso mi impotencia para entenderla, a pesar de que sus imágenes tejen el lienzo de un universo al que antes nunca había abierto los ojos. Un mundo en el que la ley siempre ha sido la brutalidad. Emma me proyecta al océano opaco de la identidad negada. Con ella, emprendí un largo y penoso viaje en la cala de un barco, me sofoco en el infierno de las plantaciones; esclava cimarrona, me pisan los talones jaurías de perros hambrientos... Recorro las orillas del Mississippi y descubro que hay negros ahorcados en las ramas de los sicomoros. Veo a Billie Holiday agonizante, en las aceras de la blanca América construida con el sudor y la sangre de los negros y, en mi sueño, su voz punzante no me deja... *Strange fruit, strange fruit*, dice su canción. ¿Acaso no somos frutas extrañas que solo sobreviven merced a la indiferencia? En silencio, pienso: «No conseguirás nada de mí, doctorcito. Haz tu trabajo, yo hago el mío».

En realidad hace tiempo que perdí la esencia misma de mi trabajo. Me exprimo las meninges intentando encontrar mil excusas a los hechos de los que acusan a Emma y tiemblo ante la idea de que la envíen a prisión. Mi madre y mis hermanas se inquietan y me presionan para que diga al médico que quiero poner término a nuestra colaboración. De mi boca solo sale el nombre de Emma y les sirvo de interminables peroratas sobre las tretas concebidas para no ver este sufrimiento tan evidente a través de las negras de piel azul.

Si intento escamotear algunas palabras que, según creo, podrían probar la culpabilidad de Emma, me sorprende desplegando esfuerzos desesperados para hacer comprender al doctor MacLeod su obsesión enfermiza por los barcos, sus referencias incesantes a la locura que traían los barcos negreros.

—Emma cometió el crimen poco antes de haber intentado defender su tesis doctoral sobre la esclavitud, objeta el médico, pero no se trata, en mi opinión, más que de una coincidencia. Creo que todo lo tenía perfectamente planeado en su cabeza. El momento escogido corresponde a lo que en psiquiatría se denomina *acting out*, el paso al acto. ¿Por qué ese momento concreto? Eso es otro asunto, Flore. En todo caso, mejor no entrar en detalles. Siento decepcionarla, pero la relación de causa a efecto no es desde luego evidente.

Se lía con sus análisis y me confunde.

—El tribunal rechazó la tesis de Emma por falta de coherencia, continúa. Fue incapaz de demostrar algunos de los hechos que planteaba. ¿Puede utilizarse aquel rechazo para explicar lo que hizo?, alega el doctor MacLeod, sin advertir que está aludiendo a la esencia misma del drama vivido por Emma.

Me doy cuenta de que el médico nunca podrá encontrar las claves que le permitan extraer las manifestaciones del inconsciente en la trama del relato de su paciente, y el orden de los acontecimientos y la lengua no tienen nada que ver. El lenguaje es un grano de arena en el engranaje. El doctor MacLeod y yo hablamos la misma lengua, pero no empleamos el mismo lenguaje. Con Emma, he aprendido a utilizar otros códigos, he descubierto otras referencias. El médico ya no puede seguirme.

—¿Y si descubriéramos que el autor del crimen es otro, doctor MacLeod? Le digo mirándole fijamente a los ojos.

—Vaya, me sorprende usted enormemente, enormemente, repite, al tiempo que su cara se vuelve de un intenso color rojo.

El doctor MacLeod no sabe que me asombro de mi audacia y mi demencia. No comprende que desde que conocí a su paciente, ya no sé ni lo que hago, ni quién soy.

Grazie y los demás

Durante toda mi infancia, cuenta Emma, mi odio hacia tía Grazie solo puede compararse al amor sin límites que siento por Fifie. Mellizas, según el día y el ángulo bajo el que se las contempla, sus rasgos parecen los mismos, son igual de altas y la mayoría de la gente dice que las confunde. Yo las reconozco por su porte. Fifie tiene andares de reina. Igual que sus silencios, su belleza es eterna. Y Grazie, con su pinta de garduña, su rostro delgado y ajado —parece que me asemejo a ella, añade Emma, que ríe entrecortadamente con inmenso placer—, ya ha enterrado los últimos restos de finura y de gracia que son los mejores adornos de una mujer. Más que otra cosa, es su perfume lo que las distingue, su olor. El de Fifie, suave y embriagador, me aturde y me produce palpitos en las sienes, en tanto que el que emana de la falda de tía Grazie huele a rancio, a ropa mojada, a armarios húmedos y produce náuseas. Ninguna ha querido jamás alejarse de la otra. Eso es lo que sostiene tía Grazie. Pero la verdad es que Fifie se ha ocupado siempre de dar vida a su melliza, que no sabe más que andar de cháchara, ir de patio en patio y por las galerías de los vecinos, al acecho del último chisme. Es lo único que la he visto hacer durante toda mi niñez.

Mi primera infancia transcurre en estado salvaje, en Grand-Lagon, entre Fifie y Grazie. Voy y vengo, libre como el viento, sin conocer las cortapisas de la ternura maternal, ni las molestias de la amistad, porque también los niños están sobre aviso: «¡Escapemos! ¡Es la que, en el vientre de su madre, succionó el alma de sus hermanas! Mirad sus labios, son ventosas. Puede aspirar de una vez toda la sangre de una persona, beberse toda la savia de un árbol, vaciar a un hombre de toda el agua que contiene. ¡No hay que dirigirle la palabra!».

Pero yo sé hablarle al viento. He aprendido a descifrar tantos lenguajes distintos, el de las termitas y el de los cangrejos de río, por ejemplo. Igual que ellos, he decidido, desde mis primeros pasos por las dunas de arena y por los manglares que se encuentran, lejos, tras los cerros que rodean Grand-Lagon, que siempre mantendría la cabeza alta, incluso bajo tierra. El día en que tomé tal decisión, radiante de orgullo, le hablé de ella a *Tonnerre*. Me miró con sus ojos de perro, llenos de ternura. ¿De qué sirve ser cangrejo de pie en un país arrodillado? parecía decir. Sí, dime, ¿de qué puede servir? Luego se tumbó tapándose el hocico con una pata.

Los primeros años de mi infancia, los pasé, igualmente, espiondo, en todos los rincones y recovecos de la casa, la silueta esbelta de Fifie, la mujer más hermosa de Grand-Lagon. Inventé una manera de acurrucarme en los lugares más sombríos y reducidos: las rodillas metidas en el cuello, el cuello en los hombros, las piernas ocultas en el pecho, el pecho en la espalda y la espalda en el tabique. Desde ahí, observo todo a mis anchas. Como un cangrejo al acecho, escruto incansablemente los labios de Fifie, en pos de una palabra. Acoso su mirada siempre lejana, sus manos que me huyen sin cesar.

En ocasiones me arriesgo, repto hasta la silla donde Fifie se sienta. No me atrevo

a tocarla, por miedo a que se ponga a gritar. La observo. Luego, antes de que me quite la vista de encima, ataco: «No es cierto que *Tonnerre* sea mi padre». «¡Dime dónde está mi padre!». Y Fifie grita. Grita y patalea, y yo salgo pitando, vuelvo a mi sitio, con la espalda hundida en el tabique. A mis continuas preguntas sobre la identidad de mi progenitor, Fifie contrapone sus gritos y alaridos o, en momentos de calma, el silencio más obstinado.

Por el contrario, tía Grazie no se hace de rogar para recitar todo lo que sabe sobre mi padre: como todo lo malo, había llegado por mar, vomitado por el océano durante un día de furia y el infierno, que no podía aguantar más su presencia, lo arrojó a las olas. Las versiones varían según el estado de ánimo de mi tía o dependiendo de las estaciones. La he oído contar que mi padre fue el único superviviente de un país que ya no existe. Un país asolado por una terrible hambruna, durante la cual sus habitantes y los perros se enfrentaron unos con otros, lucharon por la misma basura, se arrancaron la piel a tiras, se devoraron, hasta que solo quedó aquel hombre cuyo nombre nadie conocía. Tía Grazie nunca lo había visto, pero sostenía que tenía el poder de embarazar a las chicas introduciendo su sexo por el agujero de las cerraduras. Así era como explicaba el embarazo de Fifie. El periodo de gestación había durado por lo menos quince meses, según sus cálculos.

Según tía Grazie, se puede atribuir la mitad de los orígenes de los habitantes de Grand-Lagon a dicho ser sin nombre. Es una costumbre que les quedó de los tiempos en que se les transformó en animales en los campos, lo sé. En aquellos tiempos, el vigilante les ordenaba a latigazos montar a las mujeres una tras otra, bajo la mirada del colono, dueño de la plantación. En aquellos tiempos, llevaban a los negros a fornicar como se lleva a los animales al abrevadero.

Mi padre era un hombre todo altura y huesos, de rostro alargado, piel agrietada como el suelo de Grand-Lagon, según lo describía tía Grazie. Siempre iba vestido con una levita negra, un sombrero hongo, también negro, que le cubría la frente. Sostenía que solo se le veía el blanco de los ojos y que cuando hablaba, las palabras salían expulsadas por los agujeros de la nariz más que por la boca, con un silbido que parecería emitido por un animal, mitad serpiente mitad chacal. Es la pura verdad, decía tía Grazie mientras se santiguaba y rociaba toda la casa con agua bendita.

La escuchaba, muy a mi pesar, con el cuerpo temblando de espanto y alimentando la esperanza de cruzarme un día con ese personaje. Tía Grazie contaba que una mujer llamada Élénie, se había cruzado con él al volver de Bourg Salé. Solo pudo evitarlo esgrimiendo una gran cruz de madera que siempre llevaba en el pecho.

Como una llaga que uno se empeña en rascarse, no paraba de hacer preguntas a tía Grazie, suscitando así sus chácharas.

«Al diccionario le sobran palabras para designar y calificar a los padres. No tienes más que escoger uno de esos términos», acabó por aconsejarme.

A partir de aquel día decidí escoger a *Tonnerre* de padre. Al menos tenía la certeza de que no era un fantasma. No podía huir de mí y, menos aún, negarme la

paternidad, puesto que no hablaba. Su amor me tranquilizaba: él sabía besarme. Todas las cosas que contaba tía Grazie me quemaban la sangre, no me dejaban descansar. Llegaba un momento en que la odiaba enormemente. Sentía cómo el odio me invadía al igual que una marejada. Algunas noches me veía en sueños vestida como un vigilante. Armada con una fusta, golpeaba ciegamente a una tropa de hormigas-león y avispas españolas. Les enseñaba a reconocer el olor dulzón y rancio que precede siempre a tía Grazie. Les ordenaba que la asaltaran, que se le metieran por los agujeros de la nariz, por las orejas y por los ojos. Para mi satisfacción, le llenaban la boca, la devoraban desde dentro. Tía Grazie gritaba, vociferaba y hacía aspavientos con los brazos. Yo la miraba impasible con los ojos llenos de hiel. Su cuerpo aparecía salpicado de agujeritos hechos por las hormigas, luego se derrumbaba, se convertía en polvo que yo barría eufórica. Otras veces soñaba que la tenía sujeta por los pies, sobre el mar, para obligarla a beberse toda el agua.

Más tarde descubrí que las torturas que mi alma de niña enferma creía haber inventado, se practicaban realmente en el tiempo que llaman pasado. Las mujeres que se negaban a las cópulas ordenadas por los vigilantes tenían que cavar un gran agujero y echar jarabe de caña en él. Luego las obligaban a meterse dentro y a esperar a que las hormigas hiciesen su trabajo... cuenta Emma, que emite un profundo suspiro y reprime un escalofrío que sin embargo consigue transmitirme.

Un vistazo rápido en dirección al doctor MacLeod me hace ver sus ojos abiertos llenos de espanto. Se le ve tan endeble y tan pálido en su bata blanca que parece un fantasma.

Transcurren los años, siempre iguales. Ni las lágrimas ni el llanto, ni las súplicas en vano, nada parece ablandar el corazón de Fifie. Nunca podrá perdonarme el haberme aferrado con tanta violencia a sus entrañas, ni que no haya dejado de intentar que me quisiera, a mí y a mi piel azul. Los años pasan, Grand-Lagon sigue siendo la misma, con su tierra seca, sus lluvias de escasas gotas y sus diluvios, sus ciclones, su olor a muerto y ese resabio a sangre que le llena los pulmones. Impasible, Grand-Lagon sigue siendo el lugar maldito de la aflicción.

El verano del año en que cumplí los nueve, fue interminable. En Grand-Lagon, comienza a finales de abril sin que una sola gota de lluvia haya mojado el suelo desde tres meses antes. En nuestra ciudad-desierto, todos están huraños, inquietos. Van como animales, mostrando los colmillos, porque no es cierto que la miseria haga mejor a la gente. No, la miseria de Grand-Lagon endurece los corazones. Nervios de buey, corteza de cerdo, de esas cosas está hecho el corazón de los habitantes de Grand-Lagon.

Por entonces llegaron los hombres vestidos de negro. Armados con fusiles, con la mirada disimulada tras los pasamontañas, surcaron la isla. El país, abatido, nunca se volverá a levantar, predicen los ancianos, puesto que las mujeres aprenden a vivir de rodillas, bajo las botas de los hombres de negro, para poder dar de comer a sus chiquillos. Yo me alegro de ser tan raquítica, tan enclenque, de tener la piel tan

oscura. Tras sus gafas negras, los hombres de negro no me ven.

También aquel año, conozco igualmente el efecto del vacío, la sensación de frío glacial que me oprime desde dentro, cuando descubro en las pupilas de mis compañeros la alegría casi sensual que experimentan al hacerme sufrir apartándose bruscamente cuando me acerco a ellos, dispersándose en pequeños grupos, lanzando gritos agudos. Una desconfianza cada vez mayor me rodea en la escuela, procedente de todas las casas en donde se exclama que tanta desgracia e inteligencia reunidas bajo la misma cubierta son, sin lugar a dudas, obra de algún demonio. ¿Veis sus labios? ¡Parecen el hocico de un jabalí! Y ¿qué decir de esos ojos de loca que descubre por primera vez su imagen en un espejo? Jesús, María...

Los niños han aprendido a santiguarse cuando se cruzan con mi mirada. Nadie juega conmigo en la escuela. Estoy acostumbrada. «¡Manteneos lejos de ella por encima de todo! ¡Es peor que los mellizos y que los niños nacidos con doce dedos! ¡Cinco niñas vomitadas juntas, eso no se ha visto nunca en Grand-Lagon, ni siquiera en todo el país! ¡Estáis avisados! ¡No os sentéis nunca frente a ella, con esa manera que tiene de miraros solapadamente, es perfectamente capaz de colarse en vuestras almas!».

En el recreo, me voy a buscar a *Tonnerre*, que me espera bajo el ceibo. Le cuento que la maestra hace como que no me ve. Nunca me mira, nunca se le ocurre preguntarme. No me importa, soy la más lista de la clase. Lo sé porque comprendo todo incluso antes de que lo explique. Así que nunca levanto la mano cuando pregunta. Me contento con oír balbucear a los demás. Por la tarde cuentan a sus padres que el renacuajo tiene el poder de succionarles la sustancia del cerebro. Por eso son incapaces de memorizar nada de lo que les enseña la maestra. La maestra tiene una voz chillona, una voz de neumático que chirría sobre el metal oxidado. Cuando habla, me dan ganas de gritar muy fuerte para que se derrumben las paredes de la clase. Las paredes de la clase están cubiertas de lepra. No hay calendarios suficientes para tapar los agujeros de las paredes. Las paredes son como una esponja. Cuando llueve se empapan y se pueden arrancar grandes trozos para hacer tortas de barro como enormes bubones.

La maestra tiene una voz que dan ganas de estrangularla para que se calle. Igual que a tía Grazie, la sujetaría sobre el océano para obligarla a beberse toda el agua. Cuando estoy harta de oír su voz y los balbuceos de los demás, me recuesto en el pupitre, me duermo y sueño. Me despierto cuando la campana anuncia que la clase ha acabado. Hilos de babas resbalan por el pupitre, por mis cuadernos, me da igual. En mi sueño, encuentro un tesoro y Fifie me sonrío feliz. Cuando me despierto, los alumnos se ríen de mí por lo bajo, ocultándose tras sus cuadernos, y la maestra con ojos de espanto, vuelve la cabeza cuando su mirada se cruza con la mía. Qué me importa la maestra, sus miedos y su parloteo, me voy con *Tonnerre*, con quien ruedo por el suelo durante un buen rato, luego vuelvo a casa a ver a Fifie, aunque sea de lejos, con la esperanza de conseguir rozarla para aspirar el olor de su piel, mirar sus

manos limpias con las uñas rosas y reflejos violetas, e imaginar por un instante que me acarician. No necesito nada que no sea el amor de Fifie y de *Tonnerre*, mi padre. Todos sostienen que parezco un rompecabezas descompuesto. Como soy muy baja, mis brazos cuelgan a cada lado, como si un curandero los hubiera cosido a mi cuerpo después de haber nacido. Mi cabeza es enorme, salpicada de granos de pimienta, y mi piel, tan negra, brilla a veces y se ve casi azul. Ya te lo he dicho, me detestan sobre todo por eso. Sin embargo, por más que me miro y me remiro en el espejo, por más que me pregunto qué tendría que cambiar en mí, nada, no se me ocurre nada. Es cierto que mi pelo es muy áspero, mi piel, de color carbón, pero no encuentro ninguna relación con todas las palabras alineadas en el diccionario bajo la palabra negro: funesto, fúnebre, atroz, odioso, señalado por el mal, malvado...

Descargo cada día mi corazón, entierro todo lo que podría oprimirlo, intento incluso deshacerme del deseo de ternura materna, para dejar solo el vacío. Poco a poco, le cojo el gusto al vacío, que me produce un delicioso vértigo. Una alegría sensual, un goce extraordinario se apodera de mi corazón vacío, y eso no tiene nombre.

En el verano de mis nueve años, el mes de mayo hace que las flores de hibisco se abran antes de madurar. Como llagas abiertas, cuelgan con aspecto lamentable de las ramas. También se abren los mangos, porque maduran demasiado aprisa, maduran antes de tiempo. Como ubres sajas, dejan chorrear su baba viscosa y llenan el aire de un perfume dulzón que recuerda al de tía Grazie; se mezcla con el olor acre del polvo, da náuseas y siembra la locura en los ejércitos de moscas y abejas. Las clases terminan a mediodía. Hace demasiado calor. La locura que ronda por todas partes penetra al galope en el patio de la escuela. Vuelvo a casa con *Tonnerre* pisándome los talones. Ya te he presentado a *Tonnerre*. Lo rescaté del vertedero. El día que lo encontré, estaba lleno de agujeros, cubierto de mordeduras. La piel le colgaba por distintos sitios. Veía sus huesos, blancos como fragmentos de yeso entre la carne. Se ve que había puesto en fuga a un regimiento de perros. Lo cuidé. Desde entonces no se separa de mí y duerme conmigo. En casa siempre está a mi lado. En cuanto levanto un pie, él levanta una pata y se me pega. Cuando voy a la escuela, me acompaña y me espera tendido bajo el ceibo, a la entrada junto a la barrera. Ambos somos igual de feos, dice la gente, igual de sarnosos y hoscos. Tía Grazie va más lejos. Afirma que *Tonnerre* y yo somos como dos gotas de agua.

«Como es mi padre, es normal», le respondo. «Es el único que me besa y que llora y me consuela cuando sufro».

Fue aquel mismo año cuando *Tonnerre* se convirtió oficialmente en mi padre. Al principio, era un secreto que compartíamos él y yo. Para dar carácter oficial a los hechos, confeccioné una partida de nacimiento que llevo siempre encima adonde vaya. En lugar de Padre desconocido, he escrito Padre. *Tonnerre Brisebois*, sujeté su pata derecha y deslicé un bolígrafo entre sus dedos. Ambos dibujamos las letras. Le llamo papá *Tonnerre*.

Durante aquel verano, Tonnerre y yo, recorreremos Grand-Lagon y los campos colindantes en busca del tesoro que me permitirá ganarme los cuidados de Fifie. Allá adonde voy, lo único que encuentro es el desierto, el hedor de los mangos podridos, el zumbido de las moscas y el azul. Todo el azul que sale del cielo, se sumerge en el mar, besa las montañas, circunda la ciudad. Tanto azul para nada... Tan frío como el desprecio en las comisuras de los labios de Fifie.

También por aquel verano de mis nueve años tomé la firme decisión de lograr seducir a Fifie antes de que terminaran las vacaciones, echándole el guante al tesoro más precioso que existe en Grand-Lagon. Por la mañana temprano, desaparezco en compañía de *Tonnerre*, convencida de que voy a traer el tesoro, que se oculta en algún lugar y que me está esperando, solo a mí. Me digo que es imposible que la vida solo me reserve el azul que nunca cambia ni se mueve ni envejece, los sueños singulares, la indiferencia o el desprecio de Fifie y el odio que, perpetuamente, me salpica. Por más que intento consolarme diciéndome que tengo a *Tonnerre*, mi sed de amor materno se multiplica sin cesar. Sin Fifie no soy nada. Me repito: nada de nada, absolutamente nada. El viento me devuelve, brutal, el eco de mi voz: nada, nada de nada, absolutamente nada. Golpeo los matorrales, atravieso el lecho de los ríos, trepo por las colinas, cojo orquídeas salvajes que sueño con regalar a Fifie, pero que pisoteo antes de llegar a casa. Incansable, me hundo hasta los hombros en las inmundicias a las que acuden las ratas, los perros y la gente más pobre que nosotras. Me introduzco en los patios de los vecinos, me cuelo en los desvanes de los que la gente me echa a correazos gritando y santiguándose.

Una vez, me veo en una cueva, con la certeza de que en ese sitio, lleno de quimeras y de criaturas horribles, se encuentra el objeto codiciado, el objeto de ensueño que pondrá punto final al desprecio con que me abruma Fifie y tía Grazie. El suelo y las paredes, por donde se filtra el agua, están cubiertos de bichos de todas las formas y de todos los colores. Aquel día, *Tonnerre* y yo, sembramos la desbandada entre las huestes de los murciélagos. Los pipistrellos espantados nos rozan con sus orejas afiladas como puntas de cuchillo y, con un ruido sordo, se golpean con los peñascos húmedos. Ejércitos de escorpiones y de ciempiés revolviéndose como gusanos, huyen por todas partes para refugiarse bajo las rocas.

Hemos hecho ya tantas guerras *Tonnerre* y yo, que sabemos cómo hacer huir a los enemigos más temibles. La noche nos sorprende en la gruta, mientras desenterramos una vieja caja de hojalata llena de cartuchos. Después de haber pasado un buen rato contemplándola y haciendo el inventario, decidimos dejarla donde estaba, poco convencidos de la utilidad de semejante descubrimiento. Podría utilizar los cartuchos para dejar el cuerpo de tía Grazie como un colador, pero necesitaría un fusil. Solo los hombres de negro tienen fusiles. Así que vuelvo a enterrar la caja a mayor profundidad. Empiezo a ensanchar el agujero cavando con un trozo de metal. Al no poder conseguir un fusil, me digo a mí misma, que podría utilizar la pólvora para hacer un veneno y administrárselo a tía Grazie. Cavo con brío y veo desfilar ante mis

ojos la impresionante lista de ingredientes mortales para preparar el veneno que, al igual que actuaría un ácido, le abrasaría las tripas. En primer lugar pienso en lo que esconde la damajuana, oculta en un aparador de su habitación, que dice que contiene agua bendita de Roma, con la que pasa el tiempo rociando la casa. Desde luego habría que utilizar mi orina, la de Tonnerre y algo más. Escorpiones y ciempiés hechos puré, con pequeñas culebras-magdalena. No tendría ningún problema en encontrar cal. La hay por todas partes. Con ella se blanquean las paredes en Grand-Lagon. Tampoco escasean la ceniza de madera y los sapos secos; el sol los asa antes de que salgan de las charcas. También iría al cementerio. Dicen que está atestado de ingredientes que utilizan las brujas, que van por las noches a hacer acopio. Cavar en el suelo a la vez rocoso y arcilloso de la gruta resulta una tarea difícil, así que tengo todo el tiempo del mundo para preparar el veneno en mi cabeza. Por fin entierro los cartuchos y de pronto veo aparecer ante mí la cara de tía Grazie. En la gruta los pipistrellos huyen despavoridos en todas direcciones con pequeños gritos agudos, pero no dejo que me distraigan. He puesto una pistola en la sien de tía Grazie. Bajo la mirada amenazante de *Tonnerre* le proporciono un cántaro. Bebe haciendo un montón de ruidos repugnantes, con los ojos extraviados, la lengua pastosa y la cara embadurnada con un líquido pegajoso y negruzco. La gruta se impregna de un potente olor a azufre. Tía Grazie se desploma a mis pies y su cara, que se ha vuelto el doble de grande, pasa del malva al azul y luego al morado con grandes manchas negras y verdes. De pronto, su cuerpo se licua, sus ojos, blancos, enormes, flotan en un charco negro y viscoso que con grandes borbotones desaparece en el suelo húmedo de la gruta.

El doctor MacLeod se dirige hacia la puerta, con pasos sigilosos, avisándome que regresará dentro de unos minutos.

—Tú no te irás, Poupette, indica Emma, que interrumpe su relato. Estoy cansada, es verdad, pero todavía tengo muchas cosas que contarte. No puedes irte, me suelta con un tono quejoso que contrasta con el vigor de su relato que retoma sin demora.

En otra ocasión, Tonnerre y yo encontramos huesos humanos. Parecían de niño. Unos días antes el mar había subido hasta la ciudad y había invadido todo, también las casas. La gente se tuvo que refugiar en los tejados y en los árboles. Tía Grazie y mamá hicieron lo que los demás, se refugiaron sobre un ceibo y me dejaron en casa con la esperanza de que el mar me llevara consigo. Pero puse las sillas unas encima de otras sobre una mesa y me encaramé lo más arriba que pude, cerca del techo. Me daba con la cabeza contra las vigas y junté las rodillas con la barbilla. El mar se retiró al cabo de tres días. Se marchó dejando tras de sí todo tipo de cosas raras: raspas de peces, conchas vacías, huesos... Cuando tía Grazie y Fifie volvieron, pasados los tres días, parecían tan contrariadas al encontrarme allí, en carne y hueso, y mostraban tal disgusto en sus caras y en los gestos más pequeños, que pensé que lo mejor era marcharme.

Deambulé durante un buen rato por la orilla. Cuando entré en la cueva con *Tonnerre* reinaba un fuerte olor a humedad y a podredumbre. Fue él quien hizo el descubrimiento. Se puso a excavar el suelo gimiendo con furor. De pronto vi cómo aparecía un pequeño miembro, creo que se trataba de un brazo. Alguien debió enterrar allí a un hijo no deseado. Me imaginaba a una mujer con las piernas abiertas, el sexo gritando hasta la muerte, las manos azoradas sobre el vientre. Advertía sus gritos y sentí dolor.

Después de haber pasado más de una hora preguntándome si la mujer había llegado hasta allí, sola, durante la noche para sacar al niño de su vientre y luego enterrarlo, me puse a acosar a *Tonnerre* a preguntas.

—¿Crees que lo ha enterrado mientras aún gritaba? ¿Era una niña o un niño? Seguro que le ha metido terrones de tierra en la garganta para hacerlo callar. ¿Tenía su niño la piel azul, más azul que la mía? ¿Es posible? ¿No lo sabes?

Tonnerre no contesta. Se contenta con mirarme con sus ojos de perro y su lengua húmeda, que cuelga ladeada. Entonces me entran unas ganas tremendas de llorar. Con los ojos muy cerrados y los puños apretados me pongo a gritar, como en mi sueño, como si esperase ver el suelo abrirse y rodar las montañas hacia mí estrepitosamente. Al cabo de un rato, junto los huesos en mi pañuelo sucio y me voy para escapar de todo al pie del ceibo, con un puñado de pétalos de color rojo como la sangre.

Mis peregrinaciones con *Tonnerre* me conducen hacia nuevos hallazgos, lo cual me anima a continuar con mis investigaciones. No falta mucho para que llegue el día en que el tesoro caiga en mis manos. Estoy segura. Solo tengo que cerrar los ojos para disfrutar con la contemplación de Fifie que me abre los brazos para abrazarme contra su pecho cuando se lo entrego.

En otra ocasión fue en el cementerio. Todavía es de día. No me atrevo a ir de noche, como hacen las brujas. En torno al cementerio hay una empalizada por la que intento trepar sin éxito. En las manos se me clavan astillas de madera, tan largas como agujas. Por el otro lado han levantado una pared de cemento, cubierta de hileras de cristales rotos. El cementerio es una auténtica fortaleza. Eso no desanima a los ladrones, que roban hasta a los muertos. Lo afirma tía Grazie, que mete las narices en todas partes. Cuenta que, por lo visto, la familia Duplan se dirigió al cementerio el día siguiente de la muerte del señor Duplan, y lo encontró sentado en su tumba, desnudo como Dios lo trajo al mundo. Se habían llevado el ataúd para revenderlo a pompas fúnebres y parece que alguien vio su ropa en unos grandes almacenes que pertenecen a los peces gordos de la capital. La señora Duplan, víctima de un repentino ataque cardíaco, nunca más ha sido capaz de hilar una frase.

Así pues, aquel día intento introducirme en el cementerio, cuando por un agujero de la empalizada, veo a una enorme rata, tan grande como un cachorro. Seguramente que se alimenta de cadáveres, como el del señor Duplan, de los que desentierran para robarles la ropa y a los que nadie piensa nunca volver a enterrar. Estaba cavilando en todas esas cosas, cuando veo que la rata se apoya en la pared, coge entre sus patas

una ubre y la ofrece a una cría que se agarra a ella. La ratita bebe golosamente, chillando y gimiendo. Y yo, sin saber por qué, me pongo triste de golpe y siento envidia de la ratita y de sus gemidos de placer. Precisamente aquella tarde, al volver a casa, me puse a contar esta historia, a contármela a mí misma en voz alta, con la esperanza de que Fifie y tía Grazie me oyesen. Tía Grazie oye todo, al fin y al cabo ese es su oficio. Pero aquella tarde pone cara de lo contrario. Entonces pregunto a gritos a Fifie si me dio de mamar cuando era pequeña. Me acordé de todo aquello cuando decidí dar de mamar a Lola. Sí, esta escena me ha venido a la memoria como si... —Emma cierra los ojos durante un corto instante y frunce el ceño—, como si hubiera sucedido ayer. Estaba viendo a tía Grazie con su cara de garduña. En el fondo no es verdad que me parezco a ella.

Y de repente, Emma me pregunta:

—¿Y tú, no tienes niños, Poupette?

Paralizada por la sorpresa, no sé qué responder. Con la espalda tiesa y las mandíbulas apretadas, digo que no con la cabeza. Me mira con ojos intensos y me dice:

—¿Sabes que puedes traer al mundo un niño tan negro como la noche? ¿Lo sabes, eh, Poupette?

Asiento con la cabeza. Se levanta y va hacia la ventana, murmurando:

—Cuando hace buen tiempo, pienso en Lola. Era bonita.

A mi pesar, me oigo a mí misma preguntándole:

—¿A quién se parecía Lola?

Me mira de nuevo, me mira durante un buen rato y luego me dice:

—Lola se parecía al viento.

Lo dice antes de ensimismarse. Con los hombros caídos, la espalda encorvada, se calla. Es la primera vez que Emma evoca a su hija y siento que me ha cogido desprevenida. Aún no han terminado las sorpresas porque, de pronto, su voz resuena de nuevo.

—Cuando hice la pregunta acerca de la ratita, tía Grazie puso ojos de espanto haciendo con la boca ese horrible ruido de agua sibilante y que expresa a la vez todo el desprecio, el asco y la rabia, al tiempo que Fifie entraba en un tremendo trance. Su cara cambió de color. Gritaba, pataleaba y respiraba agitadamente con los puños cerrados, como si le faltara el aire, luego salió corriendo sin dejar de gritar.

Una sonrisa indescifrable flota en los labios de Emma al evocar aquel trance de Fifie. Continúa con una expresión irónica en la mirada:

—Los días sin clase, salgo en busca del tesoro y no vuelvo a casa hasta que suena el Ángelus. Regreso con aspecto preocupado, con la boca agrandada por un círculo de polvo blanquecino, noto los labios secos por la sed y el cansancio. Tengo la cara cubierta de arañazos, las manos llenas de astillas, y la esperanza de echarle el guante al tesoro se ha convertido en una bola de flemas que me sube y me baja entre el vientre y la garganta.

Al llegar siempre me salen al encuentro los gritos de tía Grazie y el silencio obstinado de Fifie. Tía Grazie dice que se inquietan por mi culpa, que paso el tiempo dando tumbos por esta región hostil y trepo por montañas abruptas hasta bien entrada la noche. «Te vas a caer rodando por esos acantilados», predice Fifie, un día, a su pesar. Su voz se quiebra, cuando anuncia su profecía, como si temiera de verdad por mi vida. Por espacio de un segundo, surge en mí un rayo de esperanza, me recorre un escalofrío: «¡No cabe duda de que me quiere un poco, me digo a mí misma, porque teme por mi vida!». Si le digo todas las veces que he estado a punto de caerme por esos precipicios, o que me he caído hace poco y que *Tonnerre* me ha salvado la vida, ¿se arrojará a mi cuello para besarme, me abrazará?

Furtiva, ridícula esperanza. No funcionará, me digo, en el instante en que percibo un destello de sufrimiento, acerado, en su mirada. Entonces, bajo la cabeza y voy a acurrucarme en un rincón. Al final comprendo que Fifie tiembla de desesperación al ver que vuelvo viva por las noches y que, en el fondo de su corazón, espera que un día termine por encontrarme en el fondo de algún acantilado. Seguro que hizo todo lo posible por deshacerse de mí antes de mi nacimiento: baños de hojas malolientes, maceraciones de cortezas, largas agujas, ganchos de metal, varillas de bambú. Invencible, me agarré a su matriz con los labios, esas dos ventosas que no puede soportar.

A veces Fifie se pone a llorar. Solo hace ruido cuando llora. Su pecho que sube y baja y el irreprimible temblor de sus hombros son la señal de que derrama lágrimas. Tía Grazie la consuela. «Hay que llegar hasta el final, Fifie, dice, mientras le enjuga el rostro y la besa... hasta el final».

A fuerza de oír las palabras de mi tía, acabo por adoptarlas. Cuando salgo en busca del tesoro, con *Tonnerre* detrás de mí, bajando a toda prisa los cerros, agarrándome a la maleza, escalando peñas abruptas, murmuro: hasta el final, Emma... Tienes que llegar, hasta el final.

Fifie nunca participa en mis peleas con tía Grazie. Hace como que no le conciernen. Adopta la misma actitud cuando le hablo de *Tonnerre*. Nunca ha negado la paternidad de *Tonnerre*. Fifie es una esfinge. Los suspiros son lo único que permite adivinar cierta esencia humana en ella. Cuando discuto con tía Grazie mediante frases cáusticas, Fifie parece decir con su silencio que solo se trata de una vulgar pelea de perros.

*A la orilla del río me dormí
Y soñé con la tierra y el paraíso
Me tumbé en la hierba
Para escuchar el viento
Escuchar el canto de la hierba del campo.*

Cogí la costumbre de anunciar mi llegada por la noche, cantando. Tengo una voz muy melodiosa. Sin embargo, mis canciones parecían molestar siempre a Fifie y a tía Grazie. A pesar de todo, canto. Para evitar los ¡oh! de sorpresa y horror que no pueden reprimir cuando aparezco.

Los años pasan uno tras otro. Tengo once aquel año en que una mañana, Fifie me arranca de la cama cuando estoy soñando que me tiene en brazos y me llena de besos. Me arranca de esa visión, mientras luzco la que considero la más hermosa de las sonrisas. Se la ofrezco tendiéndole los brazos. Fifie vuelve la cabeza con la rapidez del relámpago. Solo tengo tiempo de percibir en sus pupilas un destello de sílex que me destroza el alma. Me quedo petrificada en la cama, con los pies helados y miles de trozos de cristal en la garganta y en el pecho. Tengo la carne llena de esquiras. La voz se ahoga en la garganta de Fifie cuando me conmina a levantarme y a acompañarla a la Plaine du Cul de Sac^[3], a las Sources Puantes^[4]. Es una de las pocas veces que me dirige la palabra. Así que hago lo que me dice sin rechistar. Me levanto y me visto, me pongo las sandalias de goma y la sigo.

Las Sources Puantes, Azwélia... ya no circula sangre por mis venas. Me atenazan unas ganas de huir irresistibles cuando me veo por primera vez tan cerca de Fifie, sola con ella. Hasta ha emplazado a tía Grazie y a *Tonnerre* a que no nos sigan. Subimos en un autocar vacío que remonta las colinas que rodean Grand-Lagon como una cafetera. Al cabo de unas millas, el chófer decide que no hay suficientes pasajeros para llegar hasta las Sources. El vehículo zumba, pedorrea, cruje y echa humo al tiempo. Se detiene. Bajamos sin rechistar y recorremos las tres cuartas partes del camino a pie. Es temprano, pero el sol está ya alto en el cielo; estalla en mi cabeza como una ráfaga de metralla. Los granos de pimienta de mi pelo están ardiendo. Hasta tengo la impresión de percibir el olor, insistente, picante, que me acosa y penetra por los agujeros de mi nariz. El sudor forma miles de riachuelos que me encharcan la cara, los ojos se me rehogan en el líquido ardiente que se desliza por mi frente y se me cuele dentro de los párpados. Mi blusa está empapada. En unos instantes, mi pañuelo se transforma en una bola grisácea que ya no sirve para cumplir su cometido. Hundo maquinalmente los pies en la tierra seca, en las huellas de Fifie, cuidándome mucho de guardar muy dentro de mí los suspiros de ahogo, de reprimir mis ganas de romper en sollozos, y sobre todo, las ganas tenaces de ponerme a gritar, como en mi sueño, para que se abra la tierra y las montañas bajen hasta nosotras mediante furiosos desprendimientos y nos sepulsen, a Fifie y a mí.

Fifie va delante, a paso ligero, con grandes zancadas. Es tan liviana que parece flotar. Sus pasos apenas rozan el suelo. Me invade un deseo violento de tocar su vestido, una tela ligera, como sus pasos, como gasa, blanca, inmaculada, tan deslumbrante en la luz blanca de la mañana, que me duelen los ojos. Extiendo las manos. Pero no me atrevo. Me da miedo que se ponga a gritar.

El vestido inconsistente de Fifie. La falda rematada en picos, se infla con el viento. Me llegan efluvios de canela y clavo, el perfume que emana del aceite con

que da brillo a su cabello. Fifie es guapa, de esas bellezas sin ornamento y sin artificio. Una belleza completa, autónoma. No necesita nada para ser hermosa, y menos a mí, y menos mi amor. Tiene unas manitas delicadas con uñas brillantes, orejas y labios delicadamente ribeteados. Es hermosa como una piedra, pulida por el mar, dura, fuerte.

Unas veces dirijo los ojos al revoloteo de los insectos entre las grietas, otras a la espalda, al talle de avispa de Fifie. Y me digo que Fifie es un asfódelo, una flor, muda y hermosa, y que yo no existo. Cuando nos acercamos a las Sources, le suplico en vano que desandemos el camino. Ella no afloja los dientes.

Fue en el transcurso de las ceremonias extrañas en las que participo a pesar mío, durante aquellos tres meses en casa de Azwélia, cuando me arrancaron un buen número de recuerdos. Ablación, extracción, escisión... El diccionario contiene muy pocas palabras para designar la pérdida y la destrucción. Parece que lo que se ha perdido nunca ha existido.

Aquel recuerdo al final de mi niñez, sigue tan fresco en mí... La carretera que lleva al infierno de Azwélia..., un sol de plomo. Dolor antiguo, siempre vivo, lo siento clavado en mí como una enorme astilla.

Permanezco tres días y tres noches en casa de Azwélia. Fifie me ha puesto en sus manos, indefensa. Para ablandar a la bruja, pruebo con sollozos, intento sin éxito una alianza con ella, uso todos mis conocimientos para convencerla de que se deje corromper.

—Le robaré a Fifie su bonita ropa interior de encaje y su bonito reloj de oro, luego te los traeré si me dejas tranquila con tus conjuros y tus apestosos baños.

Pero Azwélia es como Fifie: inmutable, de una dureza infinita. Al igual que Fifie, no se altera con palabras inútiles. Me enteré luego de que las brujas no llevan ni bragas ni joyas y de que Fifie me había dejado en su casa para que con su magia, sus baños, atraer a la suerte, y transformarme en una mujer a la que ningún hombre fuera capaz de resistirse, a pesar de mi piel color de noche.

La misión de Azwélia es proporcionarme un encanto implacable. Como no se puede hacer nada por modificar mi apariencia, solo la magia puede salvarme y, por carambola, salvar a Fifie, que cuenta con deshacerse de mí lo antes posible, casándome con el primero que llegue.

Al cabo de tres días en casa de Azwélia, me llaman, me tumban sobre una estera, en su cabaña de tierra prensada. Para la tercera ceremonia se ha puesto un vestido índigo, un pañuelo rojo le ciñe la cintura. Da vueltas como una peonza, salmodiando conjuros. En el cuello, a modo de collar, una culebra saca la lengua frenéticamente y se retuerce, embriagada. No me dan miedo las culebras. *Tonnerre* me ha enseñado a cogerlas por detrás de la cabeza y a apretar, entre el pulgar y el índice, hasta que caen, como tripas vacías, a mis pies.

Por el contrario, la voz de Azwélia me hace temblar. Es una voz rara, como un chirrido agudo, un chillido semejante a los gemidos de placer de la ratita del

cementerio. Blande una antorcha en llamas que de vez en cuando se mete en la boca, tragando un alcohol muy fuerte cuyo olor se extiende por la cabaña. Un líquido tibio y pegajoso me resbala por las piernas, la cabeza me da vueltas. Espero hasta que recobro el ánimo para intentar reaccionar. Hago acopio de mis fuerzas para, en el momento propicio, saltar sobre la mujer, agarrarla por las pantorrillas y hacerla caer en la estera. En cuanto la haya derribado, me escapo.

Por un agujero, en la hojalata que hace las veces de tejado, veo que el amanecer se acerca. En la lejanía, ronca un tambor, un gallo se ha extraviado, se desgañita. Los hombres vocean tras los bueyes: ¡jo! ¡arre! Los bueyes mugen con sus tristes voces de bueyes. Y me siento más triste que un animal en el matadero. De repente, me acuerdo de que estamos en la Plaine du Cul de Sac. Por aquí hay campos de caña. Los bueyes transportan la caña a las fábricas donde se elabora el azúcar. Y los hombres tiran de los cabestros y en vano, los muelen a palos. He visto muchas veces a los hombres tirar de los bueyes, empujarlos para hacerlos avanzar y molerlos a palos. Si me hubiera negado a seguir a Fifie, seguro que me habría puesto un cabestro y tirado de mí hasta la casa de Azwélia.

Poco después me llegará un olor acre, el olor a quemado que produce la caña. El olor característico de la Plaine, del bagazo que queman. Sé dónde me encuentro por el olor. Poco a poco me calmo y me pregunto bajo el efecto de qué brebaje he podido dormir tan profundamente. ¿Qué porquerías me ha hecho tragar Azwélia? ¿En qué clase de cieno estoy tumbada? ¿Y por qué me duele tanto el vientre? Cuantas preguntas inútiles.

Entretenida en girar sobre sí misma, Azwélia no se entera de que la observo. La bruja está en su mundo, yo estoy a su merced. Aquel día, comprendo que no puedo esperar nada de Fifie. Tengo que poner término a mis sueños locos de ternura materna, llevar por siempre el luto de su amor. También comprendo, y es algo que me aterra, que nunca podré perdonar a quien me trajo al mundo, los tres días en casa de Azwélia. Aquellos tres días son los preliminares de una guerra sin cuartel entre Fifie y yo. Tendré que aprender a enfrentarme a ella, aunque las armas de las que disponga sean ridículas, concluye Emma fatigada y con un arrebató de tristeza por todo el cuerpo.

Se aleja de la ventana, endereza el torso y se dirige hacia la cama, en la que se echa, antes de cubrirse el rostro con la manta.

Nickolas de arena y sombra

De momento, solo me dirijo al hospital dos días por semana. Las largas sesiones con Emma me dejan sin sustancia. Continúo transcribiendo sus palabras y reuniéndome con el doctor MacLeod. Sin saber muy bien por qué, noto que tiene un aspecto preocupado, como impaciente. Una mañana, al llegar al rellano, lo sorprendí conversando, muy serio, con otro médico. Creo que es el jefe, el doctor Dugasson. Oí al vuelo las palabras policía, interrogatorio, oficial de policía judicial... Me dio la impresión de que esperaban a que hubiera entrado en la sala de espera para proseguir la conversación. El doctor Dugasson es un moloso, parece un personaje de Botero, y su mirada es suave, como la de un gato mientras descansa. Aquel día pensaba en Gilliane, que lamenta mi «ociosidad». En su opinión, estoy ociosa porque no tengo que ocuparme de dos niños sin padre como ella. Mi ánimo no deja de divagar.

Sin duda es la ociosidad lo que me lleva hacia Nickolas Zankoffi, con quien he establecido poco a poco un ritual los viernes por la noche. En la bruma nostálgica de sus años de vida en común con Emma, que me hace compartir, bebemos té muy negro mientras escuchamos los *blues* que la volvían loca. Este hombre me inquieta y me atrae al mismo tiempo. Cuando creo que lo comprendo, se me escapa, como la arena que se escurre entre los dedos. Tiene un aspecto tan vivo y tan irreal como una sombra. El tiempo y la experiencia me separan de él, va a cumplir cincuenta años, me confesó una noche, pero a veces me imagino que su vida nebulosa, su voz de mareas y remotos confines, contribuirían a dar sentido a mi existencia. Me debato todos los viernes para no acudir a su encuentro. Sin embargo, al final me veo caminando, a mi pesar, unas veces sin prisa y otras veloz para evitar cambiar de opinión, como si el hecho de meterme prisa a mí misma, me permitiera triunfar sobre mi voluntad. Gilliane, que se queja de que ya no me ve, sostiene que estoy atrapada en una espiral formada por estos dos seres dementes. Solo hago mi trabajo, le digo poco convencida, me reúno con Nickolas para que me confirme las palabras de Emma.

Me pregunto si es un reto, una obsesión enfermiza o mi soledad lo que me empuja inexorablemente hacia este hombre. En el fondo, tengo que reconocer que me sorprende la idea de que nunca haya mostrado inquietud por saber dónde se encuentra la frontera en la vida de Emma, entre la fábula y la verdad. ¿Era demasiado difícil? ¿Nunca se había parado a pensarlo? ¿Cómo puede pretender quererla tanto si lo que contaba de su pasado significaba tan poco a sus ojos? Hasta en lo más profundo del amor, el lenguaje de Emma debía resultarle inaccesible. ¿Puede alguien querer sin dominar el lenguaje del otro? Todas estas preguntas me causan un gran desconcierto.

Un día, se me metió en la cabeza preguntar a Nickolas acerca de sus sentimientos hacia la niña, la pequeña Lola, a la que seguramente tuvo en brazos y a la que aprendió a mimar. ¿No era el fruto de la pasión que decía que sentía por Emma? Me parece que hizo aquel movimiento involuntario de hombros que le llevaba a curvar la espalda, a inclinar un poco la cabeza, para echar hacia atrás, con un gesto grácil, un

mechón rebelde.

—Esperaba, quería que se olvidara de todo, decía. Alimentaba la esperanza de que acabaría por expurgar todo su pasado para hacerla enteramente mía. Quería verla completamente renovada.

Yo le insistía con avidez, porque veía que intentaba eludir la pregunta:

—¿Qué tipo de niña era Lola?

—Era como todas las niñas. No se parecía ni a mí ni a Emma. Cuando la tomaba en brazos, se ponía a chillar. Emma la mimaba mucho, daba la impresión de que la quería.

Huía, huía. Imposible alcanzarlo.

Al volver a casa aquella tarde, llamé a Gilliane para confiarle que tenía la impresión de haber encontrado al culpable. Me aconsejó que me diera una ducha fría y me tomara una manzanilla. Estaba ayudando a su hijo a terminar un estudio sobre los mayas, no había acabado la cena, su coche estaba en las últimas, estaba hasta las narices de sus deudas y, además, de todos modos, ¡todo era posible, porque había descrito a ese hombre como a un perturbado! De todos modos... sus últimas palabras se ahogaron en el crepitar de la carne que estaba rehogando, y todo lo soltaba con un tono pretendidamente paciente, pero que resultaba agrio y cortante al tiempo.

Me decepcionó su acogida, su manera de ver las cosas. Sin embargo, la escuchaba. Gilliane necesita un oído atento. Se imagina que si hubiera sido capaz de retener al padre de sus hijos, hubiera satisfecho ese papel. Gilliane se imagina tantas cosas.

El viernes siguiente nada más situarme ante la taza de té que acaba de servirme, Nickolas vuelve a hablarme de Emma. Va y viene en un torbellino de palabras, de manera que el apartamento parece demasiado pequeño para su enorme cuerpo. Se levanta, toca y desplaza objetos sin motivo alguno. Me marea. De repente me parece que somos dos animales cazados en una trampa. Nickolas, que se aferra al recuerdo de Emma para no proseguir solo su deriva egocéntrica, y yo, con el corazón y los brazos vacíos, que busco desesperadamente algo a lo que agarrarme. Escucho hablar al hombre, intentando persuadirme de que si estoy ahí, sentada frente a él, es porque Emma lo necesita, para intentar saber más y descubrir al culpable.

Me disculpo y voy al baño para mirarme la cara en el espejo. Estoy tan pálida... El amarillo de mi blusa se refleja en mis ojos. «No vuelvas a llevar ese amarillo de yema de huevo tan cerca de tu cara, pareces un girasol», me comenta a menudo en tono crítico Gilliane, que ostenta con gran orgullo su tez morena. Gilliane se parece más bien a una india.

Sin pretenderlo, al pasar me detengo ante el dormitorio de Nickolas, donde está la cama en la que vivió la felicidad más intensa con Emma. De pronto siento su mano en mi hombro. Es cálida y redonda, firme y suave a la vez. Hago acopio de todo mi valor para no desfallecer, ahí, a sus pies. «¡No hay nada que dé más pena que un rostro de mujer que deja entrever su deseo, que muestra su desamparo! ¡No hay la

más mínima elegancia en el hambre!». Esas palabras de mamá resuenan en mí como un gong. Con un brusco movimiento me alejo de Nickolas.

Mamá siempre vivió encaramada en sus certezas como si fueran zancos. Su vocabulario estaba salpicado de palabras tales como trascendencia, sublimación, dignidad, elegancia. En su opinión estoy bastante loca al dar tanta importancia a los amoríos. Las mujeres, sean rubias o negras, están en el mismo barco, proclama. Siempre llega el momento en el que hay que aprender a prescindir de los hombres. Sus palabras resuenan a veces como latigazos. Ha empezado con sus clases de piano a los sesenta años, no se pierde ni un concierto, viaja con Marielle, una amiga que vive en Gaspésie. Los amaneceres en la península merecen los más hermosos abrazos de un adonis, me escribió mamá un verano que no quise acompañarla, a ella y a Marielle, hasta aquel lugar.

Sin que pareciera que se hubiera dado cuenta, y todavía menos que mi curiosidad le hubiese ofuscado, Nickolas vuelve a la mesa y se sienta. Sirviéndose más té prosigue con un tono lleno de tristeza:

—A Emma, cualquier relación amorosa le parecía sospechosa, le resultaba una forma de violencia. «En mi cuerpo tengo tantas palabras nacidas del sufrimiento que el propio gozo solo sería un engaño» me objetaba, en cuanto me acercaba a ella.

Con el rostro alterado, Nickolas me hace leer una tarjeta en la que está escrito: «¿Es posible alejar el agravio de la falta de amor y del deterioro físico, coger, antes de tirar la toalla, la única esperanza que me queda, para que mi cuerpo y mi alma puedan liberarse por fin y celebrar lo peor y también lo mejor de mi pasado?». Había puesto la tarjeta en la pared frente a la cama, me explicaba Nickolas, y continuó:

—Una vez, después de hacer el amor, le escribí un poema.

Cierra los ojos y con voz entrecortada que confiere una intensidad particular a sus palabras, se pone a recitar:

Sí tu cuerpo ha envejecido, es a la manera del buen vino, hemos hasta el pico más elevado de las colinas del amor y te beberé hasta apurarte. Naciste con una estrella en la frente y una risotada a modo de sexo. Por más que busques, toda tu vida, un corsé para disimular tu risa, por más que pelees o intentes escapar, mi amor te atraparé. A partir de entonces, tu vida vuelve a empezar con la mía y la mía con la tuya. No quiero que disimules tu estrella, quiero dejar que me guíe hasta el final de los tiempos.

Al día siguiente, me respondió con otro poema:

Porque la historia de mi isla me ha secuestrado la vida, porque la historia ha hecho de mí un corcel amordazado, al que usan y del que abusan, porque siempre hemos inclinado la cabeza, porque desde que nací mi sangre estuvo agotada, seca, no me atrevo a pedir la promesa de la intensidad venidera.

Generosa y enigmática Emma, concluye Nickolas.

Pone las manos en forma de copa como para modelar a Emma. La cogí aquella tarde, dice, hablando ensimismado, la cogí como se coge una flor rara.

Después de aquella visita a Nickolas Zankoffi, decidí no volver a verle. Me parece que el dolor de Emma encuentra un eco demasiado débil en él y me siento solidaria con las reivindicaciones que expresa en medio de su locura. Detesto en Nickolas las respuestas ingenuas que enfrenta a la barbarie descrita por Emma. Denotan, en mi opinión, cierta forma de egocentrismo, algo artificial. Me vienen a la memoria sus respuestas evasivas sobre el embarazo de Emma, el escaso interés manifestado por Lola. Me pregunto si ha intentado alguna vez comprender a Emma por dentro. ¿Ha intentado alguna vez, una sola vez, la hazaña de meterse en su piel de negra? No es, me digo, sino otro hombre más de pies empolvados y de sensualidad animal que va de aventura en aventura, con el corazón hueco, con las manos y los brazos vacíos, con la boca llena de palabras. Virtuoso del verbo, ¿es que no concibe el amor más que a través del prisma del discurso metafísico? Las palabras con su vacuidad, las palabras con su música ensordecedora han reemplazado a Emma en la vida de Nickolas. Pronto olvidará a Emma. El sexo de los hombres es desmemoriado, me repito para no olvidarlo nunca. Para ellos, el amor es un torrente, el agua cae con estrépito. Se enamoran salvajemente, pero como los torrentes, no retienen nada.

Detesto particularmente la atracción que este hombre ejerce sobre mí, la turbación que me despierta, las sonrisas que encienden su rostro y que hacen latir mi corazón a mi pesar. ¿Acaso no he aprendido a regular como un péndulo mis deseos más ocultos? ¿A gestionar mis anhelos, como si fueran una cuenta bancada? Una amiga me dice que encuentra un placer incomparable en el flirteo, en la seducción que practica con un refinamiento digno de las más hábiles cortesanas. Eso le basta, sostiene. Ha aprendido a ser libre, una libertad que le permite todos los placeres. Yo tengo más bien tendencia a andarme con rodeos. O bien intento mantenerme lejos de los hombres, siguiendo así el ejemplo de mamá, o bien todo lo contrario... Los deseos más fuertes, proclama mamá, acaban por morir como las flores, morir de una hermosa muerte. Pero la voz de Nickolas Zankoffi no me deja. Me lleva por sus corrientes y derivas. La manera que tiene de inclinar la cabeza, los efluvios de tabaco y la sinuosidad, la untuosidad de sus gestos. Decido que lo odio.

Mattie y Rosa

Me he tomado unos días libres para descansar de Emma. Estaba al límite de mis fuerzas y mis recursos. Con el cuerpo molido por las noches de insomnio, iba como un alma en pena y, a pesar de mis esfuerzos, no lograba disociar mi existencia de las de Emma y Nickolas Zankoffi. Cuantos más días transcurrían, más aumentaba mi confusión. Fluctuaba entre la cólera, la desesperación y un miedo insensato ante la idea de que las imágenes terribles que salpican las palabras de Emma, me persigan hasta en sueños. Soñaba con que me iba hasta el fin del mundo en un caballo que galoparía sin detenerse jamás.

Aun así, retomé mi trabajo con la idea de acabarlo cuanto antes, para liberarme. Como siempre, aquella mañana, encontré a Emma de pie junto a la ventana. Era un día lluvioso y triste. El agua de la lluvia rebotaba en la superficie del río, como obleas lanzadas a gran velocidad. No se tomó la molestia de responder al saludo del doctor MacLeod, de cuya presencia no se enteraba desde hacía tiempo. Me dirigió una sonrisa triste, una sonrisa atroz, con un semblante estragado que me contemplaba con perplejidad y una expresión de sufrimiento. ¿Me odiaba por haberme alejado de ella durante los últimos quince días? Su voz era monótona, su manera de hablar muy lenta, como si ya estuviera lejos, muy lejos, en otro lugar diferente a esa habitación que daba al río.

—Una mujer que habla demasiado, hace tanto ruido como una nube que atraviesa el cielo, me dice mirándome con intensidad. Cuando consideramos que el ruido no sirve para nada en absoluto, debemos tragarnos la lengua. Flore, he aprendido a apreciar tu compañía, sabes.

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre.

—Lo sé, sin embargo te he maltratado. Pero antes de nada quisiera hablarte de otras mujeres. Después, todos los ruidos desaparecerán. En mi garganta, en mi cabeza, en mi sangre, se hará un silencio total, decía.

Su voz lenta contrastaba con su manera habitual de hablar, entrecortada y colérica.

—Has traído a mi vida cierta frescura, algo que no sé como llamar, proseguía. Para darte las gracias, te lego las vidas de Mattie y de Rosa. Estoy segura de que sacarás alguna conclusión de lo que voy a contarte.

Una leve sonrisa, que aparecía y desaparecía como las nubes, flotaba ahora en su rostro. En vano, hacía acopio de todo el valor que me quedaba, para encontrar algo que responderle. Quería decirle que le debía una segunda vida, a pesar de la tormenta que había sembrado en mí, pero no me sentía capaz de escoger las palabras. Abría y volvía a cerrar la boca con desesperación.

—Calla, dijo al cabo de unos momentos. No te olvides, Flore, de que una mujer que habla, vocea y grita en vano, hace tanto ruido como una nube. Más vale que nos traguemos la lengua, créeme, como hacían nuestras abuelas en los barcos.

Como si se dispusiera a orar, cerró un instante los ojos, inspiró y se puso a contarme:

—Tenía doce años y el sabor perenne de la muerte en la garganta, cuando decidí dejar a Fifie. Tomé la carretera que sale de Grand-Lagon y llegué a Moussambé al alba. Me acogieron en casa de una mujer llamada Mattie, una prima de mi difunta abuela Rosa. La abuela había muerto cinco años antes, Mattie la tuvo a su cuidado hasta el final. Ni Fifie ni Grazie fueron al entierro.

Igual que había acogido a la abuela cuando la vida se le echó encima con el mayor estrépito, Mattie me acogió en su casa. Se diría que esperaba mi llegada, que estaba escrito que un día aparecería por su casa, con mi vestidito arrugado de indiana y mi maleta reventada. Y *Tonnerre* conmigo. Estaba tranquila, ni Fifie ni Grazie, estaba segura de ello, vendrían a buscarme. Me sentía como una barca, a la deriva, sola, en el inmenso océano. En esa época, puedo afirmarlo, sentí cómo sangraba mi corazón. Pasaba noches enteras llamando a Fifie con todas mis fuerzas, suplicándole que me hiciera un huequecito en su vida. La compasión y la ternura que llenaban los ojos de Mattie, que me prodigaba sin medida sus cuidados y atenciones, no bastaban para colmar mi vacío. Había llegado hasta Mattie con una única idea en la cabeza: enterarme de todo sobre la vida de mi abuela, reencontrar el hilo que Fifie se negaba a tenderme para ayudarme a proseguir mi camino.

—Como Fifie no podía comprender, te ha cerrado su corazón, intentaba explicarme Mattie. A menudo no tenemos otra posibilidad para sobrevivir. Cuando el dolor es demasiado duro, cuando se vuelve demasiado fuerte, perdemos el sentido de las cosas. Hay dolores que llegamos a soportar porque los comprendemos, porque sabemos de dónde proceden. Pero el sufrimiento que reside en nosotras por ser quienes somos, el sufrimiento que debemos vivir porque el mundo nos empuja a la marginación hasta hacernos odiar a nuestra propia carne, es difícil de aceptar y de comprender, Emma. No es extraño que al final del túnel nos aceche la demencia, entonces es cuando destruimos nuestra propia carne, porque temblamos por ella, sabemos lo que le espera.

Vivir en una piel de negra es vivir por siempre en una noche sin estrellas, decía Mattie. Una noche espesa que nos abrumba como una losa. Por eso queremos deshacernos de ella, alejarnos de ella sin mirar atrás. Queremos huir de nuestra piel de negra, como huimos de la noche y sus demonios. Así, abandonamos a los nuestros, huimos hasta de nuestra sombra.

Dios ha creado el día y la noche. Ha creado igualmente los animales del día y de las sombras. Y nosotras, mujeres de la noche, somos mujeres a las que la vida, con todo lo que contiene de violento, se nos echa encima. La vida nos hace revolcarnos con escándalo y brutalidad. ¿Quién puede decirme, exclamaba Mattie elevando el tono, cuándo nos ha vestido la vida con encaje y seda desde que el mundo es mundo? No tienes que odiar a Fifie, pequeña, a pesar de todo, no puedes odiarla. El mal que sufre tu madre viene de lejos. Corre en nuestras venas, lo ingerimos desde el primer

trago de leche materna.

Cada día al lado de Mattie era un largo aprendizaje. Igual que con *Tonnerre*, recorría las llanuras, penetraba en las cuevas, escalaba montañas, con ella, exploraba los contornos sinuosos de los seres. Me enseñaba a descubrir los refugios en los que resguardar el alma, para no mostrar más que mi cuerpo de mujer, mi cuerpo de ébano, objeto de codicia y de rechazo, de deseo y odio juntos.

Esos sentimientos respecto a nuestro cuerpo, a nuestra piel, han trazado nuestro destino, decía a menudo Mattie con una extraña sonrisa. Así es como hemos aprendido a no perder el tiempo en la búsqueda vana de la felicidad. Pero, incluso en nuestras existencias que solo son amargura, nunca vamos hacia la vida como vamos hacia una prueba. Más bien gastamos nuestras fuerzas desviando las flechas que el destino nos envía. Eso era lo que Mattie, una mujer que no sabía ni leer ni escribir, me enseñaba.

Paradójicamente, de ella me vino la pasión por los estudios, Flore, una manera, como ella decía, «de desviar las flechas del destino, porque lo único que no puede engañarte es lo que se encuentra bien enraizado en tu cabeza». El instituto estaba situado a unas leguas del pueblo, me levantaba antes del amanecer para dirigirme a él. Mattie no se arredraba ante ningún sacrificio para conseguirme libros. Los cogía, los acariciaba, los olisqueaba, con una sonrisa de alegría en el rabillo de los ojos. Yo aprobaba todos los exámenes, y como es lógico, suscitaba la envidia de los demás alumnos.

Vivir con Mattie, era como vivir en un libro enorme, un libro que ella confeccionaba día tras día, página tras página, y en el que descubría los arabescos y los meandros del alma humana. En aquel libro fue donde descubrí vidas sorprendentes, la de Béa, la madre de mi abuelo Baptiste, y la de Rosa, mi abuela materna.

Mattie vivía sola. Siempre había vivido sola. Desde que Baptiste y la abuela Rosa se marcharon. Ella describía a Baptiste, el marido de la abuela, como un enorme negro de ojos suaves y con voz de caricia. No tenía nada en común, insistía, con los fantoches que, por desgracia, viven en nuestra isla, se pasean de casa en casa para desovar en las entrañas de las negras y salir corriendo, con el pantalón desaliñado. No, Baptiste no sabía de las mujeres más que lo que su madre le había enseñado. Béa era una negra con la piel salpicada de manchas de bija. Era una mujer con la mirada y las manos siempre en movimiento. Renacía cada amanecer. No le daba importancia a haber perdido las llaves, abría todas las puertas, abordaba constantemente una nueva orilla diciendo «¡Hacedme sitio! ¡Aquí estoy!». Nunca llevaba luto por sus vidas pasadas, porque sabía que las mujeres no tienen ninguna propiedad. Tenía muchos brazos, un montón de brazos, para labrar todos los caminos, los campos por donde pasaba. Había legado todo eso a su hijo, Baptiste, el hombre que había sabido aportar cierta dulzura a la existencia de Rosa, como para demostrar que, a pesar de todo, a pesar del infierno de las plantaciones, algunos habían logrado salvaguardar la fuerza

de ser. No contentarse con mirar cómo pasa la vida, tal era el lema de Baptiste. Y lo había adoptado de Béa, su madre, la negra que no había olvidado nada del viaje de sus antepasados, desde el país de Diola hasta los campos de caña en la isla.

A decir verdad, Flore, Mattie hizo todo lo que estaba en sus manos para ayudarme a conjurar lo que llamaba «la maldición». Pero en algún momento, me quedé sin fuerzas. Creo que el camino ha sido demasiado largo, la carrera demasiado apasionada. Recuerdo que un día Mattie me dijo:

—En el camino del destino crecen árboles cuyos frutos tienen la corteza amarga, pero su interior es jugoso, dulce y suave como un anona...

—Otra fruta más que no está destinada a nuestros labios, Mattie, la interrumpí.

—Es lo que decía tu abuela Rosa. Decía lo mismo que tú. Pero, Baptiste le respondía, con esa fuerte risa de hombre que hace entrar en calor como un buen grog: «¡Una verdadera negra toma la corteza amarga, la curte y la prepara para hacer uno de los manjares más deliciosos que existen!».

Baptiste poseía una mirada amorosa para todas las cosas, para todo lo que procedía de Rosa. Les unía una profunda ternura, algo que nadie comprendía. De lo que se deduce que, a fuerza de comer vaca rabiosa, deberíamos pasar todo el tiempo mordiéndonos y que, la época de los negreros, la época de la caña, nunca debería terminar.

En ese momento del relato, el rostro de Mattie se encendía con una luz que hacía brillar su piel. Unos pequeños temblores recorrían su cuerpo.

—Pues no, mi niña —de golpe bajaba la voz, que no era sino una canción tarareada con tristeza—, pues no, Baptiste había jurado que su Rosa debía ser su pasado, su presente, su futuro. Para ellos los días y las noches se confundían. Ya solo eran un único cuerpo, una única alma. Eso nunca se lo perdonaron. Y te lo quieras creer o no, mi niña, a quien odiaban sobre todo era a tu abuela. La odiaban por el buen pan de la vida que mordía con un apetito voraz. Emma, nadie perdona que una negra de piel azul tenga la vida ante sí como un camino despejado. ¡Debes avanzar entre las zarzas y breñas, correr por los cerros, luchar contra el agua con furia, arrancar tu pan cotidiano de los hocicos de los perros rabiosos! ¡Pues sí, así es!

¡Debes andar sin descanso, aullar más fuerte que los lobos, caer, arrastrarte con las rodillas, con el trasero!

No hay que tener miedo de decirlo, Emma, Grand-Lagon, el trozo de tierra acurrucado en medio del océano, es una tierra maldita. Las aguas que la bañan desde el día en que nació, esas aguas, ocultan, en su azul tan azul, siglos de sangre vomitada desde las bodegas de los barcos negreros, sangre de todos los negros que arrojaban por la borda. Así entró la maldición. Se infiltró en el agua de los ríos, en la que bebemos, se ha mezclado con nuestra sangre, la ha corrompido. ¡Ay, pequeña! ¡Lo que me haces revivir, decía, me pone enferma! Cuando Mattie decía esas cosas, una mueca de dolor le cubría el rostro. ¿Pero cómo dejar de contártelo si no podrás escapar de ello? La maldición nos persigue, Emma, del mismo modo que antaño los

perros corrían detrás de nosotros en las plantaciones. Nos pisa los talones, jadeando. Está aquí, atada a nosotros, tal vez sea ella quien engorde nuestras nalgas, ¿quién sabe?

—Pero ¡si yo no tengo trasero, Mattie!, me quejaba. En la escuela los alumnos me llaman tabla de pastelero. Dicen que además de tener la piel azul, estoy hecha de una sola pieza, por eso, ningún hombre me querrá jamás.

—Déjales que digan, Emma, déjales que digan, peor para los hombres que no te quieran... ¿Crees que las risas desaparecían cuando los negros se refugiaban en los bosques?, proseguía, Mattie. No, Emma. Por eso son tan gruesos nuestros labios. Para almacenar la risa, que es una fiesta para el cuerpo. Mírame, solo me quedan cuatro dientes y me río con más ganas, créeme.

Mattie estallaba en una enorme carcajada que le sacudía todo el cuerpo. Me río y Mattie ríe conmigo, porque a Mattie todavía le gustaba reírse. Fue ella quien me descubrió el goce que originan esas cascadas que cabalgan por el cuerpo, suben y bajan por el pecho. Por desgracia ya no me sé reír, Flore.

—Mattie pasaba revista una y otra vez a su niñez con mi abuela, Rosa. Me habló de cuando Rosa y Baptiste se fueron a vivir juntos. De su unión con un hombre codiciado por todas las mujeres, estuvieran o no en edad de casarse, nacieron dos preciosidades, Fifie y Grazie, dos mestizas doradas, cuyos rostros habían sido tallados con oro fino.

El nacimiento de aquellas dos niñas constituyó un acontecimiento extraordinario en Grand-Lagon, explicaba Mattie. La gente acudió durante diez días a casa de Rosa para ver a aquella negra de piel azul y sus dos criaturas, de color de fuego, colgadas de sus mamas. Dos mestizas de ojos de oro fundido. Unos se santiguaban, abriendo unos enormes ojos extraviados, luego salían corriendo. Otros se reían ocultando sus rostros tras sus pañuelos, pero los más atrevidos no esperaban a haberse marchado para ponerse a cotillear.

—¡Lo ha convertido en un cornudo! O tal vez los negros hacen ahora milagros. ¡Venga ya! ¿Quién me va a hacer creer que son de él?

—Es que no has comprendido nada, decía reventando de risa una cotilla. Es su cosa, ya sabes, su cosa, reía hasta reventar. Lo que sale de su cosa es oro fundido. ¡Y le hace tan bien el trabajo que le salen dos de golpe!

El nacimiento de aquellas dos niñas doradas, nacidas de sus entrañas negras, aceleró la caída de Rosa. Baptiste no comprendía cómo Rosa había sido capaz de traicionarle de ese modo. ¿De dónde salían esas dos diablas de cabello dorado que no tenían nada de él, nada de Béa, la negra que tenía por madre? ¿Cómo habían podido surgir de su cuerpo, color de noche, un cuerpo que no tenía ni una gota de sol bajo la piel?

Los años pasaban deprisa y cavaban la tumba de Rosa y Baptiste. Él seguía siendo amable con ella. Pero ella notaba que él no la acompañaba más que de labios para fuera, como agua que se retira, inexorablemente. En casa, no podía mantener el

cuerpo parado, si no, permanecía abatido, recluido en sí mismo, amontonado como un fardo de pingajos en un rincón. Con frecuencia, ella tenía que ir a buscarle a la orilla del mar. Lo encontraba sentado, con los ojos fijos en las olas, con la mirada perdida. Lo llamaba, él volvía lentamente la cabeza, con la cara sin afeitar y llena de protuberancias. Cualquiera diría que casi no la reconocía. Baptiste ya no era el mismo.

En sus gestos nacía algo que ella no comprendía, que la espantaba, como un fuerte viento que quisiera destrozar todo a su paso. Rosa, que desde el primer día en que su cuerpo, al desposar el de Baptiste, se había disuelto en él, Rosa que sabía leer todos sus pensamientos, se mantenía allí, a su lado, con los brazos colgando, sin comprender nada, sin poder decir nada.

Luego, él se alejó a grandes zancadas. Nunca dirigía la mirada a sus hijas que estaban creciendo, largas como varillas de bambú, con la piel llena de sol, con una llama de arrogancia y de contento aumentando cada día un poco más en el fondo de sus pupilas.

Pronto, los pasos de Baptiste se perdieron por completo en la noche de Grand-Lagon. No volvía. El tiempo transcurría para Rosa en una especie de locura, oyendo cómo aleteaban los cucos y otras quimeras. Como una poseída, luchaba contra los deseos de su cuerpo y de su alma, que llamaban a Baptiste con todas sus fuerzas. ¡Si tú supieras, Emma! Pero eres demasiado joven para comprenderlo y ruego al cielo que aleje de tu camino semejantes tormentos. Me ponía de rodillas e imploraba a Dios que lo devolviera a Rosa, un segundo, solo un instante, una insignificancia.

Y decir que Baptiste podría haber cambiado su vida de mujer color de noche... Cuando pienso en ello, ay, cuando pienso en ello... Mattie sacudía, llena de dolor, la cabeza.

En Grand-Lagon, cuando se dieron cuenta de que Baptiste iba por los caminos como un viejo negro de los bosques, sin objetivo y sin nada que lo sujetara, cuando se dieron cuenta de que desde entonces era como un perro sin dueño, de que había olvidado hasta el camino que conducía a la casa de Rosa, lo festejaron a fondo... ¡Rosa se baja del pedestal! ¡Ya ha ido lo bastante de gran señora! ¿Después de todo, quién era ella para pretender conservar a un hombre? Nada más que una mujer de piel azul, con una piel sin una onza de luz, para quien la existencia solo debe consistir en soñar. Eso era lo que pensaba la gente. Contra eso debemos luchar desde el principio del tiempo.

Me gustaría que me respondieses, me rogó otra vez Emma. ¿No pensaban lo mismo cuando rechazaron mi tesis? ¿Por quién se toman para pretender escribir por su cuenta la historia? ¿Qué quieren probar? ¿Con qué derecho?

Miró con el rabillo del ojo al doctor MacLeod y se aclaró la voz durante un rato antes de proseguir con su relato.

—En el mercado, cuando las cotillas veían a Rosa, empezaban a reírse

sarcásticamente y a cuchichear que fulana había visto a Baptiste, por aquí o por allá, con los pantalones medio caídos. Salía de la casa de Corinne, Nella o María. Se había vuelto igual que los demás, concluían con regodeo.

Con Mattie comencé a comprender nuestra historia y lo que había ocurrido a bordo de los barcos negreros. Temblando, me confiaba los episodios de la vida de tal o cual mujer que relacionaba, como lo habían hecho otras antes, con los tormentos heredados de la caña. Pero, tras dejar a Mattie, mi sed de comprender se hizo aún más fuerte. Indagué en los libros. He indagado tanto; Flora, si supieras cuánto he podido leer. He indagado durante años enteros, para descubrir la fuente del horror y del odio. Los libros me volvían loca, créeme. A pesar de todo quería devanarme los sesos para hundirme en ellos. Mientras trabajaba en mi tesis con la que se limpiaron el culo, había noches seguidas en las que me era imposible conciliar el sueño. Me iba a pasear mi rabia de negra por las calles, a los muelles de Nantes, de Burdeos, de la Rochelle. Paraba a la gente que pasaba por la calle, que eran sobre todo borrachos, para preguntarles si sabían cuánta azúcar, cuánta sangre, cuántos esclavos, cuánta leche de negra habían hecho falta para construir una sola ciudad de Europa.

Emma hablaba con los ojos cerrados, como si quisiera amortiguar las palabras que pronunciaba, y su voz se desplegaba, su cuerpo se vaciaba de las imágenes surgidas del fondo de una memoria antigua, palabras extraídas de los archivos enterrados en sus entrañas.

—Un día, te hablaré con detalle de los barcos negreros, me prometió. Otro día. Entonces comprenderás, comprenderás todo. Todo se escribió en sus bodegas, en las ondulaciones del mar, en el viento saturado de sal y en el olor a sangre. Un olor nauseabundo, presente por todas partes pero que la gente finge no reconocer ya, sigue envolviendo la isla. Demasiada sangre, tanta sangre, se lamenta. Éramos más de cien mil, doscientos mil, trescientos mil. Corrientes de sangre, regueros de sangre, ríos y océanos de sangre. Nuestra historia está escrita con sangre y chapotaremos en la sangre durante toda la eternidad.

En ese punto del relato, Emma parecía tan extenuada que el propio doctor MacLeod intervino para poner fin a la sesión. Sin protestar, nos dejó despedirnos de ella. Se sentía tan débil que aceptó agarrarse de mi brazo para regresar a la cama.

Hoy, Emma, retoma el relato donde se quedó dos días antes, como si nunca lo hubiera dejado.

—Mattie profesaba un culto sin fisuras a la memoria y a los sueños, igual que el culto que se profesa a las divinidades. Para ella todo era material memorable, una manera, parece, de no perder el hilo de la vida y de guardar en mí sus recuerdos, los de la abuela Rosa, todo lo que sabía de ella, su vida, las vidas de las demás, las que la precedieron y me precedieron.

Incluso cuando la memoria solo destila hiel, decía Mattie, hay que saber mantenerla. La memoria es a veces borrasca, resaca, arena que nos engulle. Pero también es la rama a la que nos agarramos cuando las mareas son demasiado fuertes.

Mattie había cogido la costumbre de abrirme las ventanas de sus sueños. Es lo que decía cuando decidía contármelos.

—Un sueño nunca viene solo, pequeña. Nunca viene por casualidad como un animal que se desorienta y se pierde. El sueño nos es enviado. Es una clave que nos dan para colocar todos nuestros pedazos en su sitio. La vida nos corta en pedacitos, pero si nos damos un tiempo para buscar en nuestros sueños, podemos encontrar hasta las migas. No te olvides, Emma, de que las que ya no están a nuestro lado conocen todos los pliegues y repliegues de nuestro sufrimiento. Acuden a nuestros sueños para ayudarnos a encontrar los pedazos desparramados.

A menudo me ocurre que no comprendo las palabras de Mattie. Pero le contaba todos los sueños en los que Fifie me besaba hasta hacerme fundirme con ella, ser ella. Le contaba mi gran sueño con exactitud, aquel en el que la tierra se abría y me tragaba. Su voz se quebró y se estremeció al responderme.

—¡Te lo tengo que decir, pequeña, ese gran sueño me inquieta, me inquieta terriblemente!

—¿Es que ese sueño es demasiado grande para mí, Mattie?

Me dio la impresión de que reflexionaba un instante, luego continuó:

—Los sueños en los que todo es destruido me dan miedo, Emma. Necesitamos algo a lo que agarrarnos. Nos han destruido tantas veces, en los barcos negreros, en los campos. Tenemos que luchar, Emma, para desafiar al aniquilamiento, luchar incansablemente para conservar nuestras almas. En ese sueño, destruyes todo. No te planteas la supervivencia. Es un sueño de tempestades, de grandes vientos y de enfrentamientos. Un sueño en el que veo mucha sangre. ¿Dónde te vas a refugiar, pequeña? No veo dónde.

Pronunció aquellas palabras en un tono tan serio que me estremecí.

Supe por Mattie que, cuando la abuela Rosa dejó Grand-Lagon, Fifie y Grazie se negaron a seguirla.

Mattie dijo en primer lugar, que nunca había comprendido sus motivos, luego confesó con tristeza: fue para estar lejos de su madre, de su piel de noche. La destrucción es eso, ¿te das cuenta? Cuando tu propia carne se siente obligada a rechazarte para saber que existe.

Cuando Baptiste se marchó para siempre, Fifie y Grazie tenían doce años. ¡Ay, si supieras, Emma, todos los caminos de miseria por los que pasó Rosa con ellas! Grazie la miró fijamente un día con sus ojos de oro fundido, luego escupió en el suelo: «¿Cómo es posible que una mujer de piel azul haya podido traer al mundo a una niña como yo?». Día tras día Rosa se devanaba los sesos, ¿cómo había podido producirse, por qué ella? ¿Cuál de sus antepasadas había sido manchada por algún demonio blanco en celo, y en qué infierno? ¿el de la caña, el del algodón o el del café? ¿Por qué su vientre vomitaba semejante insulto tantos años después? Un insulto doble, puesto que eran dos. Adonde quiera que mirase en la casa, daba con sus ojos de oro fundido. Era alucinante, ni siquiera llegaba a distinguir a una de otra. Ellas

adivinaban su tormento y actuaban con la intención de atormentarla doblemente.

Cinco años después de que Baptiste se hubiera marchado, Rosa había descubierto todo, había aprendido todo sobre el sufrimiento. Pero luchó, proseguía Mattie, que cerraba los párpados con fuerza y hacía pequeños gestos con la mano, como para ahuyentar los malos recuerdos. Había acabado por colocar en su sitio algunos retazos. Una mañana, cortó la cuerda. Se marchó de Grand-Lagon.

Los años transcurrían sin noticias de sus hijas. Solo le llegaban rumores. Supo que el alma y las manos de todos los negros de pies empolvados de la isla estaban ocupadas por los cuerpos de Grazie y Fifie.

Hacían cola día y noche para ir a su encuentro. Sin pronunciar una palabra, se tumbaban, sumisas ante todos los que entraban a la casa de Baptiste, su padre, la casa construida con sus manos en la época en que ellas transformaban en impetuosa felicidad todo lo que sobre ellas se posaba.

Fifie y Grazie no sabían cómo vivir en el interior de esa piel del revés. No estaban amarradas a ningún cabo, flotaban, no estaban estibadas en ningún muelle. Así que ofrecían aquella piel a cualquiera que se les acercaba, una piel que era un envoltorio sin alma. Fifie fue golpeada por partida doble. La altivez de ambas, su arrogancia, su vanidad, fueron aniquiladas por ti, Emma, consumidas por tu sangre, la sangre más negra, del más puro alquitrán, infiltrada en las venas de tu madre por uno de esos patanes.

Te cuento todo esto, Emma, porque es la verdad, concluyó Mattie, pero no sabría explicarte por qué las cosas han sido así. ¡Ay, mi pequeña Emma! Esos tiempos de vergüenza, confusión y humillación estuvieron a punto de derrotar a mi Rosa. Iba como un árbol arrancado sin contemplaciones, un árbol traspasado hasta las raíces por el viento. La gente cuchicheaba a sus espaldas. Cada uno tenía sus teorías. Luego, una noche —eso me contó— tres mujeres fueron a visitarla. Eran Cécile, la eterna cimarrona; Béa, la madre de su Baptiste; y Kilima, la primera de su estirpe, es decir, la primera de todos nuestros antepasados que llegó a la isla.

—¿De dónde venían esas mujeres, Mattie? ¿No habían muerto hace siglos?, puntualicé.

Mattie nunca decía que las mujeres que habían hecho el gran viaje, habían muerto, sino que habían caído, lo cual era una manera de decir que no aceptaba su ausencia o su derrota, porque, para Mattie, una mujer es una guerrera. Una guerrera no muere. Tiene la obligación de levantarse otra vez para proseguir el combate. Mattie tenía un repertorio impresionante de cuentos en los que las guerreras se levantaban siempre y se apropiaban de los pies y las piernas de las recién nacidas, para caminar. Por eso las mujeres volvían a llevar los nombres de las que habían caído, igual que se recuperan los secretos, igual que se vuelven a aprovechar los viejos vestidos. Por eso, Fifie me llamó Emma, que era el nombre de su abuela.

—En una empalizada, las nuevas estacas siempre se apoyan en las viejas, proseguía Mattie, para hacerme comprender que nosotras, las negras, cuando

morimos, no podemos irnos para siempre. No tenemos derecho, decía, porque las que quedan siguen necesitándonos. ¿No sabes que en los barcos, nos cogíamos de la mano para lanzarnos a las olas y escapar de las cadenas?

—Pero Fifie nunca volverá a buscarme, ni siquiera después de morir.

—¿Y quién eres tú para pretender saberlo todo?

Mattie había empleado en su respuesta un tono, una voz desconocida. Le molestaba, creo, que yo no comprendiera que Fifie también había sido arrollada por la misma rueda, triturada, como yo, por el mismo engranaje.

Aquellas mujeres se situaron en torno a Rosa. Las tres llevaban vestidos blancos resplandecientes. Sus cabellos de nieve dibujaban aureolas de color lila en torno a sus rostros. Era a la vez tan extraño y tan hermoso, me contaba tu abuela. No tuvo miedo. Les preguntó simplemente de dónde venían. «Has de saber por qué hemos venido», le respondió Kilima.

Estaban en medio del océano. Tras ellas se perfilaban las altas montañas de La Selle y los Gabiones. Una tras otra rociaron a tu abuela con agua y le dijeron: «Una negra que se deja arrebatarse el alma no es una negra, Rosa. ¡Es una mujer arrodillada! ¡Levántate! ¡Te lo pedimos! ¿Con qué fuerzas volverás a emprender el camino de Guinea? ¿Sabes cuántas encrucijadas te quedan por atravesar, cuántos ríos tienes que cruzar todavía? Es imposible contarlos. Levántate, Rosa Guinea, le volvieron a ordenar. No tenemos por costumbre venir a buscar a las que dejan que la vida las desposea de sus almas». De pronto Cécile se elevó por los aires. No tenía pies. Mostró sus brazos a Rosa. Tampoco tenía manos. Aleteaba con sus cuatro muñones. Fue entonces cuando tu abuela se acordó de la historia de Cécile, una negra bantú, Cécile, la cimarrona de siempre, la cimarrona eterna.

Aquella noche remonté el tiempo con tu abuela. Pero te lo contaré en otra ocasión, me dijo Mattie aquel día. No te olvides de que una negra que habla demasiado, hace tanto ruido como una nube en el cielo. Así era como cerraba Mattie todas las tardes el libro mayor de las mujeres llegadas del país de Guinea.

Así fue cómo a partir de aquel sueño Rosa puso término a su deriva. Rosa regaló al océano el inmenso desamparo que acarrearía por todas partes. No era cuestión de morir. Se mantenía de pie en la vida. Metió la muerte bajo el colchón diciéndole que esperase a que terminara su vestido blanco resplandeciente para emprender el camino, que esperase a que me hubiera enseñado todo sobre la vida, para que yo pudiera transmitirte.

Kilima

Del mismo modo que Emma tuvo que esperar a que Mattie continuara con su relato, el doctor MacLeod y yo, tuvimos que aguardar durante más de una semana a que Emma se pusiera a hablar de nuevo. Cuando nos presentábamos en su habitación, permanecía echada, con las mantas hasta la barbilla, sin respondernos, sin siquiera abrir los ojos. Una sola vez abrió la boca para decirnos con un suspiro:

—¡Largaos, carroñeros!

Me quedé pasmada. El doctor MacLeod me tranquilizó:

—No se preocupe, Flore. Esto no durará.

Efectivamente, hoy fresca y dispuesta, Emma retoma su relato como de costumbre, en el punto en que lo había dejado, lo cual no deja de sorprender al médico.

—Así que es por Mattie, precisa Emma, por quien debo conocer el destino de las mujeres de mi linaje, la vida de Kilima, mi antepasada bantú, la de Cécile, que no pertenecía al mismo clan pero que le había servido de madre a Kilima cuando, aún niña, llegó a la plantación Conde, en la isla de Santo Domingo. Kilima trajo al mundo a Emma, cuyo nombre llevo, luego llegó Rosa, después otra Emma, seguidamente otra Rosa, mi abuela cuya historia ya conoces.

Yo describía a Mattie un universo que nunca había conocido: la vida en los libros de papel, como ella decía: «Hoy se puede engañar al destino con la cultura; en mis tiempos ni siquiera se podía hacer eso». Mattie me animaba a proseguir mis estudios. Tenía tantos sueños para mí. A veces, cuando hacía los deberes, permanecía sentada en una banqueta observándome durante horas. Abría mis libros y contemplaba las letras como si fueran imágenes.

Por lo menos con Mattie la vida era menos amarga. Me ponía a esperar que sus sueños dieran fruto, que el camino ante mí se ensanchara un poco más que para mi abuela Rosa. Soñaba con los ojos bien abiertos y, sin saber por qué, la desesperación me sofocaba, me helaba todo el cuerpo por dentro. El miedo se deslizaba bajo mis párpados por las noches. Temía que llegase el día en que me vería obligada a dejar a Mattie para aventurarme sola en la vida. «No sería justo retenerte, Emma, insistía Mattie, tienes que ir por delante del destino, precederlo, no lo olvides». Pero ya se sabe que el destino siempre se rige según su propia voluntad. Ya me había robado a *Tonnerre*. Fue una tarde al volver de la escuela, lo encontré en la galería. Sorprendida de no verlo lanzarse sobre mí, me arrodillé para besarlo. Estaba tieso como un tronco de árbol. La lengua le colgaba como un calcetín húmedo, las moscas se daban el festín en torno a él. Fue la primera vez que lloré de verdad. Las lágrimas salían de mí para hundirse en el pelo del animal al que intentaba levantar sin éxito. No gritaba, lloraba sin ruido. Mattie me dejó que hiciera lo que quisiera, luego, de noche, me ayudó a cavar una tumba. Todavía me despierto sobresaltada porque de repente huelo su fiero olor de perro.

Terminé muy pronto mis estudios y conseguí una beca tras haber pasado un año en la capital, en la facultad de Etnología. Todos los fines de semana iba a ver a Mattie. Sin embargo, un día, tuve que dejarla. La beca iba a permitirme marcharme para continuar mis estudios en países lejanos, como decía ella, tan contenta. Elegí Francia, un país con el que no tenía ningún vínculo en particular salvo que la Historia había querido que estudiase en su lengua. Sin embargo, mi proyecto iba cobrando forma en mi pensamiento: explorar las rutas que siguieron antaño los grandes navíos.

Mattie me había enseñado una canción llegada del otro lado del océano, y que las mujeres habían rescatado de las bodegas de los barcos negreros:

Kilima changu kidogo, mi pequeña colina
Situ changu kidogo, mi cosita
Mtoto mdogo, mi niñita
Inakua usiku, la noche se acerca
Wewe malayika wangu, mi ángel guardián.

Me llevé conmigo su canción.

Esta mañana Emma se ha vuelto a poner su blusa lila de popelina. Su piel parece más azul que nunca.

—No he pegado ojo en toda la noche, me confiesa, pero, aunque me sienta cansada, hoy tengo que hablarte de Kilima.

Estamos en julio, comienza Emma, llueve menos y hace mucho calor. Es de noche, pero hace demasiado calor para acostarse. La noche crepita y achicharra tanto como el día. Salen chispas de la canícula que, durante todo el día, no ha dejado de pegar. Allá, en la colina, el viento doblega los árboles que recitan sus oraciones. Las noches de verano son tan largas. Para engañarlas, se las llena de secretos y palabras. Las noches son los antiguos libros de la memoria. Comienzan cuando el sol se hunde tras las colinas, cuando todo se sosiega y nos llega la voz libre de un banjo o de una armónica. En cuanto de lejos empieza a sonar la voz del tambor, me aprieto contra Mattie. Siento su carne lisa en el antebrazo. Entonces me acurruco todavía más en su regazo. Tengo la impresión de que acaricio mi brazo, de que toco una parte de mi propia carne. La voz de los tambores resuena como una llamada desde lo alto de las montañas para que las mujeres caídas empuñen sus armas. Las oigo avanzar.

En la penumbra veo cómo Mattie pasa la lengua por sus labios resecos. Tengo trece años, pero soy tan pequeña que Mattie aún me sienta en sus rodillas para hacerme trenzas en el pelo. Aunque las trenzas sean perfectas, con los mechoncitos sabiamente pegados unos a otros, ella los deshace todas las tardes, los tornea entre el pulgar y el índice antes de volverlos a trenzar. Unas veces sigue el mismo trazado, otras dibuja un recorrido diferente. Mattie habla, mientras mueve los dedos y se

humedece los labios. Conoce la vida de todas las mujeres del barrio. Puede pasarse noches enteras relatando. Compadece a aquellas cuyas almas han permanecido prisioneras. Las que no saben protegerse, las que no saben vivir como cimarronas, se dejan despojar de todo.

—Pueden encarcelar tu cuerpo, pequeña, me dice, tirándome de las trenzas como si fueran la brida de un caballo, pero prométeme que tu alma siempre será libre como un pájaro. Puedes lanzarla a las nubes, posarla en la rama más alta, en el pico más elevado de las montañas y oírla hablarte desde cualquier parte cuando estás sola. Hay demasiadas mujeres que ignoran que tienen alma. Cuando valoramos al cuerpo tan poco como al polvo del camino en el que escupimos, dime, pequeña, estoy segura, de que sabes tan bien como yo, a pesar de tu corta edad, que cuando eso nos sucede, cuando los ojos no pueden retener las lágrimas, pues sí, el alma se va, se va con las lágrimas, nos deja como se van los aluviones. Entonces caminamos como zombis, con la locura en la mirada y en el vientre.

La sesión de peluquería es un ritual que precede a la noche. Es también la hora de la lección con Mattie. Repito sin descanso: la primera se llamaba Kilima, la arrancaron de su madre Malayika, luego la vendieron a los negreros. Trajo al mundo a Emma en la isla, luego Emma a Rosa, seguidamente llegó Fifie y luego otra vez Emma. Y por mis venas corre la misma sangre.

El calor es húmedo. Nos envuelve, respiro como en un caparazón. Mattie habla, cuenta las mismas historias de las mujeres que, a fuerza de sufrimiento, pierden sus almas y se transforman en seres errantes. Una de ellas, Célanie, iba dando tumbos, errática, como una hormiga loca.

—Pues bien, dice Mattie, un día, Célanie encontró un caballo, un bonito caballo blanco. Solo tenía dos patas, pero sus cascos hacían el mismo ruido que los que tienen cuatro, ya sabes: cataclán, cataclán... Y en un segundo, Célanie, que no tenía recuerdos, saltó a la grupa y el caballo se la llevó. Nunca más se supo de ella. Espero unos minutos y luego pregunto a Mattie cómo se pueden distinguir los caballos que tienen dos patas de los que tienen cuatro, si hacen el mismo ruido al galopar.

—Basta con que dejemos mirar al alma, mi niña. Solo ella conoce la verdad.

Mientras habla, Mattie balancea lentamente, cerca de su rostro, un cartón cuadrado. En Moussambé, la lluvia nunca consigue alejar el calor.

Cuando Mattie se pone a relatar, explica Emma, deja pausas muy largas, como si se empeñase en elegir con cuidado entre los recuerdos que se despliegan en su memoria. Entonces, imagino que, sencillamente, Emma intenta indicarme que, con su ritmo lento, sus titubeos, escoge también las palabras con cuidado en el vaivén de la historia que revive sin cesar.

—¿Hay algo peor, Emma, que un cuerpo de mujer sin memoria?, me pregunta Mattie aquella tarde. Pequeña, pronto me voy a ir, pero, después, transmitirás estos recuerdos.

Como hago un gesto de protesta, ella me detiene poniéndome la mano en la boca.

Hunde sus ojos grises en los míos, dos pequeñas hendiduras en cuyo fondo brillan las pupilas, como dos ascuas.

Todo empezó con Kilima, comienza entonces Mattie. Kilima, ese era el nombre de nuestra antepasada, la primera de nuestras ascendientes traída por los negreros. Kilima, en swahili, significa montaña. Con ese nombre la bautizaron las abuelas del clan el día en que vio la luz. El único recuerdo que conservó de su vida pasada fue la voz de su madre, Malayika, una voz, como la mordedura de un animal cuyo veneno se infiltró en ella. La voz de su madre, gritando en la arena, mientras el barco negrero surca las aguas, hendiendo el límpido azul del océano. Se aleja llevando en sus flancos una carga de madera de ébano y, entre ella, a Kilima. El barco se va y Malayika grita, se desgañita el alma en la arena.

En swahili, Malayika significa ángel guardián.

¿Puede alguien lanzar semejante grito y seguir vivo, mi niña?

—No, Mattie.

—Cierto. No se puede dar semejante grito y seguir viva, se decía la niña Kilima. Seguro que su madre expulsó el alma con su grito. No le cabía duda alguna, la voz que había echado raíces en ella, era el alma de su madre. Había abandonado el cuerpo en la arena para acompañarla.

La travesía, implacable, en aquel barco negrero solo era un clamor continuo, un mugido horrible que subía de la mazmorra del navío y que solo escuchaba el océano. Acurrucada en un rincón de la cala, Kilima se dejaba acunar por el chapoteo del agua mientras que la voz que únicamente ella oía le susurraba que solo era el primero de los largos viajes de miseria.

A la mañana siguiente de su llegada a la isla, el conde, un hombrecillo de baja estatura, la bautizó. Le derramó una jarra de agua fría en la cabeza, y le propinó dos sonoras bofetadas en las mejillas, señalando la piel malva de su cara, como era costumbre, gritándole que repitiera tres veces: Rosa, Rosa, Rosa. En aquel momento, una negra nube se abatió sobre Kilima. Se tragó la lengua, y juró no volver a pronunciar una palabra en presencia de un hombre, durante el tiempo que le quedara de esclavitud. Y nunca respondía cuando la llamaban con ese nuevo nombre.

Único amo a bordo, el conde no se preocupaba por la presencia de un cura. Él mismo bautizaba a sus esclavos. Con nombres breves, fáciles de memorizar. Nombres que podía gritar de una vez, una o dos sílabas escupidas como huesos, que restallaban como latigazos: Lea, Rosa, Tom, Jim, Betty, Sara, Paul, Béa, Zabeth...

Kilima llevó durante mucho tiempo en su piel mate, deslustrada por los malos tratos y la pena que la consumía, la marca de los cinco dedos del conde. Aquella misma semana hizo que marcaran con hierro candente en la mejilla izquierda, una C, la de la palabra «conde», como una luna creciente.

El chisme que se colaba de las plantaciones vecinas, contaba que el famoso conde no era en realidad más que un vulgar asesino, procedente de las cárceles de la

metrópoli francesa. Los blancos de Francia se habían apoderado de la isla para apropiarse de todo lo que en ella había. De regreso, soltaban por brazadas todo lo podrido que había en su país. Y dicha carroña se puso a crecer en el vientre de las mujeres que traían en barcos de las tierras situadas al otro lado del océano. Durante la travesía, que no se sabe cuántos meses duraba, los marineros se emborrachaban, luego bajaban a las calas y yacían con las mujeres sin siquiera quitarles las cadenas.

Todo esto es muy complicado, pequeña Emma, suspiraba Mattie. Pero es necesario que lo sepas porque así empezó todo. En cuanto los barcos atracaban, recién retirados los grilletes de los pies de los negros y las negras, se les enviaba a los campos. Y en ellos, los blancos, los negros, los menos blancos y los menos negros, todos se arrojaban sobre las mujeres de color de noche, sin preguntarles su opinión, como si bebieran agua del río para aplacar la sed.

Intento consolarme a veces diciéndome que aquella época fue un accidente. Porque los accidentes, las desgracias, y todas las calamidades que se abaten sobre los cristianos vivos, no hacen sonar el tambor para anunciarse. Pero cuando se trata de un accidente, o bien se sale adelante o se muere. No hemos muerto, es verdad, pero nos hemos quedado lisiadas de por vida.

Las nuevas tierras ricas que los blancos llamaban colonias albergaban bajo su apariencia de paraíso tantos y tantos horrores que ellas mismas no podían ser sino accidentes. El buen Dios no supo evitar los accidentes al crear el mundo, porque ¿acaso no es cierto que fuimos catapultadas al mismísimo corazón del infierno?

Así hablaban las mujeres de antaño, nuestras antepasadas, todas las que aprendieron a no conservar de los lugares más que su huella en la planta de los pies, y a mantener en los confines del corazón los malos recuerdos.

Mattie decía también que no debíamos dejar de mantener a raya la obscenidad que conlleva el sufrimiento. Por desgracia, me doy cuenta de que lo obsceno nos asedia demasiado a menudo, nos despoja de lo más precioso y humano que puede haber en el sufrimiento, nos transforma en carroñeros inmundos, nos obliga a meter la mano entera en la llaga. ¿Acaso no es lo que estoy haciendo, Flore?

Parecía que me preguntaba con la mirada y como no obtenía respuesta, añadió:

—Me gustaría escapar a lo obsceno, pero el sufrimiento y lo obsceno suelen ir juntos, Flore. Lo siento, suelen ir juntos. Exhala un inmenso suspiro y, otra vez, endereza el torso antes de volver a sumergirse en el relato:

—Emma, añadía Mattie, eres la última de la estirpe, de las hijas y las nietas de Kilima. Fifie, tu madre, es la penúltima y tú, la última. Después de ti no habrá nadie.

—¿Cómo lo sabes?, le pregunté inquieta.

—No lo sé, pequeña. No lo sé, repetía Mattie, visiblemente alterada también. No creo que me equivoque. No tendrás a nadie a quien dar el relevo. Pero, antes, eliminarás toda la hiel que corre por nuestras venas. Como en un sueño muy antiguo, repetirás los gestos de las mujeres del clan. Los gestos que hacían para poner a sus

hijos a buen recaudo de los grilletes que los asfixiaban en las calas de los barcos negreros y en los campos de caña. No tengo claras todas esas cosas. Dentro de mí hay una especie de nube malva que emborriona todo. Perdóname, hija, pero a veces tengo malos presagios. Es por tus sueños de tempestades y ventiscas. Tus sueños me inquietan.

La última gota de sangre del clan de Kilima, deportada al Nuevo Mundo, se extinguirá contigo, como un ojo que se cierra. Se extinguirá contigo, mi niña, repetía suavemente Mattie, aquella noche, como para convencerse de lo que le parecía demasiado evidente. Se extinguirá con gran estrépito.

—¿Qué sucede con la sangre cuando morimos, Flore? Me pregunta Emma, que, de pronto, parece que se da cuenta de mi presencia.

Me encojo de hombros. Una vez más, no sé qué decir. Últimamente, Emma no manifiesta ninguna agresividad conmigo. Me sonrío con tristeza cuando llego, me ofrece una silla, me ayuda a instalarme. En cuanto al doctor MacLeod, ha dejado de existir para ella. A veces, lee un poema que ha escrito durante la noche. Largos textos, llenos de alaridos, gritos y cuerpos de niños, de sirenas, de navíos que zarpan, de cuerpos de ébano asesinados y despedazados.

—Algo me dice que la sangre, continúa sin esperar mi respuesta, abandona el cuerpo a grandes borbotones amargos, penetra con cólera en las entrañas de la tierra para reencontrar el camino del que la han desviado. Cuando todo acabe, mi sangre irá a reunirse con la de Kilima, la de Rosa, la de la Emma que me precedió y con la de las demás.

En la hacienda Conde decían que Kilima estaba loca.

—Esta Kilima está loca de atar. Y, creedme, para curarla, habría que atarla al pie de un árbol del pan y dejar que sus frutos la derriben. Eso es. ¡Que le entren en la cabeza para hacerle que suelte la lengua y todos los diablos que ha traído de la sabana!

—Te prohíbo que hables así, Canot. ¿De qué vertedero has salido, canalla?

De un salto, la mujer que se expresa de ese modo se levanta y, haciendo aspavientos, alza la voz.

Tengo la impresión de que estoy asistiendo a una representación, a una obra de teatro, en la que Emma desempeña todos los papeles, porque se levanta y empieza a imitar a todos los personajes con gestos ampulosos y febriles.

—Pero ¿qué maldición pesa sobre todos vosotros en esta plantación?

La voz cortante, sobresalta al hombre que no se esperaba una salida tan fuerte. Con aspecto sorprendido, se rasca la cabeza.

—Cécile, no hay por qué tolerar a una salvaje como esta, continúa. Nunca se lava. Su pelo parece un hormiguero y... dicen que lleva un cuchillo oculto bajo el

chaquetón...

—¡Así que has descubierto que lleva un cuchillo bajo el chaquetón! Muy bien. Pues, dime, ¿cómo te has dado cuenta de que esconde un cuchillo? En adelante llevará un sable, date por enterado: hombre precavido vale por dos.

Con el mentón recogido, el hombre da vueltas y vueltas en sus manos de dedos retorcidos como garras a un viejo panamá agujereado, como si las palabras que busca se encontrasen en la paja que arruga nerviosamente. Abre y cierra la boca como un pez. Canot, el intendente del conde, vino al mundo en la isla, hijo de un colono y una esclava de la plantación Piessis. Durante mucho tiempo fue el hombre de confianza del conde, pero dejó de ser santo de su devoción cuando empezaron a decir que había embarazado a una de sus hijas, la pequeña, de catorce años. Canot rumia su acritud y se deja llevar por ella.

Embriagadas por el sol excesivo y los olores, en la chicharrera que cae sobre la plantación, las moscas se arremolinan, chocan unas con otras y ensordecen el aire con su zumbido. Atado a la haya, el caballo de Canot, impaciente, sacude la cabeza y da la impresión de que lo llama. Canot le acaricia la grupa con suavidad: «Ya, ya, bonito, ya nos vamos».

Pero Cécile se planta ante Canot y le amenaza con el puño.

—¿Te das cuenta, Canot, de que si fuéramos animales nos tratarían mejor?

Con un gesto instintivo, el hombre retrocede y mete la cabeza entre los hombros. Cécile se le acerca:

—¡Ay, si alguna vez me entero de que un hombre de esta plantación le toca un solo pelo a Kilima! ¡Juro setenta y siete veces sobre la cabeza de la que me llevó en sus entrañas, que el precioso bien que el Buen Dios le dio en herencia, se lo corto y se lo echo a los perros!

Con los puños en las caderas, se pega a él y percibe el olor a tabaco, del polvo con el que se atiborra las narices durante todo el día.

—Ahora, se os ve, continúa Cécile, más reyes que los reyes, más blancos que los blancos, ¿por qué no? Es eso, queréis hincarle el diente, ¿no es cierto?

Un gemido de cólera apenas perceptible sacude su voz.

—¿No te da vergüenza, Canot? ¡Es verdad, me olvidaba de los de tu especie, de los que tenéis la piel hecha para engañar a la noche, blancos malogrados, negros malogrados! ¡Es cierto que los de tu especie no saben lo que es la honra ni la razón!

—Sabes muy bien que no soy yo, Cécile, gimotea el hombre, ni siquiera la veo.

—¡Señor Dios, prosigue la mujer, ven a socorrerme, si no, me voy a volver completamente loca!

Con la espuma asomándole por la boca, toma aire a grandes bocanadas. Una vena le palpita, como una serpiente que se le hubiera introducido en la garganta.

—¿Es que la Kilima no hace el trabajo como se lo mandan? Nunca he visto otra negra más fuerte en la labor. ¿Por qué no la dejáis en paz, bandada de buitres? ¿No sabéis que se sigue chupando el dedo cuando duerme y que todavía su nariz está

perlada de leche? ¡Y además, joder, por mil demonios, si vuestra cosa no se contenta con lo que le ofrecen las demás mujeres de la plantación, metedla en el hocico de los perros! ¿Te enteras, Canot?, dales mi consejo a tus negros en celo. Eso es, ofrecedle a los perros vuestra herramienta de miseria. Hacedlo con las vacas, con los caballos, con las mulas o, que un rayo me parta, ¡arregláoslas para daros por el culo unos a otros, atajo de bichos!

Gira sobre ella misma con tanto brío que se le cae la pañoleta, dejando al descubierto un amasijo de trenzas grises. Canot se precipita a sus pies para recogerla. Ella le propina una coza, un golpe de caderas tan anchas como un aro de tonel, que manda a su superior a rodar por la hierba; luego, con paso decidido, sube por el camino, de vuelta a su cabaña.

La hacienda Conde no contaba con menos de ciento cincuenta esclavos. Cécile, que era a la vez intendente en la casa principal, comadrona, enfermera y confidente para un gran número de mujeres, sabía todo acerca de las plantas que calman los dolores del cuerpo y tenía las palabras justas para apaciguar los del corazón. La noche que siguió al bautismo de Kilima, entró en la cabaña que habían asignado a la niña recién llegada y la encontró postrada como una muerta. Tenía los ojos desorbitados y le temblaba todo el cuerpo. Cécile la envolvió en su estera y la llevó a su cabaña. Una vez allí, le aplicó compresas de abrotano y de lengua de gato en la frente, le dio a beber, metiéndole una cuchara entre los dientes, una mezcla de jarabe seco y café. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!, los gemidos de la pequeña le habían metido la fiebre en la sangre. Aquella noche fue particularmente sentida para Cécile, que revivió su bautismo y el de su hija Tamu, quince años antes.

Ella pertenecía, por entonces, a la hacienda Piessis, una de las más vastas y prósperas de la Plaine du Nord. Pasó doce años en ella y luego la vendieron al conde. La bautizó el cura. Daba bofetadas en las mejillas, luego, con sus gruesas garras velludas como mías, pellizcaba el trasero y los pechos de las negras. El olor repulsivo que le precedía, incierta mezcla de alcohol, sudor y orina, todavía le producía náuseas, incluso después de tantos años.

Sin dejar de echar pestes contra Canot y de maldecirlo, se dirige con sus andares firmes hacia las chozas de paja en el fondo del jardín.

—¿De qué Dios hablan estos blancos, alguien me lo puede decir? ¡Espíritus del viento, se pone a rezar levantando los brazos, que viajáis por todas partes, que atravesáis los bosque, montañas, valles, ríos y océanos, preguntadle a nuestros dioses, allá donde estén, si saben algo al respecto! Decidles que por piedad nos iluminen. Preguntadles por qué nos han abandonado. Y los hombres que han hecho el viaje con nosotras, ni siquiera pueden protegernos. ¿Qué clase de veneno tan fuerte les han dado de beber? ¡Acaso no nos hemos vuelto presas para ellos también, solo buenas para recibir su cosa con la que nos persiguen por los campos, durante el día y hasta lo más profundo de las chozas por la noche! Para marcarlos con fuego les han dicho que solo son animales y ellos han acabado por creérselo.

Un gemido salvaje le eleva el pecho mientras acelera el paso. Vuelve a pensar en Tamu, su tierna niña. Apenas había cumplido doce años, su Tamu, con sus pequeños senos como dos flores de granada, con la misma edad que Kilima, cuando la forzaron a aparearse con el negrazo de Eloy. ¡Dos hijos le hizo de una vez, el viejo mastodonte! Dos negritos con ojos de pescado podrido que se deslizaron del vientre de Tamu. ¡Señor misericordioso! Cécile intenta ahogar los sollozos.

—¿Cuántas lágrimas tendría que derramar todavía, Señor? Se ha ido, mi Tamu. Estos demonios como pescados podridos, le han roído las entrañas. Al volver a la choza, después de todo un día trabajando como un animal, encontré a mi Tamu...

Cécile se traga una vez más las lágrimas...

—Ah, Señor, te lo juro, a ti de quien dicen que eres el Buen Dios de esta nueva tierra sobre la que nos han arrojado como si fuéramos puercos, escúchame, porque mis dioses están demasiado lejos. Si alguna vez un hombre, sea quien sea, le toca un solo pelo a la pequeña Kilima, lo mato. Y luego, los mato a todos, unos tras otros, e incendio la plantación. Pagarán por el daño que hicieron a Tamu. Les daré un veneno que les pondrá a todos como a los pescados podridos que he visto salir del vientre de mi Tamu. Y no tendrás valor para cerrarme las puertas del paraíso. Eso sí que no. Bastante he trabajado en este infierno para merecerlo. Aunque tuviera las manos manchadas de sangre, tendrías que admitirme si eres justo. Los dioses de Guinea se han apiadado de mí y me han enviado a esta niña, Kilima. Es la única ilusión que me queda y siento que la quiero tanto como he querido a mi Tamu. Se supone que los recuerdos se mantienen en el corazón. ¡Ay, hija mía! Mi Tamu adorada, es en el fondo de mis entrañas donde la echo de menos, porque corazón ya no me queda. Me lo han arrancado, puesto que puedo matar, puedo matar al primero que se acerque a Kilima.

Al llegar a su choza, Cécile abre la puerta, se acerca a Kilima, que duerme, la toma en brazos y le canta en voz baja:

*Kilima changu kidogo, mi pequeña colina
Situ changu kidogo, mi cosita
Mtoto mdogo, mi niñita
Inakua usiku, la noche se acerca
Wewe malayika wangu, mi ángel guardián.*

Habían pasado casi dos años desde que Kilima llegó a la plantación. Su cara había conservado milagrosamente la redondez, y sus hoyuelos parecían más profundos. Sin embargo, sus pupilas habían perdido todo su brillo.

Cécile, que la había adoptado, había defendido su causa ante el conde, suplicándole que destinara a la niña, que parecía frágil, a los quehaceres domésticos, en la casa grande. Nada hizo flaquear al amo.

—Tu Kilima es un buen negocio, créeme, eructaba el conde. Una buena potra, la verdad. Tiene las piernas y los brazos bien macizos y me han dicho que en un abrir y cerrar de ojos empaqueta cincuenta brazadas de caña. Después de todo, no sé si es una buena idea que siga en tu choza, Cécile. No podrás conservarla eternamente bajo tus alas. ¿Es que soy el buen Dios para alimentar y dar techo a gente que no es tan útil como es debido en mi propiedad?

—No mente el nombre de Dios en vano, señor Conde. Allá en donde esté si le está oyendo, sus palabras no van a gustarle.

—Tu edad y tu calidad de anciana en esta propiedad no te confieren impunidad, Cécile, ándate con cuidado.

El conde permanecía de pie. Con sus manos se acariciaba la panza. Acababa de comer en la misma mesa en la que se apoyaba Cécile y que se afanaba en quitar. Soltó un sonoro eructo, seguido de un cloqueo animal, luego alargó el brazo como para agarrar a la mujer. Resuelta, cogió el cuchillo de servicio, cuya lamina estaba aún recubierta de grasa reluciente. La frente prominente del conde se arrugó por la sorpresa. Su enorme mandíbula, su nariz aguileña, todo su físico traicionaba a un ser insaciable, una caricatura de hombre que el poder y la codicia trasformaban en monstruo.

—Usted no me ha mandado a los campos con los demás por necesidad, le soltó ella, porque hago que la casa funcione como nadie lo haría. Pero a pesar de todos estos años pasados bajo su techo, usted no sabe absolutamente nada de mí, señor conde. Por mis venas corre la hiel más amarga. Un paso más y se enterará enseguida del valor de la hiel. Yo ya lo he visto todo, he conocido todo en esta vida, hasta el infierno bajo su techo. No busco nada, no necesito nada. Piénselo, ¿entre usted y yo, quién tiene más que perder?

La mujer volteaba ahora sus ojos blancos, un temblor convulsivo empezó a extenderse por todo su cuerpo. ¿Un arranque de sensatez? De pronto, la casa le resultó al conde, al verse solo frente a aquella mujer armada con un enorme cuchillo, inmensa y desierta. La visión siniestra de sus tripas, saliendo de su vientre blanco, de su cuerpo rajado que se disputaba una horda de negros, sustituyó a aquella otra, obsesiva, que rumiaba hacía tiempo, la de sus manos hundidas en aquella masa de color tabaco, sus dedos sobando los pechos flácidos y su sexo, forzando sin contemplaciones la petulancia de esa esclava, mucho menos vieja de lo que parecía. Le lanzó una última mirada, indescifrable. Luego, sin decir una palabra, salió velozmente de la habitación mientras se decía a sí mismo que habría que pensar en la manera de deshacerse de ella.

Hace un rato que el doctor MacLeod salió de la habitación de puntillas. Creo que Emma ni siquiera se ha percatado porque no ha interrumpido el relato. El tiempo había retrocedido hacía mucho rato y yo no existía. Emma tampoco. Kilima, Cécile, Béa deambulaban por la choza de paredes pintadas de verde.

—La noche estaba ya muy entrada cuando Cécile fue a reunirse con Kilima en la choza. Había llovido toda la tarde. El olor ácido de la paja empapada del techo inundaba la cabaña.

Como todas las noches desde hacía dos años, encontró a la muchacha hecha un ovillo en el rincón más oscuro. La niña acechaba, inmóvil, el menor ruido en el zumbido sordo y opresor del silencio. Un estertor sibilante guiaba a Cécile hacia ella. Friccionando con vigor a la niña, Cécile mascullaba:

—El buen tiempo, el mal tiempo, golpeada por las ráfagas, empapada por los aguaceros, cocida y recocida por el sol, todo la pone enferma. El trabajo extenuante en los campos no es bueno para una criatura tan delicada.

Cuando se hacía de noche, Cécile dejaba en la entrada de la choza la agitación que la acompañaba durante todo el día en la gran casa blanca y que la sublevaba, le hacía mover los brazos, agitar sus ágiles manos y correr desde el sótano al desván. En el barro, delante de la choza, enterraba hasta el día siguiente la rabia, la resistencia a la desesperación y al aniquilamiento que la desbordaba por completo. Volvía a encontrar las ganas de vivir totalmente insólitas que crecían en ella, traídas por esta niña, ahora ligada a su dolor. A fuerza de paciencia, de amor y de suaves mentiras, había acabado por abrirse un camino hasta el corazón de la niña. Algunas noches, el sueño dejaba la choza ante tantos recuerdos, tantas palabras murmuradas y secretos. Cécile extraía de los escombros de su memoria saqueada los hilos que conservaba y que tendía a Kilima y le enseñaba, noche tras noche, el hilván de la insurrección.

La voz de la mujer llegaba a la niña como si procediera de otro lugar, de otro cuerpo. Voz susurrada por el viento, cuyo espíritu no conocía ni ríos crecidos, ni altas montañas, ni selvas espesas.

Kilima changu kidogo, mi pequeña colina
Síím changu kidogo, mi cosita
Mtoto mdogo, mi niñita
Inakua usiku, la noche se acerca
Wewe malayika wangu, mi ángel guardián.

Después de friccionar a la niña y de servirle los restos de comida que traía de la casa grande, le pedía a Kilima que le dejara deshacerle las trenzas.

—Me ayuda a poner un poco de orden por dentro, mi niña, decía, llena de gratitud, golpeando su cabeza con toquécitos secos.

A veces, hundiendo su rostro en la masa crepitante del cabello despeinado de la niña, la bañaba con sus lágrimas.

—Las lágrimas de mujer son como la leche, Kilima, ángel mío. Nunca se agotan. Cuantas más se derraman, más hay. Y además son tan buenas como la leche, sabes.

La niña protestaba, huraña.

—Yo no lloraré. Nunca. Sé algo que puede alejar las lágrimas para siempre. Sé algo, madre está dentro de mí y no sé su nombre. No sé decir madre, mi lengua no conoce el nombre, así que... tal vez eso no tenga nombre.

Ella se alteraba, apretaba los puños y su mirada parecía perderse.

Kitu changu kidogo, mi cosita
Mtoto mdogo, mi niñita.

—Cálmate, mi niña, le decía Cécile. No hay que ligarse demasiado a las palabras, ni confiar demasiado en ellas. A menudo están en la boca como las motas de polvo que se ven de reojo a través de un rayo de luz. Entonces, se vuelven locas, no saben lo que dicen.

Ki'ím changu kidogo, mi cosita
Mtoto mdogo, mi niñita.

Muchas cosas se quedan en las entrañas para siempre, porque no sabemos cómo decirlas, se quedan sin nombre. Pero siguen vivas en nuestro interior. A veces, las conocemos tan bien que tenemos la impresión de que bastaría con poner el dedo para indicar el lugar exacto donde las sentimos estremecerse y arder. A veces las recordamos igual que nuestros oídos recuerdan un grito. Yo prefiero las cosas que todavía no tienen nombre, aquellas que siempre recordamos y para las que no hacen falta palabras. Así ocurre con Tamu, decía Cécile a Kilima. Su ausencia es un grito. Como la llamada de un pájaro. Eso es, se ha marchado como un pájaro, con la cabeza inclinada, como el pájaro que sacude el pico, en un último aleteo. Y ella había respirado tanto, había gritado tanto, su piel relucía de tanto y tanto sudor, y todo su pelo pegado a la cara, como un pájaro empapado. Eso es, un grito. Y ahora has llegado tú, mi niña. Ah, te prometo que no se atreverán a tocarte mientras yo siga viva.

La temporada había derramado un calor atroz en la isla. Alterados, los insectos hacían remolinos sin parar en el aire húmedo, llenándolo de un zumbido, impregnado de furor. Ni una onza de gris en el cielo azul, por todas partes el azul cegador. Solo eran las diez y parecía que el sol quería reducir a polvo las colinas que rodeaban la propiedad. Alrededor, el crepitar de las plantas secas aumentaba la angustia. La cosecha había sido mala, las lluvias poco abundantes. En la plantación, la gente estaba de un humor espantoso y además un rumor, llegado de donde nadie sabía, anunciaba que el conde se disponía a modificar todo el trabajo en los campos.

Volvía de un viaje por el sur de la isla, durante el que había comprado esclavos y más cabezas de ganado. Algunos intentos de revuelta en aquellas plantaciones, habían

sido aplastados con sangre. Había podido comprobar por sí mismo que sus colegas del sur no habían descuidado su reputación de hombres de hierro. Estos últimos no bromeaban con los negros como él. Los rebeldes capturados, a los que a algunos les habían cortado una oreja, a otros las dos, se volvían después más vigorosos en el trabajo. Había hecho, le aseguraban, un buen negocio al comprar a varios de ellos.

Cécile permanecía ojo avizor. Vio llegar al conde, que se acercaba con su andar presuntuoso al intendente.

—Hola, Canot, dijo el conde descendiendo del caballo.

—Llega usted antes de lo previsto, señor Conde.

—Por única respuesta, el conde le alargó las bridas y le ordenó que diera de beber al caballo.

En la inmensa propiedad, en cualquier lugar donde se encontrara, el intendente podía adivinar que el conde se acercaba. Entonces acudía raudo, campo a través, perdiendo el aliento, tropezando con las piedras, con el sombrero en la mano.

—He descubierto, Canot, comenzó a decir el conde, balanceándose, he descubierto que los colonos del sur tienen una mano más dura que la mía. Tendré que enviarte allí para que veas cómo tratan a esos vagos.

—Sin pretender contradecirle, señor conde, respondió al punto Canot, sé de buena fuente que en la plantación Guibert, el amo ha llamado a un intendente de una plantación del sur. Quizás sea preferible, señor conde. Lo tendría usted todo bien a la vista. Nunca es uno mejor servido por nadie que por uno mismo, repite usted todo el tiempo. Yo soy ya demasiado viejo para adoptar nuevas maneras de hacer las cosas. Pero puedo decirle que, por todas partes en la plantación, corren rumores de levantamientos, señor conde, se lo aseguro.

Parece que el hombre habló con el respeto habitual debido al blanco. Pero por el tono de voz, el amo se dio cuenta de que algo no andaba bien.

—Si corren rumores de ese tipo en la plantación, es porque alguien no hace su trabajo como es debido, Canot.

Esta conversación, se dice el conde, que con el revés de la mano despidió al intendente, está tomando un mal cariz... Le dio la espalda y con paso grave, comenzó a subir los escalones que conducen a la casa grande. Cambiando de parecer, se dio media vuelta y le recordó:

—Canot, encuéntrame a Cécile, y dile que eche inmediatamente a esa negrita, ya sabes, la que se empeña en que la llamen Kilima, que la mande a su cabaña, a la que se le asignó a su llegada. Que mi orden se cumpla esta misma tarde, sin más tardar. Ya es hora de que se sepa quién es aquí el amo.

—Aquella noche, Mattie y yo estábamos en la galería. El relato de Kilima tardó mucho en llegar, recuerda Emma. Fue una de esas noches en que los tambores rugen con todas sus fuerzas. Igual que el calor. Ni Mattie ni yo dormimos nada. Hay noches para esas cosas, decía a veces Mattie. Cuando el tiempo pasa muy deprisa, hay que saber alargarlo, incluso ser astuto con las horas, hacer trampas al tiempo, mi pequeña

Emma.

Mattie suspendía su relato como si tuviese un hilo entre los dedos. Su mirada viajaba, lejos. Como si tuviera frío, rodeó su cuello con un chai de color índigo, una reliquia de la que nunca se desprendía. El viento silbaba metiéndose entre las chapas y las bóvedas de la galería.

—¿Pero qué pasó, Mattie? ¿Volvió Kilima a su cabaña?, le pregunté.

Mi voz recuerda a Mattie que estoy a su lado, que ese relato de la noche de los tiempos le ha sido dado para que me lo trasmita. Pasea su mano por mi mejilla lo que dura una caricia.

—Todo eso viene de muy lejos, Emma, me dice de pronto, turbada por el espanto que se lee en mi rostro. Todo eso viene de lejos. Hay quienes consideran que nuestras historias no son más que leyendas. Harían lo que fuera por desterrar aquel tiempo de su memoria. Para camuflar la injuria, han tomado la costumbre de construir leyendas, como se levantan catedrales o, si no, se encierran en el silencio.

—Pero yo conozco la auténtica razón de los silencios, Mattie, le confío suavemente, acerca de la que nunca se dice una palabra. Está en algún lugar en nuestro interior, entre el pudor y el secreto. Nadie la menciona porque da demasiada vergüenza, hace demasiado daño. No hablamos de ella porque nos recuerda una época lejana, la época del látigo y de la injuria... Es una de las razones por las que la maestra y las demás chicas me odian. Escribí una redacción sobre aquella época. Explicué que preferimos los silencios para aparentar que olvidamos. Cuando descubrimos el secreto, nos alteramos, escribí en mi copia. Somos testigos de ella y sentimos cómo nos ahoga la vergüenza. Luego intentamos encontrar los fragmentos que se nos escapan, como si fuera un vestido hecho de harapos. A veces me digo que quizás no existan palabras para describir la vergüenza. Eso es. Es algo para lo que no hay palabras.

Kil ima no volvió a la choza que le habían asignado. Al día siguiente, el conde invitó a comer a sus compadres de las haciendas vecinas. El ron corría a raudales. Exigió que la pequeña Kilima sirviese desnuda como un gusano, como había venido al mundo.

Cuando se hizo de noche, entraron tres en la choza. Cansada tras la dura jornada de trabajo, Cécile se había dormido. El grito lanzado por Kilima la despertó. De un salto, metió la mano bajo el jergón y cogió un enorme cuchillo. Lo hundió hasta el mango en la espalda del conde, que se desplomó. Los otros dos agarraron a Cécile, le cortaron las manos y los pies. Luego se apoderaron de Kilima y le cortaron la punta de la nariz, diciéndole: «A partir de ahora nadie te mirará a la cara». Se trataba de una mutilación reservada a las mujeres. Aquella noche la locura estaba bien viva, presente y concreta en la plantación.

Kilima, con la ayuda de unos cuantos esclavos, regó la plantación con gasolina y le prendió fuego. Luego se marcharon a las colinas, llevándose a Cécile. Más adelante, Kilima dio a luz a una niña a la que intentó ahogar, luego, perdió la razón.

Un día, completamente vestida de blanco, se metió en el océano y no regresó jamás. Emprendió la ruta de los grandes barcos. En cuanto a Cécile, durante años dirigió una banda de esclavos. Caminaba apoyándose en sus muñones y, ayudándose con la boca, llegó a manejar un mosquetón tan bien como el más hábil de los soldados.

—Y el conde, ¿acabó muriendo al final?, pregunté a Mattie, aquel día, porque en mi opinión, tenía que expiar, pagar su crimen.

—Eso no es importante, me respondió. Llegará el día, concluyó, en que comprenderás que la vida nunca desvela por las buenas la verdad. Hay que aprender a hacer preguntas con paciencia a la existencia, a descifrarla, como un sueño, como un alfabeto... Cuando mis respuestas no te basten, tienes que encontrarlas por ti misma.

Disfrutaba de aquellos momentos con Mattie, pero sentía cómo la rebeldía, ardiente, crecía en mí como la lava de un volcán. A veces lloraba. Mis noches estaban llenas de pesadillas.

Sabes, Flore, a veces llamo en mi ayuda a Kilima, Cécile, Emma mi antecesora, y a Rosa, las cimarronas eternas. Imploro su recuerdo, ellas sabrán guiarme, me digo, pero no las veo. A menudo, miro el río con la esperanza de verlas aparecer. Por la noche, me acuesto muy temprano para encontrarme con mis sueños y con mi abuela Rosa. Pero los sueños se me escapan desde que estoy encerrada aquí, Flore. Ya no sueño. No sueño absolutamente nada. Al encerrarme aquí, han conseguido robarme el alma.

Las horas fueron pasando, la noche cayó sobre el río, no dejé a Emma. No consigo irme. Como se mantiene calmada mientras estoy con ella, las enfermeras no dicen nada, contentas de no oír los gritos de la morena de la 122. Pronto será media noche y Emma sigue narrando:

—Dos siglos después de la llegada de mi antecesora Kilima, dejé la isla en la que el sudor de los negros fertilizó los campos de algodón, de tabaco, de caña de azúcar y de índigo para crear capitales y fortunas en el Viejo Mundo. Ah, ¡si las piedras hablaran, Flore! Si el agua sucia de los puertos que ha chapoteado durante siglos contra los flancos ávidos de los barcos negreros que volvían atestados de oro, de especias, de azúcar y de ron, si el agua nauseabunda por el afán de lucro que hizo vibrar las cercanías de los muelles de Cádiz, Nantes y Burdeos pudiera hablar...

Dejé la isla que había conocido siglos de pies y brazos cortados y orejas arrancadas en vivo. La víspera de mi viaje, prosigue tristemente Emma, caminé durante un buen rato. Seguí la carretera que baja hacia el puerto, para ver el mar. Tanto azul para nada. Pensé en los barcos, en todos aquellos barcos que los marineros hundían con miles de esclavos encadenados en las calas. Hundían los barcos para impedir que les atraparan y pagar una multa, cuando se votaron leyes para intentar prohibir la esclavitud. Pero era demasiado tarde. El gusano estaba en la fruta. El odio y el desprecio profesado hacia las mujeres de piel de color de la noche había crecido ya hasta en sus pechos.

Todo este pasado solo tiene de pasado el nombre, Flore. Se empeña en permanecer siempre, acechándonos tras la pantalla oscura del olvido. Por eso tomé la decisión de estudiar la historia de la esclavitud. Pero ya sabes lo que me hicieron. Se negaron a escuchar mi voz. Yo quería escribir un libro que, cuando alguien lo abriera, nunca pudiera volverlo a cerrar. Pero ya sabes todo.

Hay quien sostiene que el tiempo cura las más profundas heridas. ¿Cuántos siglos harán falta para cerrar estas llagas? El amanecer gris de octubre que me recibió en Burdeos no me daba ningún indicio sobre el tiempo que tardaría en curarme. El oficial de inmigración tenía la mirada vacía y punzante de los funcionarios bien entrenados para ver sin mirar. Luego, con una mano blanda, me indicó el largo pasillo.

Al fondo del pasillo no me esperaba nadie.

¿Podemos curarnos del odio y del desprecio ingerido a fuertes dosis desde que el mundo es mundo?

Esas son las últimas palabras que recogí de la boca de Emma.

Han seguido su camino en mí, para no dejarme nunca. Las siento como cosas vivas que se hinchan y estallan en mil pequeños dolores, se aglutinan en el hueco del estómago. A veces, se ubican en la zona del corazón y arrojan sobre mí un desasosiego infinito. En ocasiones, me calman.

La ruta de los grandes barcos

Era una mañana del mes de mayo, debían de ser las siete. El teléfono empezó a sonar. El timbre siguió sonando. No me levanté para responder. Estaba agotada por las últimas semanas empleadas en transcribir lo que el doctor MacLeod llamaba «el delirio obsesivo de Emma», agotada también por la falta de compasión del médico, que, en mi opinión, se había desinteresado por completo de su paciente.

Para el doctor MacLeod, Emma ya no era un ser humano, sino un caso, un informe, tal vez hasta un objeto en la habitación 122. Acabó por abandonarse a la responsabilidad que yo manifestaba por Emma. Para él no había nada anormal en el hecho de verme soportando la carga de su terrorífico relato a solas, escucharla a solas, hablarle a solas, ofrecerle mi amistad. Durante aquellos largos días en que la veía en el hospital, en su pequeña habitación de paredes verdes, nunca sonó el teléfono para ella, nadie la llamó. Las únicas flores que recibió fueron las que yo pensé en llevarle. ¿Dónde estaban sus amigos?, me preguntaba a veces. ¿Toda esa gente que debió de conocer durante sus largos años de estudios? ¿Y aquel hombre, Nickolas, por qué la había desterrado de su existencia? El misterio se mantuvo insondable porque nunca me atreví a abordarlo con ella.

Aquel día pensé en dirigirme al hospital un poco antes de la hora. Algo que no era capaz de identificar me metía prisa. Como de costumbre, telefoneé para que avisaran a Emma de mi llegada. La telefonista solo me dijo que la paciente de la 122 ya no estaba en la habitación.

—Es para la señora Bratte, insistí. Soy Flore, la intérprete, trabajo con el doctor MacLeod.

—Lo sé, continuó la mujer al otro extremo del hilo, con mucha impaciencia en la voz. Ya no está en la habitación. La paso al puesto de las enfermeras.

—Le telefoneamos hacia las siete esta mañana, Flore, me dijo la enfermera, no respondió nadie. El doctor MacLeod y la Policía quieren verla. La paciente de la 122 se ha suicidado.

Colgué el aparato y me precipité corriendo hacia el baño, en donde vomité las entrañas. No me reconocía en el espejo. Abrí los ojos como si me encontrara de golpe en medio de una espesa niebla. Oía la voz de Emma, que murmuraba: «La maldición llegada de las calas de los barcos negreros es tan grande, que el mismo vientre que nos ha llevado, puede aplastarnos. Y la carne de tu propia carne se transforma en un animal con colmillos y, ya desde dentro, empieza a comerte. Por eso Lola debía morir. ¿Qué importancia tiene, ahora o después, qué importancia? Como yo, Lola estaba condenada». Es todo lo que llegó a decir respecto al asesinato de su hija.

Dos semanas antes, el doctor MacLeod le anunció que iba a terminar en breve su informe y a establecer sus conclusiones. El proceso, decía, no tendrá lugar. Según él, no era una persona apta para soportarlo. Emma decía lo contrario. Había preparado

sola su defensa, quería enfrentarse con los jueces y hacer reflexionar a la prensa. «Han escrito tantas porquerías, tantas tonterías», se quejaba. «A pesar de todos sus libracos, son unos ignorantes».

¿Qué había que decir a la Policía, en qué lengua había que hablarles de Emma? Ahí estaban, tres buenos mozos con trajes impecables, fuertes, viriles y armados. El doctor MacLeod, al que Emma llamaba «doctorcito», me pareció realmente bajo, envuelto en su bata inmaculada. Es curioso, no me había dado cuenta de que bizquea y de que tiene tantos pelos en la nariz y en las orejas, que son particularmente grandes, su color rojo las hace parecer mayores. ¿Qué le ha quedado de la vida de Emma?

No escuchaba lo que decían los policías, no escuchaba nada. Seguían ante mí, pero apenas les veía. Me parecían lejanos, como si les viera a través de un cristal, sombras que se esfuman llevándose con ellas el cuerpo de Emma. ¿Por el amor de Dios, qué querían de mí? ¿Qué podemos hacer cuando la muerte se burla de nosotros, cuando se ríe con una risa gutural, llena de la misma ironía y del mismo dolor que escapaba de las entrañas de Emma?

Si Emma se hubiera ahorcado, habrían dicho que yo le di la cuerda. Un culpable, eso siempre lo arregla todo. Pero nada iba a arreglarse porque el culpable era el río. ¿Cómo había podido suceder? Nadie lo sabía. Todas las puertas estaban cerradas con 11ave; sin embargo, Emma había conseguido salir. Había caminado por la orilla, ataviada con su vestido blanco. Se había puesto el turbante malva que la hacía parecer una madona. Habían encontrado su vestido flotando en el agua y la falda que se ahuecaba como una medusa.

«Siempre decía, no dejaba de decir que volvería a emprender la ruta de los grandes barcos». Eso es lo que respondí al policía, al rubio, alto, tenía un bigote que bailaba al ritmo de las palabras que pronunciaba.

«Hacía mucho que ya no estaba aquí», continué cuando creyó acertado preguntarme si había notado algún indicio que revelara su intención de suicidarse. «Su alma se ha arrojado al río para emprender el viaje de vuelta».

Al oír estas palabras, un policía se tragó el chicle y se puso a toser. Clavándome una mirada severa, me pidió que repitiera mis palabras. Las repetí por darme el placer de oír mi propia voz: «Emma me decía a menudo que un día emprendería la ruta de los grandes barcos para reunirse con las demás».

El policía se volvió hacia el doctor MacLeod arqueando las cejas. Por desgracia para él, yo comprendía su mímica y su lenguaje. «Otra a la que se le ha ido la olla», quería decir. A mí no me tendrán. Les pregunté cortésmente si habían terminado. No soy una trabajadora social, ni una psiquiatra, ni una empleada del hospital. Presto mis servicios como intérprete. Había creado un vínculo con la paciente. Por solidaridad... Por la sangre... la misma sangre...

Momentos antes, se habían dirigido a casa de Nickolas Zankoffi. Le habían hecho

preguntas. Querían ver el apartamento, habían entrado en su dormitorio y leído las palabras escritas por Emma en la pared frente a la cama.

Me han preguntado si sabía lo que quería decir con esas palabras. Me he encogido de hombros. Oía la voz de Emma: «Una mujer que habla demasiado hace tanto ruido como una nube, Flore. A veces es mejor tragarse la lengua».

¿Qué es lo que han entendido ellos? No se lo he preguntado.

Al igual que el día en que el doctor MacLeod me propuso trabajar con él en el caso de Emma, me puse a caminar sin rumbo por la ciudad. No quería llamar ni a Gilliane ni a mamá. No quería llamar a nadie, nadie lo habría comprendido. La intensidad luminosa del día me hacía daño. Todo me hacía daño. Maldecía el universo entero. Maldecía a Gilliane, que habría dicho que, de todos modos, Emma estaba condenada. Las sirenas aullaban. ¿Qué era lo que anunciaban? La muerte de Emma. No, nadie anunciaba su muerte, no había muerto, se había reunido con las demás, allá. Caminaba repitiendo «la vida no puede ser solo esto, es demasiado estúpido». Quería ser un hombre para entrar a un bar e invitar a una mujer a acompañarme a mi casa, para ahogarme en su cuerpo. Quería ser un pájaro, un gato... No existir, no pensar.

De pronto me encontré ante aquel viejo edificio, donde vivía Nickolas Zankoffi. Llamé, abrió la puerta y me arrojé en sus brazos. Yo no sabía nada, ni qué buscaba ni que quería. En un instante sentí la mano de aquel hombre en la mía, luego sentí cómo se deslizaba por mi cuerpo. Todo lo que recuerdo es que inspiré con ávida desesperación, como un naufrago, y que aullé hasta perder la razón, un aullido interminable para expulsar por fin todo el horror. Luego sentí que descendía, descendía, resbalaba, me trastornaba y moría. Aquella noche, Nickolas me amó como amamos para curarnos el alma y el cuerpo, como un bálsamo que extendemos sobre una herida. Entre la locura, el deseo y la pasión, ya no sabía quién era, Nickolas no sabía qué sexo besaba. Bebía un sexo mal querido, el de todas las negras. Les hacía el amor para vencer toda una eternidad de falta de amor. Placer ardiente, húmedo y tibio, mi cuerpo era el de Emma. Flore, Nickolas, dos seres a la deriva, ahogando su pena en una súbita fantasía.

Navegábamos por un océano desconocido. ¿Era posible regresar indemne de semejante viaje? Era inmenso, mágico, era demasiado para mí. Me apretaba las sienes, para hacer saltar las palabras que se detenían en alguna parte en mi interior, entre la locura y la razón. ¿Dónde está escrito que el deseo y el sufrimiento son hermanos siameses? Intentaba desesperadamente escapar de los abrazos, arrancarme de Nickolas. Quería decirle que no era posible. Y pensaba en las palabras de Emma, en la maldición de la sangre que se incubaba bajo mi piel y en el fondo de mis pupilas hechas para engañar a la noche. ¿A quién estaba engañando?, me pregunté turbada. ¿Al recuerdo de Emma, a mi hastío, a mi desasosiego o a aquel hombre? Abría lentamente la boca, titubeaba, los sonidos no salían de mis labios. Este hombre es un

hipnotizador, Flore, ya no podrás vivir sin él. ¿Nunca más?

«Emma-Flore-Emma», me repetía, mientras la voz de Emma susurraba: «Nos han enseñado que el amor, como todo lo bueno que hay en la tierra, no es para nosotras».

Emma. ¿No iba ella a guiar el cuerpo de aquel hombre por mi cuerpo, yo, que era una de las pocas mujeres que había aprendido pacientemente su lenguaje? Sí, me decía a mí misma, Emma me sitúa en el mundo, reinventa mi nacimiento. Está aquí para llevar a cabo, a través de mí, su última lucha y burlarse del destino.

¿Era la cama un navío, un barco negrero? ¿Quién era aquel hombre? ¿Adónde me llevaba? Desfallecida, abrí los ojos y vi a Emma a mi lado. Me miraba de hito en hito como el primer día en la habitación de paredes verdes del hospital. ¿Cómo describir su mirada inmóvil, su mirada de estatua en su rostro alargado? Entonces sentí unas ganas irresistibles de besar a Emma, mientras surgía de lo más hondo de mí misma una alegría que me vaciaba, me llenaba y me condenaba a no volver a pensar, a no desear más que aquel breve instante, aquel cuerpo contra el mío. Fijos en mí, los ojos de Emma me decían lo contrario: aspira con placer su olor, aprende a anidar en el hueco de sus brazos, a impregnar tu cuerpo del recuerdo de este oleaje, aprende simplemente tu nombre de mujer, antes que el de negra.



Marie-Célie Agnant nació en Port-au-Prince, Haití, aunque hace tres décadas vive en Montreal. Trabaja paralelamente como traductora e intérprete y como ayudante de investigación en diferentes proyectos sociológicos y culturales. También ha colaborado durante tres años en la investigación «Mujeres adultas y hábitat». Este trabajo inspiró la novela *La dot de Sara*, obra con la que obtuvo el reconocimiento de la crítica literaria. Apasionada del teatro, Marie-Célie Agnant participa desde hace más de 15 años en las actividades del grupo de teatro Bread & Puppet Theater de Vermont.

El libro de *Emma* es su primer trabajo literario traducido a la lengua castellana.

[1] Muñequita. <<

[2] Putas blancas y negrita están en castellano en el original. <<

[3] En francés, «Plaine du cul de sac» significa «Llanura del callejón sin salida». <<

[4] En frances, «Sources Puantes» significa «Fuentes hediondas». <<